

2018-01-01

El recetario

Daniela Ruelas Díaz

University of Texas at El Paso, daniruedz@gmail.com

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Fine Arts Commons](#)

Recommended Citation

Ruelas Díaz, Daniela, "El recetario" (2018). *Open Access Theses & Dissertations*. 1534.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/1534

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

EL RECETARIO

DANIELA RUELAS DÍAZ

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

José de Piérola, Ph.D., Chair

Rosa Alcalá, Ph.D.

Magela Baudoin, M. Com.

Charles Ambler, Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Daniela Ruelas Díaz

2018

EL RECETARIO

by

DANIELA RUELAS DÍAZ, B.A

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2018

Índice

Índice.....	iv
Prólogo.....	v
Bibliografía	xxiv
EL RECETARIO	1
Capítulo 1: Tepalcaltita.....	1
Capítulo 2: El parto.....	114
Capítulo 3: Mermelada de gondo	27
Capítulo 4: La cantina	49
Capítulo 5: La lluvia	64
Capítulo 6: La vaca canela	82
Capítulo 7: El monedero	99
Capítulo 8: El triángulo	119
Capítulo 9: La luna y el potro	133
Capítulo 10: El pozo	146
Capítulo 11: La isla del Río Palo Seco	154
Capítulo 12: La cabellera del viento	172
Capítulo 13: El menjunje	186
Vita	208

Prólogo

El recetario narra la historia de Antonia, Carmen y Emilia, tres hermanas que han crecido en el pueblo ficcional de Valle de los Cedros, ubicado en la sierra del estado de Jalisco, donde el escándalo que protagonizó su abuela unos veinticinco años atrás, quien tenía fama de bruja hierbera y fue arrestada por matar a un hombre, sigue vigente en la vida de la familia. Las tres hermanas eventualmente conocen el secreto que su propia madre, Rosaura, no se permite admitir: todas las mujeres de la familia llegan a escuchar voces en el ambiente. Al desarrollar *El recetario* como un proyecto creativo, la pregunta central que yo iba explorando con cada capítulo era: ¿las voces que escuchan las hermanas Rosales son “reales” o son producto de su imaginación?, y, casi en el mismo aliento, la pregunta que predominando sobre ésta: ¿importa que sean “reales”?

Escribir *El recetario* ha sido una búsqueda por descubrir quiénes son los personajes, qué los motiva, cuál es su historia y, en última instancia, cuál es su anhelo, aquello que Robert Olen Butler llama *yearning*, concepto que hace referencia a un nivel más profundo que el deseo. “Desire is the driving force behind the plot. The character yearns, the character does something in pursuit of that yearning [...] This dynamic beneath the story is plot: the attempt to fulfill the yearning and the world’s attempt to thwart that.” (42) Los primeros borradores que escribí corresponden a los capítulos titulados “El parto” y “El menjunje”; la novela en sí es el producto de la búsqueda por encontrar esa conexión entre una madre que intenta cubrir el embarazo adolescente de su hija a como dé lugar y tres hermanas que están dispuesta a cometer un crimen con tal de salvar la vida de su madre. Lo que descubrí fue que el *yearning* que predominaba, y que dirigía el suyo, no era el de las protagonistas, sino el de la presencia secundaria que deambulaba en el fondo de la trama: las voces.

No sabía (y sigo sin saber) si las voces en el ambiente existían afuera de la consciencia de las protagonistas, en otras palabras, si su presencia era perceptible para otros personajes. Lo que sí tenía claro es que dichas voces, aunque no comprobables, sí afectaban la vida y decisiones de Antonia, Carmen, Emilia y Rosaura y, por lo tanto, eran actanciales. Tenía, entonces, un actante plural e incorpóreo. El reto en su representación fue encontrar la manera de construir un ser sensible sin otorgarle cuerpo, lo cual en sí lleva a reflexiones sobre la relación mente-cuerpo.

Existen varios autores que exploran dicha relación, entre ellos Merleau-Ponty, Descartes, Bakhtin y Denette. Unas de las preguntas centrales que abordan estos autores es: ¿puede existir una mente sin un cuerpo? y ¿cuál es la relación entre el cuerpo y la mente? B. Hannah Rockwell explora en su estudio *The Life of Voices: Bodies, Subjects and Dialogue* (escrito tomando en cuenta las aportaciones de Merleau-Ponty y Bakhtin, principalmente) la relación entre el cuerpo, la mente y el discurso. Una de las aportaciones en el estudio de Rockwell es presentar la idea de la función del lenguaje en sí no sólo sobre la mente y el cuerpo, sino sobre el entorno. Vocalizar (tener un lenguaje) implica, entre otras cosas: poder expresar la vida interior, negociar con terceros y crear una conexión entre mente y cuerpo. Tal como lo explica Rockwell:

To not have (a) language is to be severely constrained in one's ability to negotiate relationships of any kind in any context. [...] Vocalizing –making one's inner life objective or “real” for other– is one fundamental source of connection to others. Oral communication is a compelling material site for studying how bodies matter in communication because human voices are the ultimate locale for the mutual articulation of experiences of both mind and body expressed with thought and feeling, intellect and heart.

(Rockwell 12)

En el caso de las voces en la novela, para poder ser consideradas un actante, es decir, un elemento funcional en el desarrollo de la trama y, por lo tanto, una presencia influyente en las decisiones, pensamientos y sentimientos de las hermanas Rosales, debían poder comunicarse con

ellas y, para esto, su vocalización tenía que ser tangible. No era tanto que las voces fueran incorpóreas, sino que su representación no estaba restringida al cuerpo de un ser humano. La sierra, entonces, pasó de ser un espacio convencional, “el de la *diégesis*, aquel donde se realizan los acontecimientos relatados” (Beristáin 199), a fungir como instrumento, como cuerpo, para el lenguaje de las voces.

Una de las características que distingue a Valle de los Cedros es su ubicación geográfica. Se trata de un pueblo olvidado en medio de la Sierra Occidental cuyas demarcaciones, principalmente el Río Palo Seco y las cordilleras, le han permitido tener cierta aislación del resto del mundo. El pueblo sí es accesible para la población en general, pero llegar a él conlleva cierto riesgo, el mayor de los cuales es la curva del Cerro del Campanario, el cual guarda acceso al único camino que lleva al pueblo. Las delimitaciones geográficas, junto con la fertilidad de la tierra y la apatía general de los habitantes hacia los extranjeros, hacen del Valle un microcosmos recluso en el que rigen los prejuicios y las habladurías.

Las voces se valen de la gran variedad de vegetación del valle, junto con el clima, para poder darle cuerpo a su lenguaje y, por consecuencia, a la negociación que quieren entablar con las hermanas Rosales. El viento, la bruma y la lluvia son herramientas que las voces usan a su disposición para poder establecer su presencia en el espacio alrededor de la casa, desde la ventana hasta la arboleda, y eventualmente, dentro de la misma casa. Conforme incrementa su presencia, va creciendo también el alcance de su lenguaje. La bruma ya no se encuentra solamente en el terreno y en el pueblo, sino en la mente Antonia, Emilia y Carmen.

Esta cercanía entre las hermanas y las voces llega a ser tal que el cuerpo que utilizan las voces para expresar su lenguaje ya no es sólo el Valle de los Cedros, sino el cuerpo físico de las hermanas, particularmente el cabello y su transpiración. El cabello como vehículo de conocimiento

y corporalidad es significativo ya que para las voces representa el eslabón necesario en su intento por marcar su dominio. De igual manera, también marca un punto de vulnerabilidad para ellas ya que el cabello, aunque parte del cuerpo de las protagonistas, termina siendo un accesorio del que se pueden desprender. Al criarse en la casa de doña Catalina, al menos por algunos años, y al recordar la cabellera de su madre como uno de los rasgos distintivos, Rosaura hubiera decidido no cortar su cabello a ras para no llamar más atención hacia su persona (ya todo el pueblo la señalaba como la hija de la loca Sabina), aun reconociendo aquel tirón de una fuerza externa. Antes bien, preferiría apretarlo en una trenza o chongo para disminuir la influencia de esa presencia y hacer lo mismo con sus hijas.

Hay dos ocasiones en las que las voces pierden terreno en el avance que han tenido sobre la familia Rosales de León: cuando Emilia confiesa su embarazo y cuando se va del pueblo. En la primera, Rosaura corta el cabello de Emilia en un intento por contrarrestar la influencia de aquella presencia que ella se rehúsa admitir que existe, así como para sentir que está tomando acción ante la situación. Emilia siente un lazo emocional con su cabello, como si estuviera perdiendo una amiga, y el efecto es casi inmediato: cuando pierde su cabello se da cuenta del silencio en el ambiente. En la segunda ocasión, Antonia se siente culpable por haber propiciado la huida de Emilia y, recordando la ocasión cuando Emilia pierde su cabellera, ella misma corta su pelo para sentir que sus decisiones y acciones son propias y no el resultado de una presencia intangible.

Una vez estableciendo la presencia de las voces como hilo conductor en el desarrollo de la trama, la pregunta era no tanto por qué están ahí, sino qué están buscando. ¿Qué es lo que quieren que hacen que se aferren, ya unos 25 años, a una semi-presencia incorpórea en el que dependen de alguien más para consolidar su existencia? Lo que las voces anhelan (el *yearning*, en términos de Butler) es su propia corporalidad y, como consecuencia, su independencia.

La presencia de las voces en la novela se remonta al conjuro que la abuela Sabina dejó a medias, aunque puede que hayan estado en el Valle de los Cedros desde antes. Al ir desarrollando *El recetario* como proyecto creativo buscaba, por una parte, descubrir hasta dónde llegaba la presencia de las voces en la vida de la familia Rosales de León y, por otra parte, verificar si éstas existían fuera de la familia o si su existencia estaba condicionada por ella. Los primeros borradores de los capítulos tuvieron reacción diversa por parte de los lectores, pero uno de los puntos en los que coincidía la retroalimentación era que personajes eran “brujas”. Había cierta necesidad o naturalidad en el lector por clasificar los personajes y, con ellos, el porqué de todos sus infortunios. Dicha clasificación me hizo reflexionar sobre aquellas características de las protagonistas que bordeaban con lo sobrenatural y, a su vez, me impulsó a investigar el uso de este término.

Según las aportaciones de Harris, Fe, Pedraza y Caro Baroja, algunos rasgos que definen la construcción de la figura de la bruja son: el conocimiento, la marginalidad y el género. Históricamente, la figura de la bruja ha estado ligada a la mujer, quien comienza a ser una amenaza para el poder establecido (la Iglesia, médicos y políticos) cuando adquiere y ejerce conocimientos anteriormente reservados sólo a los hombres. Algunos de los primeros conocimientos asociados con la brujería tienen que ver con la herbología y la reproducción. La educación sexual, aunada al uso de la medicina alternativa, dotó a las herbolarias o curanderas un nuevo rol social, de importancia, dentro del pueblo. En un intento por contrarrestar el desplazamiento de poder (creado a partir de conocimientos adquiridos) y de legitimar la autoridad establecida, se utilizó la religión, y el miedo, como parámetro. De esta manera, las actividades que estas mujeres ejercían (como elaborar recetas y remedios, así como informar a otras mujeres sobre los cambios que sus cuerpos sufrían), fueron asociados con lo maléfico.

Si bien Rosaura pasa toda su vida distanciándose de la memoria de su madre y de quien fue en vida debido a la marginalización que sufrió por parte del pueblo, es una mujer inteligente (aprende a administrar sus recursos cuando tiene suficiente edad para vivir sola) e independiente (heredó las tierras de su madre, mismas que ella trabaja y que, hasta la llegada de Heriberto, no comparte con nadie porque la mayoría de los habitantes del pueblo creen que están malditas). El hecho de que nadie quiera intimar con ella le da cierto poder ya que, hasta cierta medida, es libre de tomar las decisiones que guste sin tener que rendirle cuentas a nadie. Sin embargo, la trauma de su niñez (ver a su madre arrestada y tener que vivir con extraños) hace que siempre busque la aprobación del pueblo. Su madre Sabina, sin embargo, es completamente diferente.

En el único capítulo dedicado a la abuela Sabina, ella reconoce que lo que está haciendo es un conjuro y toma decisiones que benefician a ella y a su hija, sin importarle la consecuencia a terceros. Mientras que Sabina vive en sus propias reglas, ejerce sus conocimientos herbolarios y acepta su sexualidad sin considerar la opinión de otros, sus nietas Emilia, Antonia y Carmen apenas van descubriendo su propia identidad y quiénes son como individuos.

Antonia, Carmen y Emilia no tienen noción de ser brujas y no se consideran brujas como tal. No es sino hasta que Emilia regresa de sus viajes que comienzan siquiera a darle nombre y sentido a esta identidad. Aun así, lo ven como algo externo a ellas, que realizó la abuela Sabina, no como algo que forme parte de su vida. Es apenas cuando regresa Emilia que Antonia comienza a dudar de la sanidad de Carmen. Emilia logra plantar esta duda porque su panorama ha crecido y ya no está limitada a los conocimientos que el Valle le proporciona. Salirse del pueblo la hizo despertar a una realidad diferente, la sacó de su entorno y cambió su perspectiva.

Darle nombre a las voces y aceptar actuar sobre los nuevos conocimientos que les presenta Emilia marca una convergencia entre las hermanas y las voces. Al aceptar salvar a su madre, los

sucesos que las llevarán a formalizar el conjuro/menjunje comienzan a consolidarse y, con éstos, también se consolida la presencia de las voces, particularmente en la consciencia de Carmen. Antonio Damasio define consciencia en *Self Comes to Mind: Constructing the Conscious Brain* como: “a state of mind in which there is knowledge of one’s own existence and of the existence of surroundings” (167). Emilia y Antonia llegan a reconocer la presencia de las voces en Carmen antes que ella. Aquel estado mental que se reconoce en el entorno (en el claro, específicamente) es el de las voces, no el de Carmen. Sin embargo, no es una voz extraña y ajena la que se oye en el ambiente cuando están preparando el menjunje en el claro, sino la de ella. Carmen en sí es un vehículo para la corporalidad de las voces. Una vez que hace su parte del mejunje y tiene la marca detrás del pulgar, el registro de Carmen es indistinguible del de las voces.

En el capítulo “La isla del Río Palo Seco”, hay un cambio en el punto de vista de Carmen cuando está parada en el claro y Emilia le urge que les diga dónde está el último ingrediente:

–Falta el último ingrediente –escuchó que dijo Emilia–. Carmen –la voz de la muchacha sonaba urgente. Que esperara. Eso sucedía por hacerlas esperar tanto tiempo a ellas. Siete años se fue la malagradecida. Y ellas esperando a que la más chica aprendiera a ver su rostro en la bruma para poderla convencer [...]

En vez de pensar en Emilia como su hermana, se refiere a ella como “la muchacha”; de igual manera, la voz de Carmen adquiere pluralidad. En este ejemplo específico hay una doble focalización cuando el registro de las voces es identificable en el discurso de Carmen. Mieke Bal define focalización como “the relationship between the ‘vision’, the agent that sees, and that which is seen. This relationship is a component of the story part, of the content of the narrative text: A says that B sees what C is doing.” (149) En el ejemplo anterior, no es Carmen quien piensa que Emilia debe esperar por haberse ido siete años, sino las voces, a través del punto de vista de Carmen, quienes piensan eso. De esta manera, el principio “A says that B sees what C is doing”

se traduce a: las voces dicen lo que Carmen ve que Emilia está haciendo, sólo que lo que Carmen ve es también lo que ven las voces.

La convergencia del punto de vista de las voces con el de las hermanas, particularmente con Carmen, está marcado con estilo indirecto libre. Wolf Schmid en su estudio *Narratology: An Introduction* marca tres diferentes tipos de punto de vista: ideológico, temporal y perceptual. Este autor define el término “punto de vista” como “*the complex, formed by internal and external factors, of conditions for the comprehension and representaiton of happenings.*” (99) Por punto de vista ideológico, se refiere al conocimiento, la manera de pensar, la posición evaluativa y los horizontes intelectuales, los cuales terminan la relación entre el observador y lo ocurrido (101). El punto de vista perceptual, a su vez, es “*the prism through which the occurrence is perceived*” (104). Tras las acciones llevadas a cabo en el claro, particularmente cuando las hermanas Rosales regresan a su casa, la focalización corresponde al personaje de Carmen, pero su manera de ver las cosas (el prisma al que se refiere Schmid), su evaluación sobre lo sucedido y su reflexión sobre cómo debería estar sintiéndose cuando toma asiento en el umbral, corresponden a las voces, no a ella. La reacción de Carmen ante la muerte de su madre, de ser ella un personaje independiente, se parecería más a la de Emilia. Carmen no parece inmutarse por haber cometido un crimen, ni por el hecho de que éste no las acercó a su propósito (sin embargo, sí consolidó el propósito de las voces).

La exploración de la presencia de las voces en la vida de las protagonistas, en especial tras la escena del claro, dio lugar a una pregunta mayor: ¿alguna vez fueron realmente libres? Esta pregunta fue lo que dirigió no tanto el proceso creativo, sino el de revisión. Buscaba como escritora ver los indicadores que establecían el grado de albedrío en las mujeres Rosales de León. Al final de la novela, Emilia se percata de que posiblemente nunca fueron libres en sus elecciones, de que

su existencia ya estaba condicionada desde antes de nacer, la cual culminó en la ejecución del conjuro que su abuela dejó a medias. Antonia, por otra parte, cree tener albedrío en su elección. Al menos piensa que actuaría de la misma forma y levantaría el rifle nuevamente con tal de proteger a sus seres queridos.

Carmen, sin embargo, no cuestiona su albedrío. Las voces están tan inmiscuidas en ella que no tiene distancia para siquiera contemplar sus propias acciones o percepciones. Emilia y Antonia cuestionan la existencia y motivaciones de doña Esther. Carmen, no. Ella a lo sumo siente duda al reconocer que posiblemente están usando la receta equivocada pero no expresa duda hacia hermanas (quienes también cuestionarían la receta), sino que la aborda con doña Esther.

Esta búsqueda de la verificación del albedrío en las protagonistas hizo que notara un patrón en la trama: muchos de los eventos estaban establecidos por medio de una anticipación narrativa. La anticipación más notoria es tal vez el proceso del conjuro que la abuela Sabina “dejó a medias”. Tiempo después, cuando Emilia tiene 18 años, las voces llegan a la conclusión de que la receta no estaba a medias, sino que faltaba un ingrediente clave: asafoetida. Debido a que el Valle de los Cedros tiene gran variedad de vegetación, incluí asafoetida como el ingrediente faltante ya que no es una planta que se daría en esa área de la sierra. Para completar el mejunje, alguien tendría forzosamente que salir a buscarlo. Esta salida conllevaría conocimiento que el pueblo simplemente no fomenta. Emilia es quien las voces permiten que salga porque tiene un motivo para regresar que sus hermanas no: su hija. Aunque se tardó años en hacerlo, las voces tenían la certeza de que Emilia no iba a abandonar a Sabina.

Otra anticipación en la novela, que culminan en los capítulos climáticos, incluye el tlacuache al que le dispara Antonia, el triángulo en la habitación de Antonia que se repite en el claro, la atracción que Carmen siente desde niña hacia el pozo y la primera menstruación (la

mermelada de gondo), de Antonia, Carmen y Sabina. El sudor como imagen, a su vez, tiene su culminación cuando Carmen físicamente suda todo el contenido del pozo y logra encontrar el recetario.

Al explorar y ahondar en las motivaciones e identidades de las protagonistas, tenía en cuenta que la construcción de mis personajes estaba en diálogo con aquellos pertenecientes a obras de autores establecidos. En una pre-escritura, el personaje que detonó la idea de la historia detrás de *El recetario* fue Rosaura. Para mí era una mujer fuerte, determinada, que se veía impulsada por su necesidad de proteger a su familia de una experiencia de vida parecida a la de ella. Rosaura es alguien inquebrantable en sus ideales, lo cual a veces puede llegar a ser sofocante para sus hijas. El personaje femenino que venía a la mente al considerar una figura infatigable era Bernarda Alba, de Federico García Lorca, particularmente sus últimas palabras: “¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como una doncella. ¡Nadie diga nada! Ella ha muerto virgen.” (123), las cuales resuenan con las palabras de Rosaura al final del primer capítulo: “¿No ves que la que parió fui yo?” Sin embargo, a diferencia de Bernarda Alba, cuanto más desarrollaba a Rosaura como personaje, más me daba cuenta de su ternura y de su disponibilidad por aceptar y amar incondicionalmente a sus hijas. Lo que Rosaura realmente teme es que sus cuatro hijas sean tratadas de la misma manera que ella y su madre lo fueron, por lo que a veces se empecina a ver las cosas sólo a su manera. Rosaura pasó de ser una mujer déspota a una madre sensible.

Además de García Lorca, otros escritores que influenciaron *El recetario* como proyecto creativo fueron: Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, William Faulkner, Agustín Yáñez, Arturo Uslar Pietri y Edmundo Valadés, entre otros. La obra de Rulfo, particularmente, *El llano en llamas*, marcó para mí un claro ejemplo en la construcción del espacio y su relación con los personajes, la trama y el discurso. Cuentos como “Nos han dado la tierra,” “No oyes ladrar los perros”, y “Talpa”

sitúan a los personajes en la sierra del estado de Jalisco, misma que influencia las decisiones y motivaciones de los personajes. La trama de estos tres cuentos está condicionada por el hecho de llevarse a cabo en aquel espacio determinado.

De ser un lugar real, Valle de los Cedros se encontraría en las cordilleras colindantes con San Sebastián del Oeste, Talpa de Allende y Mascota. Creo que hay algo maravilloso en este espacio, en la manera en que la sierra abraza al pasajero y lo inmersa en ella. Tal vez no es coincidencia que, de los once pueblos mágicos del estado de Jalisco, los tres mencionados anteriormente se encuentren en cordilleras vecinas, tengan orígenes precolombinos y una carretera principal cuyas curvas, en la mayoría del trayecto, no permiten más de dos carriles de ancho. Además del espacio en los cuentos de Rulfo, algo significativo es la consistencia en el discurso, en la manera en que se expresan los personajes, lo cual quise emular. No es que buscara una representación del regionalismo jalisciense necesariamente, sino aquel particular a Valle de los Cedros que reflejara la realidad de los personajes en un microcosmos específico.

La construcción de una sociedad cerrada que existe a partir de sí misma se ve reflejada en las obras de Yáñez, *Al filo del agua*, y de Faulkner, con el condado Yoknapatawpha, particularmente en *El sonido y la furia*. En *Al filo del agua*, cualquier cambio pequeño marca una disrupción en la vida cotidiana del pueblo, la cual gira en torno a las actividades religiosas, a tal punto que la presencia de Victoria genera reacciones y pensamientos que los habitantes no saben sobrellevar. La solución ante la visita de Victoria no es aprender a convivir con ella, sino presionar para que se vaya del pueblo. Tanto Victoria como Micaela cambian el sistema o la interacción en el que el pueblo estaba fijo. La primera por ser extranjera e incitar pasiones, la segunda por querer traer la moda y las actividades del mundo exterior al pueblo.

Así como Victoria irrumpe la dinámica de la vida diaria en el pueblo de *Al filo del agua*, la llegada de Heriberto es lo que hace que los eventos de *El recetario* tengan un desarrollo en particular, no sólo porque es padre de Roberto Macías, Emilia, Antonia y Carmen, sino porque representa una influencia en Rosaura que eventualmente la hace considerar salir del pueblo. La diferencia entre el pueblo de mujeres enlutadas de *Al filo del agua* y el Valle de los Cedros de *El recetario* es que el pueblo de mujeres enlutadas, a pesar de también estar aislado y encontrarse en el rincón del mundo, tiene constante contacto con el mundo exterior y eventualmente se ve absorbo en su contexto histórico.

Los estudiantes que vacacionan en el pueblo, los norteños que trabajan por temporadas en Estados Unidos y regresan al pueblo a visitar o a quedarse de manera permanente, las familias que visitan otras ciudades, todos traen consigo nuevas ideas que quieren difundir pero que los sacerdotes, particularmente el cura Dionisio, se rehúsan a admitir. A pesar de su intento por permanecer aislados en sus tradiciones, la Revolución llega a afectar todos los rincones de la República, incluso al pueblo de mujeres enlutadas.

El sonido y la furia, a su vez, presenta el arco en el auge y el declive de la familia Compson. Cada sección de la novela, al igual que cada uno de los personajes, tiene un registro en particular. La familia Compson como unidad está formada por la relación (el amor y el cariño, así como la animosidad y el resentimiento) que sus integrantes tienen entre sí. Esta obra de Faulkner me hizo consciente de la complejidad que conlleva la representación narrativa de una familia. Los integrantes de esta familia no se pueden desprender de su identidad como Compson, es algo que los condiciona, así como las protagonistas de *El recetario* nunca pueden dejar de ser nietas de la loca Sabina. La familia Rosales de León está condicionada por su relación con las voces, su relación con el espacio y por el cariño que se tienen.

Las familias complejas condicionadas por el espacio también se ven reflejada en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Macondo sin embargo, a diferencia de la sierra en los cuentos de Rulfo, del pueblo en la novela de Yáñez y del condado de Yoknapatawpha, permite el desarrollo de eventos maravillosos o fantásticos (como la historia de origen del pueblo y la ascunción de Remedios). La historia de los Buendía, a su vez, se ve determinada por un patrón cíclico que no pueden romper. El uso en los nombres (los Arcadios, los Aurelianos y las Remedios), fija cierta estructura que condiciona algunas conductas en los personajes de la nueva generación que llevan ese nombre. En el caso de *El recetario*, la intención detrás del nombre Sabina en la primera y cuarta generación fue (en el primer borrador, antes de saber qué iba a ser de los personajes) marcar la carga del prejuicio que la familia lleva consigo debido a los actos de la abuela, los cuales el pueblo no les permite olvidar, y que determinaba su interacción con ellas. Aún con otro nombre, Sabina Rosales iba a crecer como otra nieta de la loca Sabina. Sin embargo, ya en las revisiones, me di cuenta que la pequeña Sabina marcaba un cierre, la culminación de los deseos y acciones de la loca Sabina.

El cuento “La lluvia” de Uslar Pietri, a su vez, muestra una conexión emocional entre los personajes y el espacio. Al principio Jesuso y Usebia quieren que llueva para poder sustentarse con la siembra. Sin embargo, el campo les da lo que ellos realmente anhelan: un niño. Parecido a lo que sucede en los cuentos de Rulfo, el espacio en sí es un actante que ejerce una función dentro del desarrollo de la trama. El cuento presenta la posibilidad de que el niño Cacique es en realidad una personificación de la lluvia. En este texto en particular, la representación del espacio es una extensión de la corporalidad de un personaje.

Por último, el cuento de Edmundo Valadés, “La muerte tiene permiso”, fue de gran ayuda en su instrucción sobre cómo presentar un secreto a voces. La trama de este cuento sirvió como

influencia al capítulo de “La cantina”, en el que Heriberto confiesa su relación con Hortensia Pérez, esposa de su compadre. Lo sorprendente en “La muerte tiene permiso” no es el requisito por matar al Presidente Municipal, sino la revelación de que ya está muerto. De igual manera, lo importante en la confesión de la relación con Hortensia no era crear un problema nuevo entre Heriberto y su compadre, sino cimentar la subtrama: el incesto entre Emilia y el joven Roberto, por una parte, y que las tierras de la familia Macías Pérez serían heredades eventualmente a Sabina. En otras palabras, que las voces establecerían su dominio sobre el Valle de los Cedros.

Uno de los rasgos en común que tienen los autores mencionados anteriormente es el efecto en particular en la audiencia: cada una de las obras generó, en mi experiencia personal como lectora, un apego emocional con los personajes. Creo que todos presentan una búsqueda del *yearning* que menciona Butler en *From Where You Dream: The Process of Writing Fiction*. Hay un elemento de sorpresa, tal vez no en cuanto a la dirección que toma la trama, sino a las consideraciones y acciones de los mismos personajes. Caddy y los Compson; Micaela, Victoria y el pueblo de mujeres enlutadas; los Buendía; Bernarda Alba y sus hijas; Usebia y Jesuso, así como los ingenieros y ejidatarios presentan un rasgo sorprendente de su naturaleza al final de cada obra, de aquello que están dispuestos a hacer, decir, callar o pensar. Los personajes más complejos tienen capas en su personalidad y en su manera de ser.

Como escritora, iba buscando esta misma pregunta con mis personajes: ¿qué tanto *no* me están diciendo? Una de las sorpresas más grandes que me llevé no fue que las hermanas Rosales mataran a su padre, sino que Carmen y Antonia no tuvieron duelo. No sabía tampoco que Esther no era una persona real y que las voces se habían apoderado de la pequeña Sabina desde mucho antes de llevarse a cabo el mejunje. Hay un pequeño indicio, ya al final de la novela, de la posibilidad de que el pueblo (o al menos una parte de la población) sean sirvientes de las voces.

Dos de los textos mencionados anteriormente, *Cien años de soledad* y “La lluvia”, pertenecen a una tradición literaria inherente a América Latina: el realismo mágico y lo real maravilloso, términos que usualmente llegan a ser usados de manera intercambiable. Una de los motivos por los que esto sucede se debe a que ambos términos comparten un rasgo en común: el enfoque en el elemento sobrenatural de la realidad, entendiendo “sobrenatural” como aquello que sucede o se desarrolla sin respetar las reglas naturales de la realidad empírica. La distinción entre cada uno, sin embargo, es la *manera* en que presentan lo “sobrenatural” dentro del texto.

Lo real maravilloso reconoce la extrañeza del elemento sobrenatural presente dentro de su narrativa y lo presenta como el elemento sorprendente y extraño que es. El realismo mágico, por su parte, incorpora el factor sobrenatural como algo normal dentro de la narración y lo despoja de toda calidad de extrañeza o asombro.

Dentro de lo mágicorrealista destacan las siguientes características: 1) no hay secretismo, todos los personajes pueden ser testigos o saber sobre el elemento misterioso; como consecuencia 2), el elemento misterioso es aceptado como parte de la vida cotidiana de los personajes; 3) usualmente hay una transformación debido al elemento misterioso (los personajes pueden salir volando o convertirse en parte del paisaje) y, por último, 4) el espacio juega un papel importante en el desarrollo del elemento misterioso.

En el primer capítulo de “*Realismo mágico*” y “*Lo real maravilloso*” en *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces*, Barroso explica el término de realismo mágico a partir del desarrollo de su uso (tanto en la pintura como en la literatura) y recopila aportaciones de diferentes teóricos y escritores, como Verzasconi, Carter, Donahue, Valbuena Briones, Lorenz, y González Echeverría, entre otros. Barroso cierra esta parte de su estudio clasificando tres posiciones frente al realismo mágico, sobre las que quisiera comentar.

La primera posición “se centra en el misterio presente en la realidad. En esta noción del misterio tienen cabido los procesos síquicos, el impulso lírico y el aspecto subjetivo del artista” (42). La segunda postura considera el realismo mágico como técnica o procedimientos “que permiten al artista tratar la realidad subjetivamente” (43). Y la tercera lo considera como “yuxtaposición temática de actitudes racionales e irracionales, reflejo de la mezcla de razas y del sincretismo cultural americano” (43). A partir de estas observaciones, creo que hay una consideración del realismo mágico desde el proceso creativo ya que considera la relación entre el escritor, la realidad y la manera en que ésta es presentada. Barroso añade que “el escritor mágicorrealista no imita la realidad sino que trata de recrearla” (43).

En otras palabras, hay una consideración del realismo mágico a partir de tres posturas: 1) el escritor frente a lo “misterioso”, 2) la técnica que utiliza en la representación de dicho elemento misterioso y 3) su relación con el contexto o entorno empírico. En contraparte, el lector mágicorrealista, a su vez, es aquel que cuenta con las herramientas para identificar las características mágicorrealistas que, aún presentadas dentro de la normalización, se distinguen por misteriosos o sobrenaturales.

El recetario, entonces, ¿pertenece a la tradición de realismo mágico o a lo real maravilloso? Para mí, la representación del espacio (y por extensión de las voces como personaje) refleja características mágicorrealistas, mientras que la construcción de las protagonistas, en particular su reacción ante la presencia de las voces (Rosaura y Emilia, especialmente), es maravillosa.

En cuanto al título de la novela, me decidí por *El recetario* después de tropezar con *The Physick Book of Deliverance Dane*, de Katherine Howe, en mi investigación sobre las brujas. Esta novela narra la historia de Connie, una tesista que está buscando una fuente primaria para su investigación sobre la existencia real de las brujas (entendiendo el término como aquella persona

que practica la magia). La protagonista se da cuenta que este libro o cuaderno que está buscando ha logrado pasar desapercibido desde hace siglos por la incertidumbre de su clasificación.

[...] the book's title. So far it had been described, at different points in time and from different points of view, as a receipt book, a book of recipes for physick, an almanac, and [...] a shadow book or grimoire. The very parameters of the book seemed to shift, changing contour depending on who was describing it. None of the sources had referenced a concrete title of any kind. It seemed likely that the book had none.

(Howe 278)

Tras leer los primeros capítulos de esta novela me di cuenta que había algo más que la abuela Sabina les podía haber heredado a Carmen, Emilia y Antonia, además del peso de los rumores, los prejuicios y la “demencia” al escuchar las voces. La presencia del recetario en sí, al igual que su búsqueda y la decisión por utilizar los conocimientos en él encontrados, marcaba un momento de agencia en el desarrollo de las protagonistas como personajes. Lo que consolida el pacto con las voces, que después marca la convergencia narratológica mencionada en páginas anteriores, no es el hecho de que sean descendencia de la abuela Sabina, sino sus decisiones (aunque fueron engañadas hacia ellas).

De igual manera, el nombre del libro, del instrumento que las llevaría a terminar el menjunje que quedó a medias, así como su descripción, era importante para marcar la relación con las protagonistas. El libro no podía ser referido como un grimorio o un libro de sombras, esto connotaría actos oscuros que tal vez generaría miedo en las hermanas. Tampoco sería un almanaque o una colección de recibos, ellas necesitaban instrucciones, no datos, para curar a su madre. Otro elemento importante a tener en cuenta es que ellas no utilizan el término “bruja” para describirse a sí mismas o a su abuela (esto en gran parte porque yo seguía sin decidir si lo eran o no). Debía, entonces, ser un libro al que generaciones pasadas pudieran referirse con total libertad sin generar sospechas del resto de los habitantes del pueblo.

El trato con el libro, a su vez, es como el de una persona. Carmen lo carga como si fuera un bebé y Esther lo recibe como una vieja amiga. El contenido del libro en sí se resume a una colección de instrucciones para hacer diferentes cocciones o mejunjes a veces acompañadas de recitaciones. Llamar al libro grimorio, libro de sombras o almanaque no cambia las acciones que las hermanas Rosales de León llevan a cabo. Lo que cambia es su percepción de lo que están haciendo. Las tres se aferran, casi hasta el final, al hecho de que están haciendo un menjunje para curar a su mamá, no un conjuro que solidificará su relación con las voces. Nuevamente, volvía a surgir la incertidumbre generada a partir del punto de percepción. ¿Reconocerse como “brujas”, como lo hizo la abuela Sabina, es lo que hace que se logre el conjuro/menjunje o son más bien las acciones para llevarlo a cabo lo que lo consolida?

Hay dos connotaciones que evoca la palabra “recetario”: aquel correspondiente a instrucciones relacionadas con comida y aquel referente a las órdenes de un médico. Ciertamente, el recetario que encuentran las hermanas no funciona para preparar comida. Sin embargo, sí repara un “malestar”, aunque no es el que ellas están considerando. En este sentido, hay cierto guiño entre el título de la novela, por una parte, y el nombre que las hermanas utilizan para referirse al libro que creen salvará la vida de su madre, por otra: ambos son falaces. El libro que encuentran las protagonistas no es un recetario, así como *El recetario* no es un libro de recetas.

Sin duda, lo más probable es que el lector tendrá acceso al título del libro antes que a su contenido y al abordarlo tal vez tendrá expectativas referentes a instrucciones (ya sean culinarias o médicas). Esto me llevó a una reflexión que repara tanto en el contenido de la novela como en las connotaciones independientes a éste: si *El recetario* es una novela y no un libro de recetas, ¿cuáles son las instrucciones a las que alude? Creo que, nuevamente, hay un retorno hacia la fuerza

que hace progresar la trama: el *yearning* de las voces. La novela termina siendo el resultado de los pasos que por fin consolidan la corporalidad de las voces de manera exitosa.

La gran sorpresa que me llevé en la segunda (¿o tercera?) revisión fue la respuesta ante mis dos preguntas iniciales al abordar *El recetario* como proyecto creativo: ¿las voces que escuchan las hermanas Rosales son “reales” o son producto de su imaginación?, por una parte, e ¿importa que sean “reales”?, por otra. Lo que me asombró es que el punto de percepción, el *yearning* central que iba ganando auge, era el de la presencia secundaria, no el de las hermanas. Emilia, Carmen y Antonia pasaron a ser un instrumento en la trama en busca del anhelo (como lo describe Butler) de las voces, las cuales se valen del deseo de las hermanas (salvar a su madre) para lograr sus propios fines. Mis dos preguntas centrales ya no podían ser contestadas a partir de las protagonistas, sino a partir del actante que llegué a creer era secundario: las voces. La respuesta, entonces, es que no importa si las voces que escuchan Emilia, Carmen y Antonia son reales o no, lo importante es que ellas *creen* que lo son y las ayudan a pasar a un plano tangible.

Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique. *Realismo mágico y otros ensayos*. Buenos Aires: Monte Ávila Editores, 1976.
- Bal, Mieke. *Narratology: Introduction to the Theory of Narrative*. Toronto: University of Toronto Press, 2009.
- Barroso, Juan. "*Realismo mágico*" y "*lo real maravilloso*" en *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces*. Miami: Ediciones Universal, 1977.
- Bautista Gutiérrez, Gloria. *Realismo mágico, cosmos latinoamericano: Teoría y práctica*. Santafé de Bogotá: Editorial América Latina, 1991.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Séptima Edición. Ciudad de México: Editorial Porrúa, 1995.
- Blázquez Graf, Norma. «Los conocimientos de las brujas: causa de su persecución.» Fe, Marina. *Mujeres en la hoguera*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género, 2014. 31-39.
- Butler, Robert Olen. *From Where You Dream: The Process of Writing Fiction*. New York: Grove Press, 2005.
- Caro Baroja, Julio. «Capítulo I. Sobre una concepción primaria del mundo y de la existencia.» Caro Baroja, Julio. *Las brujas y su mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 2015. 29-49.
- Carpentier, Alejo. «On the Marvelous Real in America.» *Magical Realismo: Theory, History, Community*. Ed. Lois Parkinson Zamora y Wendy B. Faris. Trans. Tanya Huntington y Lois Parkinson Zamora. Durham & London: Duke University Press, 1995. 75-87.
- Carpentier, Alejo. «The Baroque and the Marvelous Real.» *Magical Realismo: Theory, History, Community*. Ed. Lois Parkinson Zamora y Wendy B. Faris. Trans. Tanya Huntington y Lois Parkinson Zamora. Durham & London: Duke University Press, 1995. 89-108.
- Castellanos, Rosario. *Balún-Canán*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Cortázar, Julio. «Bruja.» Cortázar, Julio. *Cuentos completos*. Vol. 1. México: Alfaguara, 1996. 66-72.
- Cortázar, Julio. «Casa tomada.» Cortázar, Julio. *Cuentos completos*. Vol. 1. México, 1996. 107-111.
- Damasio, Antonio. *Self Comes to Mind: Constructing the Conscious Brain*. New York: Vintage Books, 2010.

- Dennett, Daniel C. *Consciousness Explained*. New York: Little, Brown and Company, 1991.
- Faulkner, William. *The Sound and the Fury*. New York: Random House, 1956.
- Fe, Marina. «Black/Magic/Woman: Eva's Man de Garyl Jones.» Fe, Marina. *Mujeres en la hoguera*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género, 2014. 181-188.
- Flores, Angel. «Magical Realism in Spanish American Fiction.» *Magical Realism: Theory, History, Community*. Ed. Lois Parkinson Zamora y Wendy B. Faris. Durham & London: Duke University Press, 1995. 109-117.
- Fuentes, Carlos. *Aura*. Novena. México, D.F: Biblioteca Era, 1974.
- García Lorca, Federico. «La casa de Bernarda Alba.» García Lorca, Federico. *La casa de Bernarda Alba. La zapatera Prodigiosa*. Madrid: Colección Austral, 1976. 9-123.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. México: Editorial Planeta Mexicana, 2010.
- Garro, Elena. *La culpa es de los tlaxcaltecas*. México, D.F: Editorial Grijalbo, 1987.
- Harris, Marvin. «La gran locura de las brujas.» Harris, Marvin. *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Madrid: Alianza Editorial, 2014. 242-258.
- Howe, Katherine. *The Physick Book of Deliverance Dane*. New York: Hyperion, 2009.
- McEwan, Ian. *Enduring Love*. London: Vintage Books, 2004.
- Pedraza, Pilar. «La brujería moderna.» Pedraza, Pilar. *Brujas, sapos y aquelarres*. Madrid: Valdemar Intempestivas, 2014. 241-249.
- Ricci Della Grisa, Graciela N. *Realismo mágico y conciencia mítica en América Latina: Textos y contextos*. Buenos Aires: Fernando García Cambeiro, 1985.
- Rockwell, B. Hannah. *The Life of Voices: Bodies, Subjects and Dialogue*. New York: Routledge. Taylor & Francis Group, 2011.
- Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. México: Editorial RM, 2005.
- Schmid, Wolf. *Narratology: An Introduction*. Trad. Alexander Starritt. New York: De Gruyter, 2010.
- Uslar Pietri, Arturo. *Treinta Cuentos*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.
- Valadés, Edmundo. «La muerte tiene permiso.» Valadés, Edmundo. *La muerte tiene permiso*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. 7-13.

Wilson, Rawdon. «The Metamorphoses of Fictional Space: Magical Realism.» *Magical Realism: Theory, History, Community*. Ed. Lois Parkinson Zamora y Wendy B. Faris. Durham & London: Duke University Press, 1995. 209 - 233.

Yáñez, Agustín. *Al filo del agua*. México: Editorial Porrúa, 1955.

EL RECETARIO

Capítulo 1: Tepacaltita

El día que su madre cayó enferma, ni Carmen ni Antonia pensaron que nunca se iba a volver a levantar. Aquella mañana amaneció nublado y el frío acariciaba todas las comisuras de la casa.

Carmen podía escuchar, desde el rincón de su cuarto, el crujir de las ramas de los árboles, los pasos de los becerros buscando a su madre y el chiflido en la respiración de Rosaura, a quien habían tenido que acostar en el catre junto a la cocina desde hace tres días.

La joven se llevó el dedo índice, helado, a la sien. Apretó su cabeza entre sus manos y masajeó su cuero cabelludo. Sentía un alfiler delgado que le atravesaba el cráneo. A pesar de sus remedios habituales, a los que acudía cada mañana para apaciguar la pesadez que sentía en la cabeza, no había podido mermar el martilleo entre las sienes. Lo que más le aturdía, en ese ambiente silencioso, era el susurro del viento. Entraba por la ventana y seseaba palabras que Carmen no alcanzaba a distinguir.

Abrió la ventana que daba al patio oscuro y, para su sorpresa, la tierra estaba cubierta por bruma espesa que tapaba hasta el tablón donde dormían los animales, la cual también escondía los troncos de los árboles y difuminaba el camino que daba a la casa. Carmen creyó ver una figura entre la bruma. Blanca, delgada, con cabellera suelta que la miraba desde la reja. Su cabello se confundía con el vaivén de sus faldas.

La figura levantó la mano y el viento susurró más fuerte entre las paredes del cuarto.

Carmen buscó su rebozo para envolverse en él y cuando regresó a la ventana, la figura que la veía era sólo un becerro blanco que no había encontrado camino de vuelta al tablón. Decidió frotar sus sienes con aceite de almendra para calmar su dolor de cabeza, el cual ya le nublaba hasta la vista.

Al dirigirse a la cocina vio que Antonia, su hermana, estaba dormida en el suelo, sentada con la cabeza recargada en las rodillas, al lado del catre donde se encontraba su madre, quien respiraba con dificultad. Rosaura parecía un trozo de leña arraigado a la tierra; no la habían podido mover.

Las hermanas tomaron una esquina de la cocina, cerca del calor de la hoguera, como alcoba improvisada e hicieron una cama con el catre y las cobijas. Antonia se rehusaba a dormir en su propio cuarto por temor a que su madre ya no despertara. Recargaba su frente sobre sus rodillas, dejando que su cabello espeso le sirviera como velo contra la noche y los malos pensamientos. Parecía una silueta de cabellos y faldas.

Carmen tomó su rebozo y cubrió a Rosaura con él, envolviéndole los pies helados. Avivó las pocas brazas que quedaban del fuego y tocó la mano de su hermana con la yema de sus dedos. Antonia seguía dormida. Carmen pudo notar, entre la cabellera espesa, que la sombra debajo de sus ojos estaba todavía más oscura que el día anterior.

No iban a poder costear un doctor y el veterinario estaba en el campo, ayudando con la siembra como todos los hombres del pueblo. Lo único que podrían llegar a pagar, con el dinero que no tenían, era la ayuda de un yerbero.

Como leyéndole los pensamientos en su estado de duermevela, Antonia alzó el rostro.

—No está mejor —anunció detrás de su enmarañado cabello.

Carmen sacudió sus manos en el delantal y se recargó en la silla más cercana. Cerró los ojos y los apretó con sus dedos. Tenía la vista nublada, era todo. Sólo la vista nublada. Ella no se enfermaría como había hecho su madre.

—¿Qué? —preguntó Carmen.

—Que no está mejor. Ya le dimos todos los pinches desempaches habidos y por haber —
contestó Antonia.

Carmen miró la espalda sudada de su madre.

—¿Y las señoras del pueblo?

—Esas pinches viejas están más pendejas que nosotras. Doña Clara, la única con sesos, se fue a la ciudad en lo que sus hijos están en la siembra —contestó Antonia.

—No grites —susurró Carmen, tocándose la cabeza.

—¡A ver si así me oye!

Antonia y Carmen observaron a su madre, cuya respiración entrecortada no se interrumpió.

Antonia tomó asiento frente a Carmen, acomodó su abundante cabellera en un chongo y alisó sus faldas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en un susurro.

Carmen guardó silencio un momento. Su dolor de cabeza se había convertido en un campaneó acompasado que apenas podía distinguir.

—No está el veterinario —dijo—. Lo único que se me ocurre es ir con un yerbero.

Antonia asintió. —¿Con cuál?

—No sé —confesó Carmen.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Sesenta centavos.

—Yo tengo dos pesos —dijo Antonia.

—¿Cuánto necesitamos?

—¿Tres? La verdad no sé. ¿De dónde vamos a conseguir dinero? —preguntó Antonia.

Carmen sintió el zumbido en el costado izquierdo de la cabeza y al girar el rostro, sus ojos tropezaron con el alhajero de su madre.

Antonia siguió su mirada y abrió la puerta de vidrio del armario donde lo tenían guardado.

—Mejor eso no —dijo Carmen—. Otra cosa ha de haber.

Antonia depositó el alhajero en la mesa y comenzó a extraer los pequeños objetos de él.

—No hay más —concluyó.

—Se va a enojar si no lo ve cuando despierte —advirtió Carmen.

—Se va a encabronar si se nos muere por codas —contestó Antonia—. Hay que elegir una sola prenda. Ni muy valiosa ni muy barata.

Carmen estudió los objetos frente a ellas. Pulseras, collares, aretes, pendientes. ¿Cómo es que había tantas cosas ahí si su madre ni siquiera les había perforado las orejas?

—Ese —dijo. Su voz y su dedo reaccionaron antes de que pudiera distinguir qué era lo que estaba apuntando.

Un collar de plata que nunca le habían visto usar a Rosaura.

—¿Cuánto crees que nos den por él? —preguntó Antonia.

—No más de ocho pesos —contestó Carmen con seguridad.

Antonia acomodó el alhajero donde lo había encontrado y guardó el collar en el bolsillo de sus faldas.

—Voy a caballo hasta la casa de doña Hortensia. Siempre se ha apiadado de nosotras. Tú ve por más leña para que no se enfríe el cuarto. Pon los frijoles y cada media hora, unta el té que está en la olla sobre la frente de mi madre —dijo Antonia.

Se cubrió con su rebozo al salir con paso decidido, subiéndose al animal antes de que Carmen pudiera protestar. El caballo todavía no estaba del todo despierto, pero respondió al sentir las riendas en el hocico.

—Vete con cuidado, todavía no pardea y el día está muy nublado —advirtió Carmen.

Antonia cabalgó por el camino de tierra hacia la casa de doña Hortensia. Al doblar en la reja, desapareció casi inmediatamente, tan espesa estaba la bruma.

Carmen avivó las brasas del fuego y puso a hervir más té. Esperó a que Sabina, su hermana más chica, despertara para hacer el desayuno. Sentó a la niña a la mesa, junto con dos veladoras, tacos de frijoles e instrucciones para que empezara la tarea del día. No la habían llevado a la escuela desde que Rosaura cayó enferma. Ni Carmen ni Antonia admitían que tenían miedo de que alguna de ellas mostrara los mismos síntomas.

Sabina ya daba señas de tener la mirada perdida. Podía pasar horas jugando sola, acomodando sus muñecas como a ella le gustaba. Cada una tenía nombre propio y personalidad distinta. Carmen y Antonia llevaban tres días observándola, convenciéndose de que su diálogo con las muñecas era sólo parte del juego. Que ella sólo pretendía que le contestaban. Hasta había aprendido a hacerles ropa para que vistieran diferente.

Carmen comenzó a limpiar la casa, queriéndose distraer de sus propios pensamientos. Sabina no iba a caer enferma, sólo pretendía que le contestaban las muñecas, se dijo una y otra vez. Hizo lo posible por no hacer ruido para no molestar a su madre. Al terminar los quehaceres, no había ni una muestra de polvo en toda la casa. Hasta las paredes estaban limpias. Como último menester, Carmen cambió las prendas sudadas de Rosaura por unas limpias y se sentó para acompañar a Sabina.

No había descansado ni cinco minutos cuando escuchó un galope junto a la reja. Abrió la puerta de golpe y corrió a recibir a Antonia, quien se apeó del caballo y corrió hacia Carmen con una sonrisa.

—Tienes voz de bruja —le dijo—. Nos dieron justo ocho pesos.

—Cállate —contestó Carmen—. No vuelvas a decir eso.

Antonia sostuvo las riendas con una mano mientras buscaba el dinero con la otra.

—¿Y tú qué traes? —preguntó—. Es nomás un decir.

—Es un decir pendejo —contestó Carmen—. Voy al mercado, ya no puedo estar en esta casa.

Antonia depositó el dinero de la venta en la mano de Carmen, quien se permitió respirar y dejar que el alivio le llenara los pulmones. Por fin, un paso más cerca para curar a su madre, para salirse también de la casa.

—Dice doña Hortensia que en Tepacaltita vive una yerbera barata y certera —le informó Antonia—. Hay que hacer camino hacia el campo. Ahí donde bifurca el sendero hay un palo con señalamientos.

Carmen se quedó helada al oír el nombre del potrero. Se le hacía familiar, pero nunca lo había oído. Casi pudo sentir que el zumbido dentro de cabeza sonreía.

—¿Te sientes bien? —preguntó Antonia.

Carmen comenzó a correr hacia la reja que daba al camino para llegar al pueblo, depositando el dinero en su bolsillo.

—¡Vuelvo con las hierbas! —gritó sobre su hombro, alejándose de la bruma, de los susurros y de las faldas blancas que en realidad no estaban ahí.

Corrió el kilómetro y medio hacia el pueblo, llenando sus huaraches de lodo. No quiso detenerse a tomar aire hasta alcanzar las primeras calles, sólo ahí se permitió recargarse en una pared. Miró a su alrededor, sintiendo la claridad en su cabeza vacía. Cuando se acercó al camino que daba al campo, dejó de sentir susurro o zumbido alguno. Observó cada árbol, esquina y ambulante, buscando la figura que había visto aquella mañana.

El letrero en la bifurcación del sendero apuntaba hacia un camino descuidado. Las letras talladas en la madera marcaban el nombre detrás del follaje crecido: “Tepalcaltita”.

Carmen cerró los ojos, contemplando si era mejor decisión regresarse a su casa a rezar por su madre y mandar un recado a doña Clara, en la ciudad, para que les diera una receta. Seguramente costaba más barato que los ocho pesos que le quemaban en el bolsillo.

Justo cuando giró sus hombros para darle la espalda al letrero, el viento meció su cuerpo en dirección hacia el camino que la llevaría a la yerbera y el zumbido incrementó. Titubeando un último momento, alzó sus faldas del suelo y tomó el camino que señalaba el poste. A lo lejos, se escuchó el llanto de un becerro. Carmen ignoró el hecho de que el eco entre las montañas sonó como un aplauso ante su decisión.

Detrás de los arbustos sobrecrecidos, al terminar el sendero, la esperaba un tejabán erguido sobre madera descuidada. No se veía un fregadero en ningún lado, ni pila de agua o animales que indicaran que aquel cuartito levantado era habitable.

—¡Buenas tardes! —gritó Carmen a la pradera en general—. ¿Hola? ¡Buenas tardes!

—Buenas tardes, hija. No grites.

Carmen casi brincó del susto. Al filo de los arbustos, a tan solo unos metros de donde ella se encontraba, surgió una anciana pequeña, tambaleando el paso con el peso de un balde de agua.

—Deje le ayudo —Carmen caminó hacia la anciana y tomó el balde de sus manos.

—Gracias, hija de dios —le dijo la anciana con una leve sonrisa.

La anciana se adentró a la casa por el umbral bajo y Carmen la siguió, agachándose para no golpearse en la frente.

—Ahí en la cocina está bien —indicó la anciana.

Carmen permaneció parada en medio del tejabán. La única señal que el espacio tenía de vivienda era el catre que se encontraba en la esquina del suelo. Pero éste estaba tan arraigado con tierra que apenas se podía distinguir en ese cuarto sin ventanas.

En medio del espacio había una hoguera de barro que sostenía un comal, tal vez eso era lo que la anciana se refería por cocina.

Carmen depositó el balde de agua ahí y observó los frascos mohosos y polvorientos que alineaban la pared del fondo.

—Gracias, hija. Dios te lo pague —le dijo la anciana, quien tomó asiento en el umbral de la casa, sacó un hilo y aguja de su delantal, y comenzó a tejer ahí mismo—. ¿No gustas un vaso de agua? No tengo frijoles con qué pagarte.

—No, gracias —contestó Carmen—. Creo que estoy perdida. Andaba buscando Tepalcaltita.

La anciana no levantó la mirada al contestar.

—No, qué perdida vas a estar, hija. Aquí mismo es. Aquí mismo.

Carmen permaneció atrapada dentro del tejabán, la anciana le estorbaba el paso para salir corriendo.

—Buscaba una yerbera —dijo cuando la señora se ensimismó en su tejido.

—Pos si diste con quien es. Faltaba más —le dijo la anciana.

—¿Usted es yerbera?

—Tengo más años de yerbera que los que tú tienes en este mundo, hija.

—¿Me puede ayudar?

—¿Es para ti el menjuje?

—Para mi madre.

—¿Y qué tiene tu madre?

—No sé. No sabemos. Amaneció enferma, se acostó enferma, y ya no ha podido levantarse.

La anciana dejó su tejido y miró a Carmen, quien estaba parada en medio del cuarto, estrujando sus manos.

—Hazte acá, hija. Tú te me haces conocida.

—Yo nunca la había visto antes —dijo Carmen.

—No pregunté si nos habíamos visto. Dije que te me hacías conocida. ¿De quién eres hija?

—Don Heriberto y doña Rosaura.

—¿Rosaura de León?

—Sí.

La anciana guardó su tejido en su delantal y, sin levantarse del umbral, metió sus pies dentro del cuarto.

—Ey, así vi. Así vi. Rosaura no te habrá dicho. Pero tienes la cara de su madre. Los ojos serán de Heriberto, pero la cara es de su madre.

—Mi madre nunca menciona a mi abuela.

—No, ¿pos cómo? ¿En este pueblo con esta gente? ¿Cómo pues? Siéntate. Vamos viendo cómo se cura.

La anciana buscó en su delantal y sacó tres objetos idénticos, negros y puntiagudos. Los sacudió en su mano antes de tirarlos al suelo como dados. Carmen se agachó para examinarlos.

—¿Qué ves? —preguntó la anciana.

Carmen estudió los objetos. —Picos de cuervo —contestó.

—No te hagas taruga. Vele bien. ¿Qué ves?

Carmen volvió a observar. Los tres picos de los cuervos formaban un círculo perfecto con las puntas dirigidas hacia el centro. Cada uno era de un tono diferente que a distancia simplemente parecían negros. Sólo uno de ellos tenía, en el lado opuesto, lo que parecía un pico diminuto saliendo de él.

—Tres piezas —dijo Carmen.

—Ya vas viendo, ya vas viendo. Es lo que necesita tu madre. Las tres piezas para curarse. Si no se lo dan las tres, todo el remedio como es, no les va a vivir hasta la luna llena.

—¿Cuáles tres piezas? ¿Dónde las consigo?

—Son ustedes, hija. Las tres piezas.

Carmen miró a la anciana, aturdida por el silencio que sentía en su cabeza.

—Sus hijas —aclaró la anciana a modo de explicación.

—Sus hijas somos cuatro —le contestó Carmen casi de manera inmediata.

La anciana se llevó una mano al vientre y dejó escapar una carcajada chimuela. Cuando pudo agarrar aire, miró a Carmen con detenimiento. —No te hagas taruga —volvió a decir.

Carmen miró al suelo. Sabina era la única de ellas que tenía los ojos azules. Azules, como doña Hortensia.

—¿Ves que ya vas entendiendo? —preguntó la anciana.

—¿Usted cómo conoce a mi madre?

—En mi juventud, fui amiga de tu abuela. Antes de que se la llevaran. Me llamo Esther. Nunca hice por conseguir marido y mejor me vine aquí a este potrerito, a ganarme el pan con las hierbas.

Doña Esther se paró de su lugar en el umbral y se dirigió a hacia la pared forrada de frascos. Estudió varios unos momentos antes de decidirse por uno.

—Toma, hija —le dijo a Carmen—. Dale esto a tu mamacita. Hiérvelo bien y vas a ver cómo se pone mejor. Acuérdate que tu madre necesita de sus tres piezas para ponerse mejor.

—Sus hijas somos cuatro...— susurró Carmen, tomando el frasco entre sus manos.

—Cuando llegues a tu casa, va a estar esperando la tercera pieza. Pero no se confíen, si el remedio es nomás pa que aguante hasta la luna llena. Lo que tienen que hacer es encontrar el recetario de su abuela. Su abuela Sabina siempre registraba todo. Encontrando el recetario, curan a su mamacita de cualquier mal. ¿Saben por cierto qué tiene?

Carmen se encogió de hombros. —La encontramos tumbada en la casa —explicó—. Tenía medio cuerpo como caído, no podía hablar. La mitad del rostro también le colgaba.

—Ey, así pensaba... —dijo doña Esther.

—Parece que le dio como un achaque...

—Nombre, qué achaque va a ser. Esas son puras señas de que la envenenaron.

Doña Esther volvió a buscar en su delantal y sacó una rama chueca, torcida como medialuna, y una pezuña vieja, como de caballo recién nacido que le cabía en la palma de la mano.

—¿Ya viste? —le preguntó a Carmen.

Carmen asintió, aunque no sabía qué se suponía que tenía que ver.

—Ustedes tienen que dar con la luna y el potro para dar con el responsable. Sabiendo cuál veneno fue van a poder hacer bien el menjunje.

Carmen asintió, tratando de recordar toda la información que le iba a hacer saber a Antonia. Las piezas, el potro, la luna, el veneno y dizque un recetario... nada de eso tenía sentido.

La anciana se dirigió al catre y con molestia, se acostó en él.

—Deja que descanse esta anciana.

—Tengo dinero —le dijo Carmen, buscando en sus bolsillos—. Para pagarle...

—Quédate tu dinero, así siento que pago una deuda de muchos años. Vas a ver cómo se pone bien tu mamá, con sus tres piezas. Me buscas cuando encuentres el recetario. Yo aquí voy a estar.

La anciana doña Esther cerró los ojos y Carmen permaneció parada donde estaba, mirándola. Se acercó a tomarle el pulso, pero un ronquido estruendoso la asustó. La silueta formaba una cabellera con faldas como la que había visto al filo de los árboles aquella mañana.

Carmen guardó el frasco verdoso en su delantal y salió del tejabán de doña Esther. En cuanto pisó el umbral, la bruma volvió a recibirla. Una vez en el sendero que la llevaba de vuelta al pueblo, quiso voltear hacia atrás, pero temió que Tepalcaltita fuera sólo un susurro más que se había construido el viento.

Agachó la mirada, fijándola sólo en el lodo que tenía en los pasos siguientes, y no volvió a alzarla hasta que llegó a la reja de su casa, donde la recibieron dos huellas de llantas.

Un vehículo se había detenido en la puerta de su casa hace algunas horas, el lodo ya estaba endurecido.

Desde la casa, escuchó que se alzaban voces de mujeres. Una era de Antonia. La otra, desconocía.

No recordó que las piernas le respondieran, pero antes de decidir hacer camino hacia su casa, ya se encontraba en la puerta. La abrió con detenimiento y la recibió un ambiente diferente al que había dejado.

Su madre, todavía en el catre, tenía abierto el ojo izquierdo. No podía hablar, pero de su garganta salía un sonido como berreo. El lado derecho de su rostro colgaba como cera derretida. Carmen notó que podía mover los dedos de la mano izquierda pero que el brazo derecho estaba tumbado a su lado.

Antonia servía tasas de canela y conversaba con una mujer joven que tenía abrazada a Sabina sobre su regazo. Cuando escuchó entrar a Carmen, corrió a abrazarla. La desconocida se paró de su lugar.

—¿La encontraste? —preguntó Antonia con un susurro, refiriéndose a la yerbera.

Carmen asintió en respuesta, sin despegar la mirada de la otra mujer. Se parecía mucho a su madre y abrazaba a Sabina con demasiada ternura.

Rosaura hacía una mueca, la saliva se le escurría por la comisura del labio. Los músculos contorsionados no la dejaban sonreír.

—Pásale, gorda —le dijo Antonia a Carmen y señaló a la desconocida—. ¿No vas a saludar a tu hermana?

Carmen tomó un momento para mirar a la mujer que tenía enfrente y supo que su rostro se le hacía conocido.

Emilia llevaba siete años sin pisar el pueblo. Siete años sin dar señas de sus rumbos. Siete años viviendo una vida ajena a la de todas ellas. ¿Qué hacía, entonces, de vuelta en su casa?

Capítulo 2: El parto

La mañana había avisado, desde hacía varios días, que la tormenta iba a salir hasta de los mismos árboles. El viento cargaba sus gemidos como en labor de parto, sacudiendo cada pared, cada animal de carga y cada planta con la que se encontraba.

Rosaura observó el vaivén del alambre que marcaba su parcelita. Las púas se perdían entre la bruma espesa. Debían aprovechar ese momento a como dé lugar, pensó. Los caminos estarían ofuscados de neblina. Si corrían con suerte, ningún vecino los vería saliendo del pueblo, aunque se tardaran en hacerlo.

Había que aprovechar el momento.

—¡Apúrense que ahí viene el agua! —la urgencia en el grito de Rosaura no alcanzó a escucharse tras las paredes de la casa ante la sacudida que el aire ocasionaba en las molduras. Sus hijas apenas registrarían sus palabras.

A pesar de su apremio, Rosaura no se movió de su lugar en el umbral. Su atención se enfocaba en el paisaje enmarcado por la ventana. Creyó ver la figura de una mujer danzando en las ramas del guamúchil y trató de distinguir si los postes que circulaban la casa tenían cabellera ... Si los alambres eran en realidad faldas. Ese año había cumplido la edad de su madre cuando se la llevaron y, tal como ella, sentía que iba a terminar enloqueciendo, víctima de la sierra misma por ya no poder ignorar las figuras que el viento tomaba.

—¡Rosaura! ¡Rosaura! ¿No estás oyendo?

La voz de su marido la sacó de su ensimismamiento.

Heriberto estaba parado en el zaguán, escurriendo agua en el piso. Su rostro, seco, había sido resguardado por el sombrero. Los dijes de la banda, dos lunas en creciente, resaltaban cada que un trueno iluminaba el interior de la casa.

Rosaura volvió a mirar por la ventana y esta vez vio, con total nitidez, al caballo canelo que esperaba bajo la lluvia.

—Le falta la carreta —le informó a su esposo.

—No voy a ponerle la carreta, voy por una partera —respondió Heriberto.

Ante las palabras de su marido, Rosaura recordó la premura en la que se encontraban. Había que llegar al potrero antes de que el agua no los dejara. Ya la lluvia los había alcanzado y ellos todavía no salían de la casa.

—Aquí no puede entrar nadie que luego dé calumnia a la familia —dijo Rosaura—. Yo misma haré de partera.

Heriberto se quitó el sombrero para estrujarlo entre sus manos, dejando que un pequeño chorro le bajara por los antebrazos hasta descolgarse y hacer camino hacia el suelo. Quiso refutar a su esposa, pues la partera iba a saber qué hacer si el niño venía malformado, mientras que Rosaura nunca había ayudado una mujer a parir. Sin embargo, tomó un momento para sopesar sus opciones. La partera sabría qué hacer, pero también iría de mitotera por todo el pueblo.

—Si tú vas a hacer de partera, no necesitamos ponerle carreta al caballo —dijo al fin.

—La única forma que no vayamos a estar en lenguas del pueblo es si nos salimos del pueblo mismo —Rosaura se acomodó los trapos que hacían de vientre falso y volvió a retomar su tarea, preparando neceseres para quedarse unos días en el potrero. Casi entre dientes, agregó: —Si hasta las paredes de la casa pueden ir de chismosas.

Heriberto se acercó y la tomó de los hombros. El vientre voluminoso se mojó al contacto con su ropa empapada.

—Esa niña no alcanza a llegar al potrero —advirtió. Había que sacarla en ese momento o encerrarla de una buena vez. De cualquier forma, debían estar seguros que la criatura no los fuera a delatar.

—Las mujeres tardan horas en parir —contestó Rosaura—. Ella apenas va a estar dilatando.

Heriberto estudió el semblante de su mujer. A ella se le formaban surcos en la frente cada que creía escucharle voces al viento. Iba a terminar perdiendo la cabeza de tanto pensar si estaba loca o no. De tanto voltear a ver aquel guamúchil al filo de la arbolada.

—Las nubes no tienen voz —le recordó su esposo—. Y los guamúchiles no tienen faldas.

Rosaura se enderezó, ignorando el seseo que cargaba el viento consigo.

—Los guamúchiles, no. Pero las viejas mitoterías, sí —replicó—. Ve por la carreta, yo alisto a la raza.

Heriberto volvió a acomodarse el sombrero y salió hacia el cobertizo con la cabeza agachada, dejándose envolver por la lluvia. Había que ver los rasgos de ese niño, ya de una buena vez. No había manera de saber qué hacer hasta cerciorarse de sus facciones.

Rosaura apuró el paso al escuchar los látigos del relámpago. Repasó en su mente la lista de todas las cosas que necesitarían. Trapos, alcohol, tijeras, cubetas, hilo de caña, aguja... hierbas para entumecer el dolor.

Sintió que las manos le andaban queriendo temblar. Nunca había ayudado a parir mujeres, sólo animales de ganadería. No tenía la certeza de que sus manos fueran a caber dentro del cuerpo de Emilia de ser necesario.

Iban a poder engañar a la más pequeña de sus hijas, Carmen, que todavía era una niña. Pero Antonia había nacido con mirada de gente adulta. Antonia no se creía los cuentos ni las mentiras.

Tenía los ojos de su abuela, la loca Sabina. Grandes. Enmarcados por unas cejas gruesas y pobladas que no se dejaban distraer por voces inexistentes.

Antonia no le acariciaba el vientre falso a su madre. No hacía como si ahí estuviera su hermano ni pretendía escuchar un latido. Ni los quince kilos que había subido Rosaura habían podido persuadirla de creer en el embarazo inventado.

El siguiente relámpago cayó más cerca que los otros y el viento que lo acompañó tumbó dos macetas de barro.

Rosaura se santiguó. Esa lluvia venía atemperada. Alcanzó a distinguir que Heriberto ya amarraba la carreta a los caballos, el pinto y el blanco.

—¡Emilia! —gritó a su hija mayor, cerrando las ventanas de la cocina—. ¡Súbete a la carreta no te vuelve a decir! Chiquilla hija de su rechingada...

Carmen y Antonia entraron a la cocina cargando un bolso grande entre las dos.

—¿Luego a ustedes no les hablé desde hace rato? —preguntó Rosaura. Sentía el gemido del viento dentro de la casa a pesar de haber cerrado las ventanas. Notó que la puerta que daba al cuarto de Emilia estaba entreabierta y temió que las hijas más chicas fueran a ver que su hermana mayor suspiraba de dolor. Antonia se acordaría de esta noche en unos años y haría preguntas. Haría preguntas y caería en el mismo pecado—. Rápido vayan con su padre que las está esperando —les instruyó Rosaura.

Ambas niñas salieron de la casa e hicieron camino hacia la carreta que Heriberto ya había prendido a los caballos. El toldo apenas protegía de la lluvia. La madera y los caballos traqueteaban de frío, empapados bajo la intemperie. A pesar del intento de Heriberto por mantenerla firme, la carreta se mecía con cada relinchar. Para cuando lograron subirse y resguardarse de la lluvia, Carmen y Antonia tenían sus prendas empapadas.

Desde su lugar en la casa, Rosaura alcanzó a sentir el tacto de la ráfaga helada contra su piel.

El viento vacilaba con velocidad entre las vallas y la vegetación vecinas a la casa. Vociferaba desde el otro extremo del vasto valle.

Voceaba.

Vitoreaba.

Vibraba.

Rosaura cerró la última ventana de madera, apagando el susurro del vendaval que ya le causaba escalofríos. Hizo como que no distinguía el silbido entre los árboles, que con la ventolera parecía que tamborileaban. *V—v—v—v—v.*

V—v—v, v—v—v—v—v, ven.

Atrancó la ventana, como protegiendo sus propios pensamientos. Heriberto tenía razón. Las nubes no tenían voz. Eran sus mismas ganas de gritarle a Emilia lo que la hacía oír una voz en su cabeza.

—¡Emilia! —vociferó Rosaura—. ¿Ya *v—v—vienes?*

La calma de la casa, una vez escudada del viento, le permitió pensar en su cometido. Había que sacar a Emilia del pueblo antes de que alguien la viera. Nadie estaría en la calle en ese temporal. Si los caballos les respondían, podían llegar al potrero antes de que anocheciera. Aunque fuera a pie y con el niño entre las piernas, iban a llegar al potrero antes de que anocheciera.

Primero había que sacar a Emilia de la casa. La encontró junto a la hoguera, poniendo fruta y verdura en el cántaro de los frijoles. Tenía su neceser amarrado al cuerpo. Las sienes estaban cubiertas de sudor, la piel quemaba de la fiebre y las piernas, cruzadas, trataban de impedir la llegada de quien llevaba dentro.

—¿Luego no te estoy hablando, criatura?

—No la oigo desde acá. No se oye ¡nadddaaaaaaaaa! —Emilia pegó un grito por los dolores, cruzando las piernas todavía más.

—¿Y así crees que vas a interrumpir el parto? Vámonos, que tu padre y tus hermanas andan esperando desde hace rato. ¡Ándale! No nos pueden agarrar sin confesar. Esta lluvia va a servir de cortina para tapar tu pecado.

Rosaura tomó el brazo de Emilia para arrearla hacia la puerta. La niña estaba hirviendo. Intentaba apagar los gemidos que se alzaban desde su garganta con tan solo apretar los labios. Criatura ingenua. Su madre tomó las cosas de la mesa con una mano y, con la otra, dirigió a su hija hacia la carreta.

—Ni modo hija de Dios. Ni modo, así están las cosas y así van a estar. ¿Quién le manda traer las enaguas tan sueltas? —preguntó Rosaura mientras se dirigía hacia la entrada de la casa.

Emilia vaciló a su lado, sintiendo los dolores de la siguiente contracción. La puerta de madera, única protección contra la intemperie, se abrió en cuanto Rosaura giró la perilla. El vendaval las acarició al momento, empapando sus vestidos antes de que llegaran a la carreta.

Rosaura vio que Carmen se había bajado y jugaba en la lluvia, cerca del pozo. Heriberto, atareado con los caballos despavoridos, no la había visto. Antonia le gritaba para que regresara pero su voz no se escuchaba ante el impacto del agua contra el suelo.

—¡Carmen! —gritó Rosaura—. Mira nada más. Quítate de ahí... ¡Que te hagas para acá! Ay, Jesús bendito...

Rosaura no podía encaminar a Emilia y jalarle las orejas a Carmen al mismo tiempo.

Sus hijas la iban a matar un día de esos con sus ayudas.

Carmen se acercó al pozo seco, en desuso desde que la madre de Rosaura vivía en esa casa, y se asomó dentro. Rosaura subió a Emilia a la carreta con ayuda de Antonia y sin perder tiempo, cubrió la poca distancia hacia el pozo en cuatro zancadas, jalando a Carmen de un brazo. Ya se le hacía tarde que la niña no se había caído dentro unas cinco veces.

Rosaura se llevó una mano al corazón. De un susto, entre las tres la iban a matar de un susto.

—Se me sientan y se me callan, ¿oyeron? —las regañó Rosaura antes de que pudieran preguntar a dónde iban y por qué.

Heriberto tomó las riendas de ambos caballos en cuanto se treparon todas a la carreta.

Carmen y Antonia se acurrucaron con Emilia al verla en dolor. El espacio debajo del toldo no alcanzaba para disimular secretos.

—¿Qué tiene Emilia? —preguntó Carmen.

—Está enferma —dijo Rosaura de inmediato en el vaivén de la carreta.

—¿Vamos con el doctor?

—Vamos a que se alivie —declaró Rosaura, sabiendo que no mentía.

Tenía claro que Emilia no iba a llegar al potrero, pero eso no importaba. Con que no tuviera el niño en el pueblo. Rosaura había traído consigo su mecate de partera y de lo demás, la Virgen se encargaría. Si nacía el niño, pos bueno. Y si no, también y hasta mejor.

No. No podía desearle el mal a una criatura. Hizo un esfuerzo por no santiguarse para no delatar que había pecado con el pensamiento y pretendió que la mano que había alzado a su frente acomodaba los cabellos sueltos.

Rosaura abrazó a Emilia al tiempo que buscaba una única colcha seca para taparla.

—Acomódense en la esquina. Su hermana necesita descanso —instruyó a Carmen y Antonia. Aprovechó el pequeño espacio entre sus hijas, aunado al estruendo de la lluvia contra el toldo, para susurrarle a Emilia al oído: —Lo que yo no entiendo —dijo— es cómo cabrones me engañaste desde dos meses antes de la Candelaria.

—¿Cuál engaño, madre? —preguntó Emilia.

—Pos ve las fechas, hija de Dios. Ve las fechas. Yo juraba que por aquello de la Candelaria tú ya te me habías destrampado.

Emilia, entre sudores y dolores, todavía logró sorprenderse. ¿Será cierto lo que decían las malas lenguas?

—Oiga madre, ¿entonces usted sí es bruja?

—Te callas o te juro que mi azote te va a doler más que parir este niño. En tu vida digas algo así. ¿Me oíste?

—No, no... —Emilia miró a sus hermanas, bajando la voz todavía más antes de seguir. Gracias a Dios, la lluvia seguía dando alaridos— Es que, verdad buena, que yo por eso de la Candelaria me destrampé. Antes no. ¿Qué gano diciéndole mentiras a estas alturas? Si de todos modos voy a parir.

—¿Entonces por qué viene la criatura antes?

Emilia se encogió de hombros, tan sorprendida como su madre. —Yo no sé —admitió— usted es la partera.

Rosaura sabía que Emilia ya no tenía por qué mentirle. Era como si la lluvia quisiera el niño ahí. En ese día y en ese momento. Asustada, esta vez sí se persignó ante sus propios pensamientos y mejor giró el rostro para mirar por dónde iban.

Heriberto hacía su mejor esfuerzo por guiar a los caballos, pero las ruedas caían en cada bache del camino. Rosaura se aferró a la madera y ancló a Emilia a su lado para que no se zangoloteara.

Ya no importaba si no llegaban al potrero. Con que salieran del pueblo y pasaran fuera la cuarentena.

No. Ni la cuarentena importaba. Con que salieran del pueblo.

Antes de pasar el segundo cerro que circundaba el valle, Emilia mojó sus faldas y ya no pudo disimular sus gemidos.

—¡Bájanos aquí! —gritó Rosaura a Heriberto.

—Déjame acercó a los cedros, aunque sea —replicó el marido.

Rosaura observó el rostro de consternación de Antonia, quien estudiaba el líquido en las faldas de Emilia. En unos años iba a recordar esa noche. Sabría que a su hermana se le había roto la fuente, que no se había orinado encima. Sabría que Emilia se había embarazado a los quince años. Preguntaría quién era el padre. Y ni Emilia ni la criatura iban a poder hacer vida como gente decente si el pecado se llegaba a saber.

—¡Aquí! —gritó Rosaura de inmediato—. ¡Bájanos aquí!

Sin esperar a que la carreta se detuviera del todo, tomó a Emilia del brazo y brincó con ella hacia el lodo.

Emilia se dobló un momento, pero se dejó llevar hacia los cedros que bordeaban el camino.

—¿Es normal esto, madre? —susurró—. El dolor no es tan intenso, pero siento ganas de obrar.

—¡Virgen Santísima! —dijo Rosaura, apurando el paso— Ahí viene.

La lluvia era tan espesa que hasta del mismo suelo brotaban las gotas. El camino era una masa larga de lodo y barro que tomaba la forma de sus pisadas.

—¿¡Qué estás haciendo mujer?! —Rosaura escuchó la voz de Heriberto detrás de ellas. Estaban todavía demasiado cerca al camino—. Se van a morir de un frío. Se las va a llevar la corriente de los charcos. Súbanse al carro, por el amor de Dios.

—¡La cabeza está casi de fuera y ella sabe! ¡Antonia va a saber! No puede ver, ninguna de las dos puede ver —alcanzó a gritar Rosaura sobre su hombro.

No sabía si Heriberto la había oído o no. Ya no importaba.

Si bien había fallado como madre con esta hija, no iba a dejar que las otras cayeran en la misma zanja. Con su mecate de partera en mano, llevó a Emilia, casi a rastras, hacia los cedros caídos. Gloria a Dios que el piso entre los troncos estaba seco. El arco de la vegetación creaba un escudo sobre él.

Sin tener siquiera oportunidad de sentarse, Emilia se detuvo bajo los árboles en posición de cuclillas. El niño ya no tenía paciencia para paseos y entre codazos, decidió llegar al mundo en el tiempo y forma que más le placía. Rosaura no pudo más que poner las manos para recibirlo. Sorprendida, miró el pedazo de carne que le cabía en una sola palma.

Arrugado y suave, la piel delicada y rosa contrastaba con las manos encallecidas de Rosaura. Era demasiado pequeño.

Rosaura cortó el cordón umbilical y pasó un trapo por las espaldas de la criatura en lo que Emilia lograba sentarse entre las ramas.

Una morusa. Era una morusa de humano que tal vez ni se había alcanzado a formar. Antes de dársela a su madre, la criatura comenzó a dar alaridos de molestia. La piocha tamborileaba, haciendo golpear las encías hinchadas, entre llantos.

Tenía frío.

Rosaura se preguntó por qué no estaba mojada aquella morusita y alzó la vista.

El aguazal había cesado. El vendaval estaba quieto.

Los árboles ya no se mecían y Rosaura pudo limpiar el rostro de la criatura. ¿Quién iba a pensar que algo tan pequeño hiciera tanto ruido?

—Ora acuéstate —instruyo Rosaura a Emilia cuando el silencio de los árboles le incomodó. Estudió las ramas más altas, sintiendo que alguien las observaba—. Tengo que quitarte las secundinas del parto. Ni una palabra, ¿me oíste? Ni un solo ruido que ya suficiente tenemos con los berreos de tu hijo.

Rosaura entregó el bebé a Emilia y prestó atención a su neceser de partera.

—Es niña —corrigió Emilia.

Desde entre sus piernas, su madre preguntó: —¿Cómo?

—Que no es hijo. Es niña.

—Tan chiquita que está esa criatura, no sabremos ni qué va a llegar a ser.

—Le digo que es niña. Mire... —orgullosa, Emilia le mostró la recién nacida a su madre.

Rosaura permitió que Emilia contemplara a su niña. Dejó que se embobara y la sostuviera contra su pecho, cantándole tarareos de cuna que no se habían oído en la casa desde hace unos cinco años. Dejó que fuera madre lo más que pudo.

Hasta donde pudo, hasta donde la dejó su conciencia y, en cada momento, pidiéndole perdón a la Virgen, dejó que Emilia fuera madre para su bebé. Pero la noche ya acechaba y la temperatura bajaba aún más.

Las voces de Carmen y Antonia se alcanzaban a distinguir cada vez más entre la quietud.

—Ora pues —anunció Rosaura— tapa bien a esa niña y quítate la ropa. Me la vas a cambiar. No quiero ver que te quede ni un trazo de sangre.

Sorprendida, Emilia comenzó a hacer lo que su madre le instruyó, no sin antes preguntar: —¿Por qué?

—Porque aquí la que ha parido, soy yo. ¿Entiendes? En mi casa no puede haber muestras de tu abuela loca; ¡mucho menos en mis hijas! ¿Me oíste?

Con lágrimas silenciosas, Emilia entregó a su madre la ropa que traía puesta y esperó a que ella le diera las suyas.

—Te doy un rato nomás. Dile adiós a tu hermana y ponle nombre —dijo Rosaura, alisándose las faldas.

—¿Cómo mi hermana? —preguntó Emilia.

Rosaura cacheteó a Emilia para que reaccionara. —¿No ves que la que parió fui yo? Ya te dije, ponle nombre a tu hermana.

Emilia comenzó a querer sollozar y Rosaura también, aunque no tanto. Eso pasaba, por tener ligeras las enaguas. Era la maldición de la loca de su madre.

—Sabina —dijo Emilia entre lágrimas— quiero que se llame Sabina.

—Sabina es nombre de loca —advirtió Rosaura.

—¿Ese no era el nombre de su madre?

—Así es. Y por eso sé mejor que nadie. Es nombre de loca.

Rosaura sostuvo a su nieta en sus brazos dejándose, aunque solo por unos momentos, enamorar por aquella morusa que por fin había dejado de llorar. La volteó varias veces para examinar su cuerpecito. Iba a gritarle a Heriberto que todo estaba bien. Que no había manchas ni dedos de más; que esa bebé era un pedacito de persona, igual que todos los bebés cuando nacían.

No iban a tener que decirle a Emilia el terror de la realidad de su embarazo; no tendrían que explicarle por qué la criatura había nacido con alguna protuberancia o deformidad. Que se quedara con la idea de una concepción extramarital y ya.

Pero luego la niña abrió los ojos y la espantó al momento. Eran azules, como el mar de Caletas y como los ojos de la señora doña Hortensia. Como los ojos de la señora Hortensia.

Mientras hacían camino nuevamente a la carreta, la madre—abuela no pudo evitar sentir que, a pesar de los sacrificios que harían para hacerla pasar por su hija, la niña ya los había traicionado. Ni ella ni Heriberto tenían los ojos claros.

Ahora, cada que lloviera se iba a acordar de esa noche. De esa y de aquella, hace unos veinticinco años, cuando se llevaron a su madre.

Rosaura apretó a la bebé contra su cuerpo y alzó la mirada. No habían alcanzado a salir del pueblo.

Ahora toda lluvia y temporal iban a tener nombre de Sabina.

Capítulo 3: Mermelada de gondo

El día que confesó su embarazo, Emilia permitió que su madre tomara las tijeras e infligiera su frustración sobre su cabello. Ella permaneció sentada en la banca, sosteniendo la madera con los nudillos blancos del esfuerzo.

Emilia miraba al suelo, observando sus grandes mechones de cabello caer bajo sus pies. No podía dejar de llorar, aunque no le doliera.

Era cabello, se repetía a sí misma. Nomás era cabello.

Sintió el metal frío de las tijeras recargado detrás de su nuca. Cada que se unían ambos cuchillos se le erizaba la piel un poco más. Podía distinguir, entre lágrimas, los nudos de escalofrío que se formaban en ambos brazos.

Las tijeras trasquilaban con un patrón rítmico. El latigazo del metal se acercaba cada vez más a su piel.

Emilia comenzó a sollozar.

—Así voy a querer que me llores cuando me muera —dijo Rosaura sin aminorar el ritmo.

Emilia sentía una pérdida en su interior. Como si le estuvieran dejando un hueco en la boca del estómago.

Era cabello. Nomás era cabello.

Rosaura no tenía fuerzas para regañarla.

Emilia no podía dejar de mirar el suelo. Mirar la maraña de marea castaña, ondulada, que pedía ayuda. Sus cabellos la miraban. Sollozaban con ella. Abrían la boca para beber de sus lágrimas.

—Ya terminé —dijo Rosaura.

Emilia se tocó el cráneo. Volvió a sollozar.

Rosaura le entregó una caja de madera.

—Tome, hija. Vamos enterrando a su amiga como se debe —dijo, refiriéndose al cabello.

Emilia permaneció sentada unos minutos, recordando el momento exacto cuando su vida cambió: el día que pidió su primer permiso, un par de meses atrás.

Aquella tarde, Emilia encontró a su madre en la sala de estar, con una servilleta para tortillas a medio terminar. La aguja perforaba la tela con precisión. La rapidez de los dedos de Rosaura marcaba un ritmo hipnotizador. Emilia permaneció al fondo, con la escoba en la mano, hasta que los puntos rojos de la tela en los que trabajaba Rosaura tomaron forma de flor; así parecía que había estado barriendo todo ese tiempo.

Entonces Emilia presionó la escoba contra el piso, tallando el suelo ya limpio con fuerza.

Rosaura alzó la vista para sonreír entre costuras.

—No te oí, criatura —le dijo a Emilia.

—Nomás andaba acabando.

—Ya deja eso que mucho has hecho hoy.

—Gracias, madre.

—Vete a descansar con tus hermanas.

Emilia estrujó el palo de madera, sin dar un paso para retirarse o entrar de lleno a la sala.

Rosaura volvió a detener su costura para observar el rostro de Emilia. Empujó el sillón a su lado en señal de invitación.

—O vente a sentar conmigo, que está tranquilo el día.

Emilia dejó la escoba y se sentó junto a su madre.

—Hoy no hay bruma ni viento —dijo.

—No, hoy no hay —asintió Rosaura con una sonrisa—. Siempre son gratos los días sin voce... Sin viento.

Emilia permaneció en silencio con la espalda recta, mirando las tierras que abrazaban la casa a través de la ventana.

—Mija —susurró Rosaura—. ¿Traes pesar?

—No, madre —la quietud de Emilia la delataba.

—¿Cuita de algo?

—No, no.

—¿Te llegó tu encargo? ¿Te duele la cabeza? Recuéstate y te hago un tecito —Rosaura recargó la servilleta de tortillas sobre sus piernas.

—No, madre. Yo me siento bien. Es que...

Rosaura hizo a un lado su costura, con la aguja y el hilo colgando, y miró a Emilia de frente.

—Es que vengo a pedirle algo —Emilia miraba los muebles sencillos que ocupaban la casa en vez de encarar el rostro de Rosaura. El único lugar donde había decoraciones innecesarias era en su propia habitación. A Emilia le gustaban los floreros y los colores llamativos. Nada de eso se reflejaba en la sala.

—Alza la voz que no te oigo. ¿Qué me quieres pedir que no te dé, hija de mi alma? —preguntó Rosaura.

—Un permiso —dijo Emilia entre dientes.

—¿Permiso pa qué o cómo?

—Es que va a ser el día de la Candelaria...

—Eeeey, ya empezamos. Ya se me hacía tarde que no fuera antes. Mire, hija. A ese festejo nomás van muchachitas pazguatas con las enaguas cáidas.

—Es que van a ir todas...

—A mí no me importan todas. Me importas tú —dijo Rosaura.

—Es que nunca voy.

—¡Pos por algo! Al pueblo nomás les servimos de burla.

—Conmigo son amables...

—Se burlan a nuestras espaldas. Usted estará muy linda, hija, pero no deja de ser nieta de la loca Sabina. Y al muchachito que se le olvide no tiene cabeza pa estar con usted.

—A la pura misa iba a pedir permiso.

—Aaaah, muy santa me salió la muchacha. Qué pura misa. A mí no me hace pendeja. Si para la Candelaria faltan días. ¿Trae un potro entre la ceja?

—No, madre.

—No me mientas.

—No tengo visto a nadie —insistió Emilia, mirando a su madre a los ojos.

—En la casa no necesitamos darle cuerda a la gente pa que ande con habladurías.

—Yo sé, madre.

—Muy bien.

Rosaura volvió a alzar la servilleta para tortillas, observando dónde había detenido el patrón de la costura. A la quinta puntada, notó que Emilia seguía sentada frente a ella, erguida y tiesa como campanario.

—¿Luego pues? —preguntó Rosaura.

—¿Pos me da permiso?

—Que no, hija, ¡que no! Aaah, raza tan ideática.

Unos días antes de que Emilia confesara su embarazo, la mañana estaba despejada y los rayos asomaban su punta entre el velo de ramas que circundaba la casa.

Rosaura ya sabía que el firmamento, negro hace unos segundos, se tornaría morado y después carmesí, como mermelada de fresa con gondo. Buscó, desde su lugar en la ventana, el oleaje de colores que bajaría por la sierra. Cuando la luz por fin logró alzarse sobre los árboles, pudo distinguir unas manchas entre el gallinero y los árboles del fondo.

—Fregado tlacuache, ya volvió —dijo entre dientes.

Dejó los trastes y se dirigió al pasto donde todavía no se había secado la sangre de gallina. El cuerpo muerto del animal, abierto del pescuezo, miraba en dirección hacia la yema de sol que alcanzaba a verse entre el follaje.

Rosaura sólo alcanzó a ver las sombras gruesas de los troncos. El sol no la dejaba distinguir cuál de ellos protegía al animal responsable. Al girar su cuerpo para volverse a su casa, alcanzó a notar que una sombra negra dio unos pasos para esconderse detrás de un árbol más macizo.

—Avemariapurísima —siseó Rosaura.

Además de santiguarse, no supo si regresar a su casa o ignorar al ánima en pena que venía a visitarla. Se llevó una mano al cabello, como cerciorándose que aquello que había visto no era un juego del viento o de la bruma que no había.

—¿Qué andas haciendo parada así, mujer?

La voz de su marido la sacó de su pensar. Se había quedado parada, con ambas manos en la cabeza, mirando al cuerpo contorsionado de la gallina.

—Ya volvió el tlacuache —le dijo a Heriberto.

Heriberto se agachó para mirar los ojos de la gallina con detenimiento.

—Los tlacuaches no dejan la comida a medias —dijo—. Ni entera.

—¿Y si es un ánima?

—No es un ánima —dijo Heriberto con certeza—. No hay viento. No hay lluvia. No hay bruma. No es un ánima. Es un vivo que quiere aprovecharse de nuestra confianza. Es hora que Antonia aprenda a disparar.

—No. Antonia es una criatura y va a terminar disparándole a un cristiano.

—Pues que sea con puntería y no por accidente. Sirve que se da a respetar y aprende a defenderse. A ella y a sus hermanas, pa cuando nos mande llamar la Virgen.

—Le vas a dar leña al fuego.

—Con que el fuego sepa cuál tierra talar...

Heriberto limpió el rifle con cuidado antes de entregárselo a Antonia. Sentía que le estaba dando una herramienta, no un arma. Si sabía cazar, tal vez sabría procurar para su familia en caso de que se quedaran sin animales de ganado. Por una sequía, una lumbre, una epidemia u ora sí, por pura mala suerte. Tal vez hasta podría, en un futuro, vender la caza. Tal vez podría hacer oficio del uso de las pieles.

Tal vez para cuando creciera este pueblo las iba a dejar, a todas sus hijas, hacer vida sin entorpecerles su cometido, como habían hecho con Rosaura.

Heriberto todavía recordaba la primera vez que la conoció. La casa estaba media caída, la tierra tenía todo el pasto sobrecrecido. Rosaura vivía de los huevos de gallina y de las hierbas y frutos que la misma tierra daba.

No podía ella sola cuidar de tantas tierras. Eso sí, cada rincón que ocupaba estaba impecable de limpio. Como lo seguía estando ahora.

Heriberto dio una palmada a la espalda menuda de Antonio y apuntó hacia el blanco que habían improvisado.

La lata de conservas permanecía esperando a siete metros de distancia.

—Ora sí, hija. Voy a soltarle el rifle.

Antonia sintió el peso del metal y apenas pudo mantener alzado el cañón. Habían repasado toda la mañana los pasos para cargar y tirar del rifle, calibre 22. Antonia los susurraba como letanía. Meter la bala a la ventana del cargador, empujar la palanca de recarga, escuchar el chasquido del percutor, recargar la culata entre el brazo y el hombro, inclinar la cabeza según el ojo dominante, enfilar la mira con el grano, fijar una mano en el tercio y, con el índice de la otra, presionar el gatillo.

Antonia sintió que el peso del cañón le cansaba los brazos en lo que decidía si su ojo dominante era el izquierdo o el derecho. Bajó el rifle para encuadrar sus hombros una vez más.

Heriberto volvió a ayudarla, rodeándola con sus brazos para acomodar el arma. El sombrero con las dos lunas de dijes alcanzaba a hacerle sombra a Antonia.

Ambos miraban, con ojos firmes y certeros, la lata de conservas que esperaba ser rematada.

Heriberto fue soltando poco a poco el peso del metal, dejando que los brazos delgados de Antonia fueran acostumbrándose al rifle. Una gota de sudor se desprendió del rostro de Antonia, disparando contra el suelo a sus pies.

—Ora sí, hija —susurró Heriberto a su lado—. Baje el rostro un tanto para estar alineada y vaya acariciando el gatillo.

El dedo de Antonia alcanzó la curvatura del gatillo.

—Nunca vaya a disparar si no está macizo el rifle. Y nunca levante el rifle si no es sabiendo que lo va a usar.

Antonia apretó el rifle contra su cuerpo, forzándolo a que dejara de temblar en sus manos. Cuando el metal se aquietó y la lata estuvo alineada con la boca y la guía, Antonia apretó el gatillo, sintiendo el golpe del impacto contra su hombro.

—¡Quihubo mi chingona! ¿Ya vio?

Heriberto caminó hacia el blanco que había alistado hace unos minutos. La lata, intacta, yacía en el suelo. El poste sobre el que lo habían puesto mostraba el impacto de la bala. Las astillas de madera salían despeinadas en la parte de atrás.

—Ya estuvo —anunció Heriberto—. Con otras dos prácticas, tiene. Ya sabe que nunca lo tiene que dejar cargado. Y que hay que desarmarlo en cuanto lo desocupe.

—Sí, padre.

—Y no se olvide limpiarlo.

—No.

—¿Tiene una duda?

—Sí.

—A ver.

—¿Por qué Emilia no sabe disparar?

—Porque los olmos no dan peras, hija.

Antonia apuntó el cañón hacia el suelo, confundida con la explicación.

Heriberto se acercó para sacar los casquillos de la cámara.

—Yo a usted no le voy a pedir que trate con la gente. A Emilia no le voy a pedir que use un rifle. Un machete, tal vez, pero no un rifle. Según el sapo la pedrada.

—¿Y a Carmen? —preguntó Antonia.

—De esa Carmencita todavía no sabría decir. Emilia tiene don de gentes. Usted es colmilluda, inteligente y recia. Carmen puede que sea diestra para los libros. Ya sabremos cuando entre a la escuela. Luego ustedes no la dejan opinar. Pa todo está al mandeusted. Pero en una de esas Carmen nos saca de pobres, no sabemos.

Antonia tomó la caja de balas y se dirigió a la casa con su padre. Pensó en Emilia y su amabilidad con las personas. Pensó en Carmen y la ternura que causaba. Pensó en ella misma y las caras que provocaba.

—¿Y cuál se ve gallo de pelea? —preguntó mirando al suelo.

Heriberto soltó una carcajada.

—Nombre, hija. Si yo fuera a apostar por una ganancia mayor, las pondría a las tres en el mismo corral.

Rosaura caminaba lo largo de la habitación sin poder controlar su asombro. Tanto tiempo protegiendo a sus hijas de las malaslenguas para que ellas fueran a ser causa de chisme por su propia mano.

—Me salió con que quería ir a la Candelaria —dijo. Aunque Heriberto estaba cerca, sentado sobre una silla en la habitación que compartían, parecía que Rosaura expresaba su sorpresa para sí en vez compartir un dato nuevo.

—Es buena muchacha, nunca va a ningún lado —dijo Heriberto por tercera vez.

—¿Y para qué quiere ir? ¿Qué le hace falta que no tenga? Vanidades nada más.

—Déjala ir un rato al pueblo y que regrese cuando digas. Que sienta que le tenemos confianza. Que al cabo, de aquí que sea la Candelaria, se le olvida el permiso.

—¿Y si la agarra la bruma?

Heriberto dejó a un lado lo que traía en la mano y sostuvo a Rosaura de los hombros.

—No la agarra nadie. Que vaya hoy con Antonia. A una misa nomás, de prueba. Y si la vemos responsable, que se vaya ganando su permiso a la Candelaria.

Rosaura suspiró un par de veces. Prestó atención a la firmeza del agarre de Heriberto. La bruma no iba a agarrar a nadie. Si así fuera, ya lo habría hecho hace años. El pendiente era que lo hiciera y ella ni se enterara. ¿Y si la bruma ya había hecho de las suyas como había hecho con su madre?

Se llevó una mano al pecho y prestó atención a su respiración.

—Esta raza me va a matar de una angustia —dijo—. Que vayan, pues. Pero derecho a la misa y derecho a la casa. En dos kilómetros de sendero puede pasar cualquier cosa y ese Robertito Macías anda muy amiguero con ella.

Heriberto prestó atención cuando escuchó aquel nombre. —¿Quién? —preguntó.

—Roberto Macías, el hijo de tu compadre —aclaró Rosaura—. Piensan que no sé, pero ya van varias veces que los veo echándose ojitos.

El sendero serpenteaba hasta el pueblo, abrazando a las colinas.

Emilia traía puestos los huaraches buenos, enteros, y la falda azul con franjas rojas. Se había bañado y puesto aceite de coco en el cabello. Todo para ir a misa.

Antonia la miraba de reojo. No podía estar segura, pero era posible que hasta hubiera encontrado con qué perfumarse.

—Vas muy rápido —le dijo a Emilia.

—Apura el paso —contestó ésta.

Antonia trotó un par de metros para poder estar a la par con Emilia. Cuando llegaron a la plaza del pueblo, donde comenzaba el empedrado, Emilia se detuvo de golpe y llevó a Antonia a la banca más retirada.

El árbol de nancy, seco y sin frutos, apenas alcanzaba a cubrirlas del sol. Emilia abanicó su rostro con la palma de su mano, queriendo secar el sudor. Miraba a las personas que se iban acercando a la plaza, deteniéndose en cada rostro un segundo, como buscando a alguien.

La gente todavía estaba comprando tejuino. Todavía iba y venía del mercado. Todavía buscaban una banca desocupada en la plaza dónde sentarse. Los niños subían al quiosco y brincaban, corriendo entre las rejas.

Emilia esperó a que se secara la última gota de sudor para dirigirse a su hermana.

—Necesito pedirte un favor —le dijo a Antonia.

Antonia cruzó sus brazos. —No voy a hacer ni un mandado.

—No tienes que hacer nada —le aseguró Emilia—. Nomás tenemos que sentarnos en la última banca. La más cerca de la puerta. Y si se acerca alguien a sentarse con nosotras, no puedes decir quién compartió la banca.

Emilia metió la mano a su falda y sacó una cajeta.

Antonia descruzó un solo brazo y aceptó el pago.

—Y si me voy un momento, tampoco puedes decir —dijo Emilia con premura.

Antonia estaba a punto de protestar cuando Emilia sacó dos cajetas más de su falda. Antonia cerró el puño sobre la mano de Emilia y miró hacia el frente.

—Bueno —dijo, asintiendo una sola vez.

Tomó una de las cajetas y la saboreó ahí mismo en la banca, bien sabía que llegando a la casa iba a tener que compartir con Carmen.

El segundo llamado a misa interrumpió el silencio e hizo que Emilia se sentara todavía más erguida. Alisó su falda con las manos sudadas.

Antonia notó que la gente salía del mercado y de las casas pero nadie entraba a la iglesia. —Hace mucho calor —dijo. Miró el cielo claro. Aquella no era temporada para que hiciera calor.

Emilia no escuchaba. Había encontrado a quien buscaba y el sonrojo en su mejilla, como hilo rojo en un tejido, la delataba.

Antonia siguió su mirada. —¿A quién buscas? —preguntó.

—A nadie —contestó Emilia, bajando los ojos.

Antonia cruzó los brazos otra vez. —Vas a necesitar más cajeta.

Con el tercer llamado, la gente comenzó a moverse hacia el edificio, como becerros a un corral. Emilia sostuvo la mano de Antonia para que no se perdiera. Lograron tomar asiento en una banca detrás del pilar, apachurradas por la gente que buscaba aire.

Antonia quiso girar el cuerpo para mirar quién estaba al lado de Emilia. Los cuerpos de adultos que la rodeaban no le permitían moverse. Sólo alcanzaba a ver, a dos codos de distancia, que alguien sostenía la mano de su hermana.

Quiso preguntar quién era, pero las voces de la parroquia se alzaron en coro, ahogando sus palabras. La melodía rebotaba contra las paredes, confundiendo con el incienso. El olor a humo y sudor llenaba todo el espacio.

Antonia cruzó sus brazos. Aquello estaba costando más que un par de cajetas.

Sintió que Emilia se agachó en dirección suya, susurrando un “Te veo en el nancy” a su oído.

Antonia sacudió su cabeza en negación, queriendo atrapar la falda azul de Emilia con sus puños. La tela se esfumó entre sus manos como humo. Emilia ya estaba a tres gentes de la puerta. Su cuerpo se confundía con el de los demás. Largo y sudado.

El vaivén de la gente al sentarse fijó a Antonia en la banca. Terminó apretada entre el recargabrazos y el muslo grueso y sudado de la señora Raquel.

Antonia miró al frente, haciendo lo posible por no enojarse. Su rostro rojo siempre la delataba. Fijó la vista en el cirio delante del pilar y dejó que sus pies se columpiaran bajo la banca.

Eso le pasaba por ser tan buena gente. A ella siempre le pedían los mandados más feos y a Carmen los más fáciles. No era justo.

Antonia no hizo caso cuando la señora Raquel le ofreció un programa de misa. Más de la mitad lo usaba como abanico. El aire de los papeles golpeaba contra las llamas de las veladoras a lo largo del pasillo.

Había incienso, sudor y aire caliente con cada aliento.

Antonia sintió una pesadez en el espacio tan comprimido. ¿Cómo es que ahí cabía tanta gente? Miró el cirio grueso, que también sudaba cera, frente a ella.

El azul de la mecha se alzaba como arcoíris, haciéndose rojo, después amarillo y gris en la punta. Se estiraba, delgado, hasta convertirse en aire grisáceo que bailaba como el cuerpo de una mujer joven.

Antonia relajó un poco sus brazos. El humo del cirio con cuerpo de mujer se acostaba contra el pilar, acariciándolo junto con el humo del incienso. Ella también quiso acostarse.

Entre los velos, los sombreros y las nuca sudadas de los adultos, Antonia alcanzaba a ver el pequeño centelleo de las llamas a lo largo de la iglesia.

La llama de la derecha brincaba de vez en cuando, como un rostro que estaba a punto de soltar una carcajada. La llama del cirio más grueso permanecía firme y quieta, como meditando ante la mirada de Antonia. Las manos del candelabro parecían una cabellera gruesa, de lumbre, detrás del humo acumulado en la sauna de cuerpos.

Antonia sintió el sudor que corría por su cuello. El sudor que corría por su espalda. El sudor acumulado entre sus muslos, más espeso que aquel que le cubría el cuerpo entero.

Se quedó mirando la cabellera del candelabro, preguntándose si también olía a gente. A sudor con tierra, chile y guayabate; a sudor con siembra; a sudor con animales de carga. Agrio y salado a la vez.

La señora Raquel, sentada a su lado, desprendió su cuerpo de la banca y se dirigió hacia la puerta con los demás. Su falda mojada la siguió segundos después.

Antonia enderezó su cuerpo. No supo con certeza si se había quedado dormida. Tampoco estaba segura por qué estaba enojada. Observó cómo la gente caminaba, como en sopor, hacia la puerta. La misa parecía haber concluido y ella ni supo cuándo dieron la eucaristía. De lo único que estaba segura es que no había dejado de sudar. Miró las bancas sin sentaderas de gente. Ellas también estaban perspirando.

Se paró de su lugar para ver qué tan sudado había dejado.

En vez de agua clara, notó que había una mancha como de mermelada de fresa con gondo, más oscura que la que vendían en el mercado. Ninguna otra banca tenía la mermelada. No hasta donde alcanzaba a ver.

Antonia limpió la mermelada de la banca con su falda, queriendo que todos se apuraran en salir para poder correr con Emilia bajo el árbol de nancy. Al doblar la tela de su falda advirtió que había más mermelada detrás. Las voces de la gente comenzaron a mezclarse con los suspiros de las llamas que cargaban el incienso y el humo. Antonia cubrió la mancha con sus manos y salió hacia la plaza, empujando a quien tuviera enfrente.

El aire fresco, limpio y sin sudor de gente, la recibió de golpe. Afuera corría el viento con júbilo, secando el sudor y las lágrimas que comenzaban a formarse.

Encontró la banca debajo del nancy y se sentó a esperar a Emilia.

Justo cuando iba a ponerse a llorar vio que su hermana corría hacia ella con el cabello suelto y bañada en sudor.

—Te fuiste —la acusó Antonia, soltando el llanto.

—Un ratito nada más.

Emilia la abrazó ahí mismo en la banca. Tenía la respiración entrecortada y su falda al revés.

Ninguna de las dos prestó atención a la gente que las veía. Antonia cubría su falda. La mancha de mermelada de gondo se hacía cada vez más grande. Emilia miraba la sonrisa, también jadeante y sonrojada de Roberto Macías, hijo, al filo de la plaza.

Heriberto entró a la casa tras pasar el día arando con los peones de su compadre. Estaba decidido a que ya no iba a dejar pasar un solo día más. Había que hablar con Rosaura. Emilia podía ir a donde quisiera en compañía de quien quisiera, nomás que no fuera el joven Roberto.

Heriberto estrujó su sombrero con los dos dijes de luna en creciente. Diecisiete años había podido conservar su secreto.

Rosaura lo encontró sentado en el sillón cerca de la ventana.

—¿Ya tan pronto se desocuparon? —preguntó cuando lo vio. Carmen, de cinco años, y Antonia, de diez, le ayudaban a acarrear leña para la lumbre.

—¿Y Emilia? —preguntó Heriberto, siguiendo a Rosaura hacia la cocina.

—Hoy es el día dos —le recordó Rosaura—. Está ayudando con las otras muchachitas para la quermés de la Candelaria.

—¿Fue sola? —preguntó Heriberto, mirando de reojo a Carmen y Antonia.

—Vinieron por ella el grupo de jóvenes —contestó Rosaura—. ¿Luego no habíamos dicho?

Heriberto se sentó en el mismo banco donde, once semanas después, Emilia se sentaría al confesar su embarazo. Puso ambas manos sobre sus rodillas y respiró en anticipación.

—¿Reconociste al joven Roberto Macías entre la chamacada? —preguntó Heriberto.

Rosaura se encogió de hombros. —Pos sí... Sí, venía con ellos.

Heriberto suspiró. Demasiado tarde había esperado y el mismo secreto se iba a saber de todos modos, aunque fuera diecisiete años después.

—Rosaura —exhaló—. Tengo que decirte algo.

Emilia practicó las palabras tantas veces que la lengua se tropezaba entre ellas. A pesar de tener todo el discurso memorizado, cuando entró a la cocina sólo pudo expresar dos palabras antes de que se le secara la garganta.

—Buenos días —dijo.

—Ya puso la gallina y tú apenas levantándote. Mira nomás. ¿Fuiste por leche? Esa vaca ha de estar incómoda. Que si fuiste por leche.

Emilia tomó el mandil y envolvió su cintura con él. Ya no cerraba igual. Cada semana la tela parecía encogerse.

—Antonia está ordeñando —dijo.

—Ah, qué a gusto. ¿Y quién le dijo a Antonia que en esta casa mandabas tú?

Rosaura dejó de moler los granos de elote y alzó el rostro para encarar a Emilia. Fregada muchacha. Levantó un primer grano para que impactara con el hombro de Emilia; hubiera aventado el segundo y el tercero, pero el rostro rojo de su hija la detuvo.

—Madre —dijo la muchacha, escondiendo sus manos bajo el mandil—. Madre, tengo que decirle algo.

Rosaura dejó caer los granos de elote. Seguro iba a salir con que quería otro permiso. Uno a la raza le ofrecía la mano y le agarraban el brazo entero.

—¿Ya te lavaste? —preguntó.

—Sí, madre.

—El cabello y las verijas.

—Sí, madre.

—¿La cama?

—Ya está tendida. Tendí la suya también.

—Como debe ser.

—Barrí también.

—No pos andas muy hacendosa. Haz de querer algo. Te voy a decir algo, Emilia. Esas muchachitas con las que vas a la escuela, esa chamacada que anda yendo al mercado desacompañada, que anda malgastando en listones y chucherías, esas chamaquitas pendejas no las quiere ni su madre. Porque una madre con amor para sus hijos no deja que anden pirujeando, ni en boca de toda la gente ni en manos de quién sabe quién.

Emilia se sonrojó aún más y miró al suelo.

—¿Te acuerdas de la Candelaria? —preguntó Rosaura.

No podía ver, pero Emilia apretó las manos todavía más bajo el mandil. Su respiración comenzó a entrecortarse.

—Esa era una fecha que en mi época se guardaba. Ora nomás andan viendo cómo hacer el convivio. ¿Por qué lloras?

—Madre...

Emilia se dejó caer en uno de los bancos, recargando las manos sobre las rodillas. Rosaura dejó los granos de elote y la sostuvo de los brazos. Cuando supo que no se le iba desmayar ahí mismo, corrió a cerrar todas las ventanas. Era el aire que quería hacer de las suyas.

—Tome, hija, respire.

Rosaura abanicó su rostro con un periódico viejo.

—¿Qué le hicieron? —preguntó.

Emilia tomó una bocanada de aire. —Nada.

—¿Qué hiciste tú?

Rosaura dejó de abanicar cuando Emilia batalló por encontrar las palabras. Por un momento creyó que había creído en los rumores del pueblo. De que la abuela dejó un conjuro a medias y que se tenía que ir a la isla del Río Palo Seco a completarlo.

—¿Y tus hermanas?

—Antonia está afuera. Carmen anda limpiando los frijoles. Jugando, pues.

Rosaura tomó un banco y se sentó frente a Emilia. Sus rodillas casi tocaban las de su hija.

—¿Le hiciste caso al viento? —preguntó.

Emilia alzó el rostro, confundida. —¿Cuál viento?

—Nada, hija. No te hagas pendeja. ¿Qué hiciste?

Emilia desabrochó su mandil. Los dedos sudados tropezaban contra la tela. Se paró enfrente de su madre y estrechó la ropa contra el pequeño bulto en su vientre.

Rosaura se quedó callada, viendo el cuerpo de Emilia. Los ojos. Los tobillos. El vello ralo que comenzaba a formarse debajo de su mentón. Las manchas en la piel.

—¿Madre?

Rosaura miró a Emilia a los ojos.

—Tráeme las tijeras —dijo.

Después de ayudar a Rosaura a enterrar sus cabellos, Emilia se sentó al lado de Antonia en la azotea de la casa para ver el atardecer.

La yema de sol poco a poco se escondía detrás de los muslos de las colinas.

Dejaba su mancha azufre. Que se tornaba mostaza. Que se hacía tangerina. Que se mezclaba en carmesí. Después en violeta. Hasta dejar atrás el cielo del color de mermelada de gondo.

Emilia secó sus lágrimas y esperó que saliera la primera estrella antes de hablar.

—Ya no necesito que me ayudes con la sangre de gallina cada mes —le dijo a Antonia.

Antonia tomó su mano y la apretó con ambas de ella.

—Muy bien —dijo.

No necesitaba explicaciones. Cuando oyó que Rosaura pidió las tijeras, ella tomó a Carmen de la mano y se la llevó a la azotea, donde no escucharan los llantos y para que Carmen no se asustara al ver a Emilia así, pelona.

Los llantos se oyeron de todos modos, aun estando sentadas sobre la habitación contraria a la cocina. El viento parecía lamentarse. Había una congoja en el aire que sacudía las ramas de los árboles. El pasto se mecía, como queriendo saber a qué dirección dirigirse. Iba y venía con la ráfaga angustiada que parecía se le había perdido alguien.

Carmen había dado muestras de que le estaba ganando el sueño pero Antonia sabía que no podían bajar así, cuando su madre todavía estaba molesta. No fuera que ellas también terminaran

con su cabello en el suelo. De todos modos, el aire había golpeado la escalera de madera y se iban a tener que esperar hasta que Emilia subiera por ellas.

Parecía que hasta el mismo aire sabía que no tenían que bajar hasta que fuera seguro.

Antonia no quería mirar a Emilia, con su pelo tan a ras que casi podía ver el contorno de su cráneo. Su rostro acongojado le cambiaba el semblante. Tenía arrugas de preocupación donde antes tenía arrugas de sonrisa.

Parecía que se le había muerto alguien. Antonia mejor no quería saber.

—Se acomoda lo de las gallinas porque siempre sí le disparé a un tlacuache —dijo.

Emilia asintió, haciendo lo posible por no volver a llorar. —Sí —dijo.

Antonia buscó cualquier tema para no mencionar la cabellera de Emilia.

—Le di en las puras narices. Tenía bigote y ceja poblada. Se espantó antes de morir y su alma corrió entre los árboles. Tenía forma de muchacho —dijo.

Emilia soltó una carcajada ante las palabras de Antonia, despertando a Carmen.

Las tres hermanas rieron, Carmen y Antonia sin saber de qué, hasta que Emilia se quedó sin aliento. No podía dejar de imaginarse a Roberto Macías, hijo, corriendo antes del alba, como tlacuache.

Emilia suspiró tras la carcajada y se dejó apapachar por los brazos pequeños de Carmen.

—¿Y tu cabello? —preguntó la niña.

—Lo enterramos junto al pozo —le dijo Emilia.

Carmen acarició la cabeza de Emilia. —¿Con la bebé? —preguntó.

Emilia no supo qué decir y decidió mejor ignorar la pregunta. Carmen siempre estaba salvando animalitos y metiéndolos a la casa.

Emilia se recargó en la pared y miró la noche, acompañada de más estrellas.

Un silencio desconocido le llenó los oídos.

—Qué raro —dijo—. Nunca había escuchado tan callado.

—¿Qué callado? —preguntó Antonia—. ¿Luego no oyes al viento zumbar?

Capítulo 4: La cantina

En el rincón menos transitado del mercado, antes de llegar a la salida del fondo y después de serpentear entre los cántaros de don Lupe, se encontraba la cantina de don Eulogio. Si bien no tan espaciosa como la de don Ramón, al lado de la parroquia, ni tan entretenida como la cenaduría que despachaba doña Raquel con sus muchachas, la cantina de don Eulogio no les daba a los comensales el rastro de malas lenguas que los otros negocios sí.

Al mercado podía entrar quien gustara y aunque don Eulogio era selectivo con su clientela y no atendía a cualquiera, por eso de las apuestas y los malos entendidos, salir borracho del mercado, con el paso tropezado y los ojos a media asta, era señal de tener la conciencia tranquila. Pues nadie que tomaba ahí iba para esconderse de la vida.

La noche que Heriberto había decidido pasar unas horas ahí, el día había estado nublado y eso siempre llenaba de ansiedad su casa. Entre que su mujer se enajenaba un segundo y al otro comenzaba a gritarles a todos, que sus hijas más chicas decían que bailaban con la bruma y que la más grande reacomodaba todos los libros de la casa, limpiándolos, abriéndolos, tocando cada hoja, Heriberto sentía que algo de razón tendrían los rumores y que las tierras donde vivían sí tenían el hechizo de la loca Sabina. Si no, ¿entonces por qué les afectaba la lluvia de tal manera a las cuatro, a su mujer y sus hijas?

Heriberto había pensado que el nacimiento de la bebé Sabina cambiaría ese patrón que entre todos habían cimentado desde hace años. Lo que no se esperaba es que lo hiciera desde la primera lluvia. Antes de que ella llegara al mundo, hace dos semanas apenas, Heriberto tomaba el clima como excusa y avisaba que tenía que ir con su compadre, el licenciado Roberto Macías, a tratar unos asuntos sobre las tierras. Lo que comenzó como un pretexto para salir de los confines de la casa se convirtió en una coartada infalible que tapaba su relación con Hortensia Pérez.

Aquella primera vez, cuando todavía se sentía mancebo, sí iba a buscar a Roberto Macías, quien todavía no era su compadre. Encontró a Hortensia, recién casada con Roberto como él lo estaba con Rosaura, y pidiendo pasar a la oficina para redactar sus ideas y dejar un recado, terminaron haciendo del escritorio una cama improvisada. Cada que la bruma espesa sofocada el pueblo entero o que una cortina de lluvia caía cerca de su casa, Heriberto esperaba el momento oportuno y, como reloj, se iba con Hortensia, quien para esas horas ya había convencido a su marido de que subiera el heno, o bajara la siembra o pusiera las semillas en costales y de paso fuera a la cantina de don Eulogio por su raicillita que tanto se merecía.

Diecisiete años habían llevado a cabo esa rutina, tan certera y precisa que Heriberto llegó a sentir que le respondía el cuerpo nomás de ver una nube, mientras que Roberto Macías siempre buscaba su raicilla, aunque ni ganas de tomar tuviera.

Sentado ahora en la esquina de la cantina de don Eulogio y apartado de los comensales que buscaban una partida de cartas, de dominó o el puro cotorreo, Heriberto pasó una mano por su frente. No quería pensar cuántos criados tenía que sobornar Hortensia con cada visita. Aquella temporada de lluvias estaba resultando más copiosa que otras. Tenían hasta un catre escondido al lado del librero.

Cuando Hortensia y Heriberto acababan con su quever, él iba con don Eulogio a buscar a Roberto y llevarlo, medio borracho, de vuelta a su casa. Así los peones veían que sí había dado con él.

Aquel día, sin embargo, ni sus hijas ni su esposa habían llenado la casa de la conmoción o ansiedad que tanto caracterizaba la llegada de la bruma.

La niña recién nacida hacía que la casa tuviera una calma. Rosaura había dejado su lugar en la ventana, contemplando la llanura con los animales pastando, y se enfocaba en su casa. Tener qué hacer la distraía de tener qué pensar. De tener que pensar en voces.

Heriberto vio la primera nube del día y esperó que la ansiedad y el ruido tomaran su curso natural, pero estos no llegaron. La casa tenía una tranquilidad que no habían conocido en mucho tiempo. De repente las nubes hicieron que él se pusiera a contemplar la llanura y llegó a sentir culpa por hacer que su compadre no sólo trabajara de más, pero que le vieran la cara ya a veces hasta tres días en una la semana.

Su compadre, su mujer, Hortensia... a todos les cambiaba el día nomás de ver la lluvia y fue hasta entonces, con la quietud de la casa, que Heriberto se preguntó qué tanta culpa le echaban al clima y qué tanta tenían los cuatro por desviar la mirada a propósito.

Heriberto apretó el vaso que tenía en las manos. La firmeza del vidrio esclareció su resolución. Había que dejar de culpar a la bruma y a la pobrecita de su suegra, que en paz descansara. Lo mínimo que había que hacer, después de tantos enredos que él mismo había atado, era invitarle una raicilla al despistado de su compadre.

Como invocándolo con el pensamiento, Roberto Macías llegó a la cantina de don Eulogio empapado de sudor y tierra. Iba a sentarse donde siempre, pedir lo de siempre y esperarse unas horas hasta que Heriberto llegara por él, cuando lo vio sentado en la mesa de la esquina que usualmente ocupaba uno de los Hernández.

Fue tanta su sorpresa que ni supo qué trago era el que pedía casi diario.

Heriberto agachó la cabeza en señal de saludo y se terminó su bebida. Hasta ese momento, había podido ignorar qué era de Roberto en lo que Hortensia y él redactaban las ideas en la oficina.

Ahora lo veía. Cansado. Traqueteado. Haciendo tiempo para que su mujer pudiera limpiar la oficina sin apuros. Y aún así, feliz de verlo.

Heriberto alzó dos dedos en dirección a don Eulogio, quien con un movimiento de la piocha anotó el pedido y llevó otros dos vasos a su mesa. Aceptando la invitación sugerida, Roberto hizo camino hacia la mesa y arrimó una silla.

—Buenas noches, compadre —saludó Heriberto sobre el bullicio.

—¡Quiubo compadre! ¿Qué anda haciendo por estos lares? —preguntó Roberto.

—Pos aquí nomás... Aquí... Nomás.

—¿Qué trae pues, compadre?

—Pos estas pinches viejas...

—Hay mucha pancha en su casa...

—Sí, sí... fijese que sí. Ya no hallo qué hacer con tanto viejerío. Y luego ya ve, que acabamos de recibir una más.

Roberto sacó hojas de papel y tabaco de su bolsillo para prepararse un cigarro de hoja larga.

—¿Gusta, compadre?

—No, no —Heriberto observó los movimientos precisos y delicados de las manos del compadre. Todavía las llevaba sucias de tierra. A estas horas Hortensia y él ya tendrían acomodado el catre.

—¿Trae suelto? ¿No quiere jugar un conquián? —preguntó Roberto.

—Pues como usted vea.

—Hombre, compadre. Por el amor de dios. Quite esa cara de amargo. Saque su suelto y aquí nos echamos una partida. ¿O quiere gastar suelto en una vieja que usted no haya parido? Para ir con doña Raquel si gusta.

—Fíjese que estoy tan harto de las pinches viejas, que ni puedo ver una en retrato. Sáquese la baraja y mejor vamos a jugar —Heriberto azotó el vaso de vidrio sobre la mesa de madera y levantó cuatro dedos en dirección a don Eulogio. —Laurencio... Borrego... —alzó la voz— vénganse a la partida.

El compadre Roberto acomodó su silla para permitir que todos los jugadores se unieran en lo que don Eulogio arrimaba cuatro tragos de raicilla. Roberto acercó uno y lo olió antes de tomárselo de un jalón. Iba a necesitar otros más. Ese pinche pueblo lo traía hasta la coronilla.

—Mire verán —instruyó a todos Roberto— como mi compadre Heriberto trae cuita, vamos a jugar de a diez centavos la partida. Y ahí nomás que se me rajen, cabrones. Aquí puro hombre.

El Borrego hurgó en los bolsillos de sus pantalones. —Pero es que yo nomás tengo veinte centavos —dijo.

—Aaaah, pos por eso con más huevos pone atención y gana, Borrego. No se haga pendejo como la otra vez. Y nomás que se levante a la tercera partida, eh —Roberto sacó una baraja y comenzó a revolver las cartas, haciéndolas tronar bajo la fuerza de sus dedos. Tras repartirlas, estudió la mano que le había tocado, dio una calada a su cigarro y observó la mesa. El Borrego y Laurencio apenas se estaban acomodando.

Roberto volvió a levantar sus cartas y giró el rostro para observar la puerta de la cantina. Hizo como si contemplaba el lugar en general antes de fijar su mirada en la jugada.

—Oigan... —comenzó a decir entre caladas— ¿y de casualidad no han visto al Rómulo?

—Cuando venía lo vi que estaba acomodando a los caballos con el huerco ese... ¿Cómo se llama? —preguntó Heriberto.

—El de Eufrasio... —sugirió Roberto.

—Ey, ándele. El hijo de Eufrasio. ¿Juan...?

Roberto apretó su puño izquierdo sobre las bajas y el derecho sobre el cigarro. —Juan, sí —dijo.

—Pos total que se veía que venían los dos del potrero y llevaban a las bestias al palenque.

Roberto azotó las cartas contra la mesa. —Me cierro —declaró, aunque todavía no se mostraba la primera carta—. ¿Solos los dos?

—Ya dije que iban los dos nomás, compadre. ¿Qué trae? ¿Le quedaron mal en una chamba? —preguntó Heriberto.

—No, no. Nomás que se me hace que luego andan muy juntos. Y a mí no me gustan las joterías.

—¿Cuáles joterías, pues? —preguntó el Borrego, rascándose su cabellera ondulada al estudiar sus cartas—. Si andan arreando animales, nomás. Así como cuando usted contrató a don Gonzalo y Rómulo los acompañaba.

—Hombre, Borrego. Si será tan pendejo. Mejor dedíquese a perder, si para eso sí es bueno —Roberto limpió sus manos sucias en el pantalón, volteó a ver la puerta principal y después la del fondo—. Pero primero vamos a pedir una botella de raicilla. Y nos vamos a tomar un trago por cada vieja que nos hayamos chingado.

Heriberto notó la ansiedad en la voz de su compadre, quien se quitó el sombrero y comenzó a jugar con los dijes que colgaban de la banda. Dos lunas en creciente de plata sobre una banda negra. ¿No era ese su sombrero? ¿Sería que lo nublado también lo afectaba a él? Heriberto se sintió mal un momento por haber pensado que todo era quehacer de la loca Sabina. Se quitó el sombrero que traía en la cabeza para estudiar los dijes un momento; eran dos caballos de plata.

Disimuló su decepción contemplando las barajas que tenía en la mano izquierda. No sabía ni cuántos días tenía con un sombrero ajeno. Las malas lenguas nomás estaban buscando motivo

de qué hablar y esa era cuerda suficiente. Ni modo decir que también su pobrecita suegra, en paz descansa, tenía la culpa.

Heriberto volvió a ponerse el sombrero ajeno y contempló el ceño fruncido de Roberto.

—Hombre, compadre. ¿Qué trae pues? —preguntó.

—Que el Rómulo y el Juan ese de seguro andaban de la mano. ¡Don Eulogio!, déjenos la botella ya, de una vez.

Roberto volvió a mirar ambas puertas antes de tomar la botella de las manos de don Eulogio y servir los tragos él mismo

—Pos déjelos que anden juntos, compadre. Ni que le estuvieran soplando la nuca a usted —contestó Heriberto mientras estudiaba las cartas.

Roberto se paró de golpe. —¿Anda diciendo que yo sí me dejo soplar? Vamos a salir mal compadre.

Heriberto alzó las manos en señal de paz. Ese pinche clima traía pendejos a todos. Su mujer que se enajenaba, él que le salían bríos de mancebo y su compadre que andaba como gallo enjaulado.

—No, compadre. Si yo nomás digo que aquí hay puro hombre, ¿qué le preocupa?

Roberto tomó asiento y se llevó su trago a los labios dos veces antes de prestar atención a las cartas.

—Así es, puro hombre —contestó—. Usted es hombre, ¿verdad Borrego?

El Borrego miró a Laurencio y después a Heriberto en señal de ayuda. Eso le pasaba por andar de desquehacerado. Bien había podido haberse quedado en su casa haciendo menesteres.

—Pos sí, don Roberto. Pero yo no sé a qué viene al caso —contestó.

—Viene al caso porque no ando viendo que se tome ni un trago y no quiero pensar lo que no es. Uno por vieja, dije.

—No, pos vamos a necesitar más de una botella...

—Eso es todo. ¡Eso es todo pinche Borrego! Si se me hace que usted no es tan pendejo.

De tanto tiempo conviviendo juntos, Heriberto sabía que su compadre lo más seguro tendría una preocupación. Eso de andar queriendo armar pleito, aunque fuera con el pendejo del Borrego, nomás lo iba a dejar jineteado y quien cobraría los golpes iba a ser él mismo, pues el compadre tuvo infancia de ir a la escuela con zapato lustrado, no de mover estiércol para labrar la tierra.

Tendría tal vez una querida. Era posible que Rómulo y Juan se la hubieran quitado. Era hasta posible que Rómulo tuviera deudas con él y anduviera acompañado de Juan para que Roberto no le cobrara de sorpresa.

Heriberto dejó a un lado sus propias preocupaciones con los sombreros cambiados y se enfocó en ayudar a que a su compadre se le olvidara la angustia que hacía que estuviera viendo tanto a la puerta. Él mismo pagó las dos siguientes botellas que pidió la mesa. Hizo que Laurencio se llevara al Borrego antes de que ambos arrastraran las piernas y no pudieran llegar a su casa. De una vez, mandó decir a doña Hortensia, y a Rosaura también, que Roberto y él estaban con don Eulogio. No fuera que luego se preocuparan y quisieran ir por ellos.

Ya aún entrada la noche, el compadre seguía mirando las puertas del mercado. Heriberto consideró que era ahí donde se veía con su querida y que ella, al verlo acompañado, había decidido no pasar a la cantina. No cabía duda que las viejas nomás creaban enredos.

Ya cuando don Eulogio tenía más de medio cuerpo recargado en la cantina y el suelo tenía más raicilla que las botellas, Heriberto decidió que era mejor que se estuvieran yendo.

—Ni modo, compadre, quedamos solos —dijo Heriberto cuando Laurencio y el Borrego ya se habían ido.

—Ya la raza no sabe usar pantalón —contestó Roberto—. Hay que seguir brindando por las florecitas.

—Hombre compadre, que parece que ya desfloró más praderas que una avispa, pues.

—Si somos hombres, no chingaderas. Hay que pedir una botella para cada quién. Si uno de joven hace muchas pendejadas. Muchas, muchas pendejadas.

—Bueno, ¿qué trae, don Roberto? ¿Trae cuita? —preguntó Heriberto.

—No, no... Es que... Nooo, nooo...

—Pos ahí si quiere sacarse un peso de encima, usted me puede decir lo que sea. Total, todos cargamos pecados propios y ajenos y aquí seguimos arreando —Heriberto recordó los ojos azules de la bebé recién nacida.

—Sí, pues. Es que... a ver. Primero, chinguese su botella. Ya más pedo a ver si agarro ánimos pa decirle —instruyó Roberto Macías. Sus ojos, irritados de la borrachera, se esforzaban por enfocarse en el rostro de su compadre.

—¿Cómo ánimos, pues? Si no quiere decir, pos no diga. ¿Cuál es el problema?

—No me deja en paz... no me deja en paz... Esto que traigo.

—Pos entonces, dígalo y ya —concluyó Heriberto.

—No, si esas cosas no se dicen. Son del diablo.

—¡Pos no diga pues! —exclamó Heriberto.

—A mí usted no me manda. Y si yo le quiero decir, yo le voy a decir. Nomás que tengo que saber que usted no le va a decir a nadie. No va a decirle nada a nadie —las palabras masculladas de Roberto todavía alcanzaban a distinguirse y Heriberto sabía que había escuchado bien.

—Ni que fuera vieja para andar con mitotes —replicó.

Roberto dio un suspiro largo y se tomó la mitad de su botella de raicilla en un solo trago.

—Si usted me jura que no dice nada... le doy lo que sea.

—Hombre compadre, ya le di mi palabra. Yo para qué quiero cosas.

—Es que para esto, necesitamos los dos un incentivo. Aunque no vaya a decir nada. Quiero un incentivo para mi paz mental.

—Pos nomás callándose la boca.

—No, ¡ahora le digo! —la botella salpicó al hacer contacto con la mesa de madera. En la cantina, los únicos todavía sentados eran ellos dos. Algunos comensales yacían en el suelo, borrachos. Roberto bajó la voz aún más—. Ahora le digo. Pero primero, un incentivo.

—No quiero nada. ¿Pero cómo eso de incentivo? —Heriberto rascó su nuca al preguntar.

—La garantía, pues —explicó Roberto.

—¿Garantía de qué? ¿De que no diga nada? Ni que fuera vieja.

—Le doy mi caballo.

—No, compadre, no se apendeje. Si los animales conocen a sus dueños, ¿yo para qué lo voy a querer?

—Unas tierras. Le doy el potrero de Abajo.

—Compadre, chingado. No quiero nada. Ahuévese y dígame lo que me tiene que decir o cállese el hocico. Pero ya déjese de chingaderas.

—Es que esto me trae lázaro, compadre. Me trae lázaro. Si hasta sería capaz de prestarle a mi vieja.

—¿Y yo para qué quiero a su vieja? —Heriberto dejó de tomar en ese mismo momento. Enderezó su cuerpo y se alistó para el puñetazo que sabía tendría que recibir sin levantar las manos. El compadre tenía derecho a, al menos, dos libres. Si no es que a tres.

—Hortensia es muy guapa, compadre —dijo Roberto.

—Si yo no estoy diciendo que no —Heriberto acomodó su silla y movió las botellas de vidrio vacías al suelo, no fuera a ser que el compadre las usara de machete—. Nada más quiero que se dé cuenta de la sarta de barbaridades que me está diciendo. ¿Cómo “prestarme” a su vieja?

—Sería un buenísimo incentivo. Sería un incentivo que nos callaría a los tres. Amarrarnos de los huevos a los tres.

—Deje de estar pisteano y póngase serio. ¿Qué tal si ella no quiere? ¿Cómo le va a hacer luego con su “incentivo”?

—Me vale madre eso. Esto es una cuenta entre hombres.

—¿Qué tal si no le gusta? O peor aún, ¿qué tal si sí le gusta y quiere más de una vez?

—Hombre, compadre. Si mi vieja no es puta. Y podrá querer las veces que quiera, pero este es un trato entre hombres y como usted es hombre, no se la echaría más que las veces que quedemos.

Heriberto dejó de sospechar que el compadre sabía sobre la redacción de ideas que llevaba a cabo con su mujer durante los días nublados. Lo que tenía era borrachera.

—Bueno, ¿qué tan pedo está, compadre? —preguntó.

—Nomás le voy a decir que ya mi juicio no lo tengo desde hace un rato. Pero me cagan las joterías. “Arreando animales”. En mi época se tenía decoro. No andaba uno despreocupado por los potreros.

—Hombre, compadre. Ni que le estuvieran soplando a usted, pues.

Vacía su propia botella, Roberto le quitó de las manos la botella casi llena a Heriberto y sólo dijo: —No, pos no —antes de dar otro trago largo y mirar a Heriberto con ojos lustrosos y rojos—. Ya, chingó a su madre. Total, que yo ya sé que usted le trae ganas a mi vieja y nomás por eso me animo a decirle. Yo sí he soplado en la nuca. Yo sí he soplado y me he dejado soplar.

—¿Qué me está diciendo compadre?

—Que el pinche Rómulo se fue con el Juan nomás para hacerme enojar. Dejó que los vieran, el sinvergüenza. Y nos la va a joder a todos. Porque ya no me van a poder ver con él ni en la misma plaza sin que piensen que yo también ando en eso.

—Pero compadre, nadie piensa eso.

—No sea ingenuo, compadre. De Rómulo todos creen saber pero nadie se anima a decir. Y esas pinches idas al potrero en la temporada de la pizca, compadre, no son más que puras cogidas.

—¿Qué cabrones? ¿Me está diciendo que usted le entra al Rómulo?

—¡Que no, chingado! Nomás que de vez en cuando, nos ponemos unas cogidas, él y yo. Pero ya agarró culo nuevo. Y en este rancho ya nadie se anima a soplarse en secreto. Pinche gente.

Heriberto permaneció callado un momento.

—Pero qué, no vaya a andar de chismosa como las viejas, eh compadre —le advirtió Roberto—. Ya le dije que agarrara de incentivo a mi vieja. Ya sé que le trae ganas.

—Cómo dice usted pendejadas. Se está juntando mucho con el Borrego —Heriberto acomodó su sombrero—. ¿Cuántas veces sería o qué? Digo, para que usted se sienta cómodo con su “incentivo”.

—Ora sí que las veces que quiera, chingado. Las pinches veces que quiera.

—¿Y no se va a arrepentir después?

—Ni tantito.

—¿Me lo jura por la Virgen que luego no le van a dar corajes y celos?

—Se lo juro por la Virgencita que con tal de que usted me mantenga este secreto, puede arrimársele a mi vieja Hortensia las pinches veces que quiera.

—¿Con manda y todo?

—Con pinche manda y todo.

—Pos entonces déjeme decirle compadre que Hortensia su mujer y yo hemos cobrado el incentivo ese desde hace unos dieciséis años. Que se me hace que su hijo, Robertito, es mío.

El compadre miró a Heriberto a los ojos y Heriberto pudo ver cómo la nube de alcohol se le iba quitando de su mirada.

—¿Pos de quién más va a ser, compadre? Si por algo lo hicimos padrino. Yo no toqué a mi mujer sino hasta que esa criatura cumplió unos tres años.

Roberto no le mencionó también, porque estaba muy borracho, que sabía que por eso se había juntado con Rosaura. Para tener a qué quedarse en el pueblo y poder ver a su raza crecer. Todos en el valle sabían que por muy guapa que estuviera, Rosaura no iba a recibir propuesta más que de un forastero.

Heriberto tomó la botella de raicilla de las manos de Roberto y dio un trago.

—¿Entonces ya sabe de las redacciones que hacemos en la oficina? —preguntó.

Roberto volvió a tomar asiento con calma.

—Yo lo único que sé es que cuando está nublado me tengo que hacer pendejo en el tejabán donde tenemos los animales. Había contratado a Rómulo para que me ayudara con la siembra del cafetal. De ahí me vengo para acá, donde usted me encuentre pa que luego los peones no anden hablando. Yo no sé a dónde piensan que vamos, porque nosotros no tenemos cafetal.

Roberto hizo una señal para que Heriberto le pasara la botella y éste se la entregó.

—Pero hoy Rómulo ya no fue al tejabán —continuó Roberto—. Y tampoco fue la vez pasada. Yo pensaba que su mujer le había puesto trabas, pero ya me di cuenta que anda con el Juan.

Roberto dio un trago largo a la botella, jugando con la banda de su sombrero. —Ni en las viejas ni en los cabrones puede confiar ya uno —dijo bajando la voz.

—Mire compadre, no se agüite, que culos en el pueblo sobran.

—Con un descuido, con chiquito que sea, chinga uno a su madre.

—Pos uno de estos descuidos tiene solución —Heriberto tomó el sombrero de las manos de Roberto, el cual tenía dos lunas de plata que colgaban de la banda—. Este sombrero es mío y en una de esas alguien va a preguntar. Ya sea porque esté en su casa, ya sea porque lo vean con él.

Heriberto puso ambos sombreros en la mesa, idénticos salvo por los dije de plata que les colgaban de la banda. El de Heriberto tenía dos lunas en creciente; el de Roberto, dos caballos. Heriberto quitó un dije de cada uno y los intercambió al sombrero opuesto. Ahora sí eran casi iguales.

La luna en el sombrero del compadre, más limpio que el de Heriberto, quedó acostada entre las patas del dije de potro. A distancia parecía que la estaba pisoteando. Mientras que en el de Heriberto quedó justo a la altura del pescuezo, como una puñalada cerca del rostro.

Ambos miraron cada sombrero con detenimiento. Ahora no había manera de que alguien más pudiera distinguir cuál era de quién.

—Listo —dijo Heriberto—. Así nos evitamos un susto dejando prendas donde no van.

—¿Y si piensan que andamos muy iguales? ¿Qué andamos muy juntos? —preguntó Roberto.

—¿Cómo van a pensar eso, compadre? Ni que fuéramos Rómulo y Juan —contestó Heriberto.

Ambos se pararon de su lugar en la mesa y se dirigieron con paso tropezado hacia la puerta. Heriberto tomó un último trago de raicilla para agarrar bríos con aquella duda que siempre había tenido pero nunca se había animado a preguntar. Total, ya estaba entrada la plática.

—Oiga compadre —comenzó a decir, arrastrando las palabras—. Y ya que andamos compartiendo con todo e incentivo... ¿Usted supo qué fue lo que pasó con su padre, el viejo Rogelio, y mi suegra la loca Sabina, que en paz descansen los dos?

El compadre quiso recordar pero la cortina de alcohol no lo dejaba. Sólo pudo encogerse de hombros a modo de respuesta.

—Nunca se supo exactamente qué fue lo que hizo mi padre para merecer muerte tan violenta. Lo que sí sé es que mis tierras nomás las pude hacer verdear cuando mi suegro les echó mano, que de la mía nomás no querían. Pero ya ve las malas lenguas, que dizque era la maldición de la loca Sabina.

Capítulo 5: La lluvia

La última vez que vieron vivo a Rogelio Macías estaba sentado en la plaza bajo la sombra de un nancy, presumiendo del trato que tenía con un extranjero.

—¡Mil pesos! —gritaba con una botella en la mano—. ¡Mil pinches pesos por cada uno de esos potreros que nadie quiso atender conmigo!

Eran las seis y media de la tarde. El sol apenas estaba queriendo tocar el filo del horizonte. En cualquier momento, el fresco de la tarde se iba a levantar de entre los árboles. Rogelio llevaba unas tres horas en esa misma banca, desde que cerró su trato. Esas tierras se las había dejado su padre, pero nomás no habían querido levantarse. No hasta que pidió la ayuda de la loca Sabina.

La voz de Rogelio había atraído cuanto transeúnte pasaba por ahí. Compartía sus buenas noticias con cualquiera que quisiera escucharlo. No le importaba la edad. Niño o anciano. A todos les decía lo bien que le había ido.

La gente lo miraba entre admiración y burla. Rogelio Macías había cambiado el traje y los zapatos lustrados por botas de cuero y cinto piteado. Su familia siempre había sido de la que iba a la escuela. Los Macías trabajaban sus tierras sobre el lomo de un caballo, con la mirada precisa y el mando del capataz que tenían a su derecha. Ellos no sabían de estiércol ni de ampollas ni de las malpasadas de los peones.

A pesar de las moscas que se habían juntado en esa banca, don Rogelio no hacía por sentarse en otra. Nomás palmeaba el aire cerca de su cara para quitárselas del rostro.

—Oiga don Rogelio —se animó a decir una de las señoras—. ¿Pero luego usted no tiene apalabradas esas tierras con Sabina de León?

El viejo Rogelio dejó caer la botella casi vacía al suelo. Nadie hizo por detenerla cuando rodó sobre el piso de adobe hasta perderse en el empedrado.

—Yo voy a decirles algo de la pinche vieja esa, la Sabina de León.

La gente se acercó ante el susurro de Rogelio. Hasta los ambulantes dejaron sus triques para acercarse a escuchar bien el chisme.

—Esa cabrona es bruja —dijo sin tropezar las palabras.

Ninguna de las mujeres mostró sorpresa. Antes bien, fijaron su vista al suelo y se miraron de reojo. Ya había ido con cada una de ellas, incluso hasta sus casas, dizque advirtiéndolo.

Un joven de entre la multitud fue el único que habló. —¿Cómo se atreve a decir eso? —preguntó.

—Porque es la puritita verdad. ¡Por esta! —el viejo Rogelio alzó su mano derecha, mostrando el pulgar sobre el dedo índice en señal de cruz—. ¡Por esta que no digo mentiras! Y si ustedes no se avispan, los va a agarrar a todos. Uno por uno, hasta que el pueblo entero sea de ella.

—Cállese, don Rogelio —siseó doña Catalina persignándose—. ¿Qué no ve que estamos frente al templo? ¿Qué no ve que su hija lo está escuchando?

El viejo don Rogelio quiso mirar hacia donde apuntaba la señora Catalina. La gente estorbaba su vista, pero podía ver los piecitos descalzos, sucios, de la niña Rosaura. Sabía que si alzaba la vista iba a encontrar el cabello castaño, enmarañado, como un halo que enmarcaba el rostro angelical de la niña. Iba a crecer a más guapa que su madre, esa Rosaurita. Rogelio lo tenía por seguro.

—Yo no me ando con secretos de nada —dijo Rogelio, levantándose de la banca—. Ora mismo voy aclaro ese asunto. Ni que le tuviera miedo a una treintañera soltera. Mija —se dirigió hacia Rosaura, haciendo a la gente a un lado—. ¿Está su mamacita en su casa? —le preguntó a la niña.

Rosaura miró a su alrededor, como buscando quién contestara por ella. Nadie hizo por ayudarla, así que no le quedó más qué asentir.

—Pos vamos pues —dijo Rogelio. Apuntó su pulgar hacia la dirección general de la casa de Sabina—. ¡Y de mi se acuerdan! —le gritó a la multitud—. Esa vieja es bruja hierbera.

Rosaura dirigió el camino hacia la casa, sintiendo la mirada del viejo Rogelio a sus espaldas, quien no hizo por ayudarle con el neceser que le pesaba en las manos. Sólo acariciaba sus cabellos enredados, como buscándole su nuca.

—Bien chula que te vas a poner —escuchaba que susurraba el señor—. Bien chula.

Rosaura quiso correr en cuanto cruzaron la reja que circundaba la casa. Ahí la bruma estaba más espesa que en todo el pueblo. El aliento alcohólico de don Rogelio casi tocaba su nuca.

El guamúchil al filo de la arboleda anunció su llegada con el traqueteo de sus ramas. A pesar de no tener frutos debido a la sequía, todavía hacía por vigilar el perímetro de la parcelita en la que vivían.

Sabina se asomó por la ventana al escuchar la voz del guamúchil, justo cuando el viejo Rogelio bajaba la mano que tenía en la nuca de Rosaura.

Rogelio se distrajo al ver la figura maciza y erecta de Sabina en el umbral. Las pantorrillas firmes acariciadas por vello ralo estaban tensas, listas para correr o lanzarse sobre él. Dejó caer la mano a su costado y permaneció en su lugar cuando Rosaura corrió hacia su madre.

Rogelio levantó ambas manos como en señal de paz. —Vengo a hacerte un trato por las tierras que hiciste verdear.

Sabina acercó a Rosaura hacia ella y la escudó con su cuerpo. —Vete a sentar con el guamúchil —le susurró al oído.

Rosaura miró a su madre y después al viejo Rogelio.

—No pasa nada —le aseguró Sabina—. Él y yo nomás vamos a platicar.

Rosaura dejó el neceser de fruta seca que había recogido en el camino, saliendo por la puerta trasera. Volteó a ver una última vez al viejo Rogelio, cuya figura se alcanzaba a distinguir a la distancia, entre el triángulo que formaba las piernas de su madre con el suelo.

Parecía que a Rogelio lo habían seguido las moscas desde la banca de la plaza. El zumbido incrementaba entre más se acercaba a la casa. Las moscas rodeaban cada centímetro de piel expuesta. Las manos, la nuca, las mejillas... al viejo Rogelio no parecía importarle.

—Ese trato ya está cerrado —dijo Sabina al fin, cuando supo que Rosaura no la podía oír.

Las tierras secas, cafés, que rodeaban la casa alzaron su polvo con el aliento de Sabina, como queriéndole advertir algo.

—Vengo a hacer mejor trato —dijo con firmeza Rogelio Macías.

—Ya me dijeron que hiciste por venderlas a un extranjero.

Rogelio soltó una carcajada. —¿Y quién te dijo? ¿El viento? —cuando terminó de reírse, miró a Sabina con seriedad—. Esas tierras las recupero en una partida de cartas.

—A mí me corresponden la mitad —le recordó Sabina.

Rogelio escupió hacia el suelo y palmeó las moscas que iban incrementando a su alrededor—¿Según quién o qué? ¿Dónde está el papel con mi firma?

Sabina observó que el polvo de las tierras volvió a levantarse. Esto era lo que le habían querido advertir. Buscó una nube en el cielo, queriendo distinguir alguna indicación. Ya el día estaba pardeando y no alcanzaba a ver qué forma tenía la nube.

Rogelio alzó la mirada también, buscando qué era lo que veía la loca Sabina. Sonrió para sí; nadie iba a creer su palabra contra la de él.

—Vengo a hacer mejor trato —dijo Rogelio. Las moscas detuvieron su vuelo un momento y se separaron de su piel. El polvo se estuvo quieto.

Sabina miró al filo de la arboleda donde estaba Rosaura bajo el guamúchil. Lo más seguro era que sí iba a alcanzar a escuchar cualquier grito que pudiera escaparse de la casa. Había que hacer aquello en silencio.

Miró al viejo Rogelio a los ojos y esperó a que expresara su propuesta.

—Esas tierras pueden quedarles, completitas, a tu descendencia —comenzó a decir y, ante la mirada de Sabina, agregó: —y a la mía también.

—Tu hijo ya tiene asegurado el patrimonio que le dejó su madre —dijo Sabina.

—Yo no hablo del Robertito. Ya tengo muchos años viudos y es hora de que alce la mirada.

Sabina cruzó ambos brazos sobre su pecho. —Yo no tengo necesidad de un marido —contestó al momento.

—No, tú no... pero en unos añitos. En unos cuatro, cinco añitos... —la mirada de Rogelio se desvió hacia al guamúchil al filo de la arboleda.

Sabina descruzó sus brazos y escondió la mano derecha detrás de la puerta, donde tenía recargado el mango de un machete largo.

—Es una niña —siseó al mismo tiempo que el viento.

—Por eso digo... cuatro, cinco años. Qué se me hace que tres.

Sabina sintió la presencia de la bruma dentro de su casa. Unas manos de aire acariciaron sus hombros, como tranquilizándola. Cuando el viento tuviera cuerpo, todas esas tierras serían de ellas. Cuando el viento tuviera cuerpo.

—Esas tierras nunca le van a responder a tu descendencia —afirmó Sabina.

La bruma dentro de la casa masajeó el cuello de Sabina para calmarla al tiempo que el guamúchil que escudaba a Rosaura dejaba escuchar el traqueteo de su voz.

Sabina apretó su puño alrededor del mango del machete al entender las palabras en el aliento del aire. Rogelio era un veneno que podía servir para darle cuerpo al viento.

Pudo distinguir en ese momento la forma exacta que iba adquiriendo la nube frente al atardecer. El cielo había dejado de ser azul hace unos momentos. El carmín del firmamento era del mismo tono que sus mejillas.

Abrió la puerta unos centímetros, como en señal de invitación. Sus ojos cafés comenzaban a pintarse del mismo color que la bruma.

—Pase —le dijo al viejo Rogelio—. Para que me explique bien ese trato que trae en mente.

Rosaura permaneció toda aquella tarde cerca del pozo junto a la casa. Su madre no permitió que entrara hasta la mañana siguiente.

Cuando la gente le preguntara, una y otra vez, a lo largo de los años, qué fue lo que había pasado, ella sólo recordaría la textura de la tierra ante la sequía. Sólo podría evocar la imagen de su madre, sonriendo, justo antes de un temporal, con el olor a tierra mojada que adquiriría la neblina.

Al cerrar los ojos para revivir el día que se llevaron a su madre, lo primero que vendría a la mente, cada vez, serían las grietas de sequedad en la madera, en las manos y en sus labios ásperos. Recordaría, con total nitidez, el sonido metálico de las gotas que despertó a Sabina del

sopor en el que se encontraba desde hace tres días, producto del calor y del cansancio por desvelarse cada noche rogándole agua a la luna. Pero no se acordaría del rostro del viejo Rogelio.

Lo que sí vendría a la mente, aún después de tantos años, sería el olor a carne descompuesta que vagaba por la casa; las moscas, enaltecidas y desenfrenadas, que cruzaban los huecos que ni la tela lograba cubrir y la voz de su madre, aguda y urgente, que pedía su ayuda.

—¡Las cubetas! —gritó Sabina al asomarse por la ventana tres días después de la visita del viejo Rogelio—. Rosaura, agarra las cubetas.

Sabina sacudió las faldas que abrazaban su cuerpo esbelto y sacó dos cubetas grandes, dándole una a Rosaura. La niña la tomó, confundida. Llevaban días enteros en los que sólo se dedicaban a esperar a la noche para que su madre comenzara a hacer su baile. No iban al pueblo, ni a la escuela, ni recibían gente. Ahora, de repente, Sabina se mostraba emocionada por salir.

—Si llueve suficiente, alcanza a prenderse la fuente —dijo.

Rosaura se paró en el umbral de la casa, observando el paisaje con árboles esqueléticos cubiertos de polvo. Su cabello suelto tenía nudos gruesos con tierra. Traía la misma ropa desde hacía días. No alcanzaba a distinguir dónde estaban pasteando los pocos animales que les quedaban entre el arcoíris de polvo que rodeaba la casa. El campo entero estaba hecho de tonos diferentes de café. Los troncos, las ramas, la madera, el estiércol... todo era una graduación de café.

Su madre alzó los brazos hacia el cielo con la cubeta de metal en mano. Rosaura alzó la vista también. Apenas había una nube cuya sombra ni siquiera alcanzaba a cubrir toda la casa. De ella salían el puñado de gotas que Sabina recibía con gozo. El contraste del cielo azul bordeaba las

orillas de la nube con nitidez. La hacía verse más blanca. Más gruesa. Más húmeda de lo que estaba en realidad.

Desde el suelo, Sabina alzó su canto a la nube, gimiendo como hacían los becerros recién nacidos.

—¡Si lo hacemos ambas incrementalmente la fuerza! —gritó hacia la casa—. ¡Ven, Rosaura! ¡Haz el encanto conmigo!

La niña decidió permanecer en el umbral, balanceando la cubeta entre sus manos, casi del mismo largo que sus piernas. Siempre recordaría la maraña de cabello que tanto distinguía a su madre. Nunca lo trenzaba. Decía que eso impedía que las voces entraran a su gusto. La cabellera, larga y ondulada, casi llegaba a la base de su espalda. Los chinos gruesos primero se alzaban como un halo, desafiando la gravedad, antes de que les ganara el peso y se dirigieran hacia su cintura.

Las señoras del pueblo siempre le acusaban de teñírselo. Tenía mechones negros entre chinos café que hacían que su cabellera tuviera la textura de un cedro. No es que alguien se hubiera animado a tocárselo. Rosaura lo desenredaba por las mañanas y para ella el cabello de su madre tenía textura de cabello.

Sabina comenzó a hacer el baile que había estado practicando cada noche durante meses. Las faldas rojas oscilaban contra el viento. Las telas abrazaban su cintura. Los pezones rascaban la tela de su blusa, erectos y optimistas, siempre mirando hacia el cielo.

El sonido de becerro que hacía su madre al cantar, junto con el oleaje de las faldas y el cabello, hipnotizaban a Rosaura. No podía despegarse del umbral por ver aquellos movimientos. Por un momento, las moscas dejaron el espacio confinado entre las paredes de la casa y, como hipnotizadas también, circularon la figura de Sabina para recibir a las nubes con ella.

Una sombra cubrió medio rostro de Sabina, quien dejó escapar una carcajada. Rosaura alzó la vista, siguiendo la dirección de los ojos de su madre.

Otra nube se acercaba a la primera y el cielo, antes azul, ahora comenzaba a pardear. Detrás del cerro, entre cúspides de montaña, casi parecía que el atardecer salía, como menstruando, de las piernas de la sierra. El café del campo se oscureció con el cambio de luz. Detrás de la sierra venían más nubes delgadas que ni algodón parecían, apenas hilos blancos que comenzaban a hacerse grises.

Rosaura miró a su madre, quien bailaba alrededor de la cubeta. Los pies descalzos dejaban sus huellas impresas en el suelo.

La lluvia dejó de caer como alfileres y tomó el sonido de canicas. Las gotas gruesas se hicieron balas que impactaban el suelo, el tejaban y los pechos de Sabina, alzados y punteados como la sierra de donde venían las nubes.

La niña observó las pantorrillas de su madre detrás del vello ralo. Cada que giraba, el oleaje de la falda subía hasta mostrar otro centímetro de piel.

Sabina dejó de bailar, jadeando, y alzó las manos al hincarse. Sus gemidos se hicieron más quedos y, agachando el rostro en agradecimiento, tomó un sorbo de la cubeta, café y con grumos de tierra.

—¡Levántate, Rosaura! —gritó hacia la casa. —¡Tenemos que encontrar a Esther en la fuente!

Rosaura no alcanzó a contestar que no estaba acostada, que estaba ahí mismo, anclada al umbral de la casa, sin poder dormir a causa del berreo y sin poder unirse al baile por observar las moscas que casi hacían una figura idéntica al lado de su madre.

Sabina irrumpió en la cocina y tomó los diferentes frascos de hierba que ya tenía preparados para la ocasión. Los colocó todos dentro de la cubeta de metal, cruzando el largo de la casa varias veces mientras repasaba en voz alta la lista de objetos que ya tenía en sus manos.

Cada que se acercaba al cuarto infestado de moscas, ponía una mano en la perilla de metal y, como haciéndole una caricia, tocaba los bordes y las telas que cubrían las ranuras por donde se escapaban las moscas.

Dándole una última inspección a su cubeta, tomó a Rosaura de la mano y se dirigió hacia la plaza del pueblo entre la cortina de lluvia rala.

Era tanta su emoción que Sabina no alcanzó a darse cuenta que casi en cuanto pasaron la valla que circundaba la casa, un grupo de hombres se apeó de sus caballos a unos metros de distancia, en dirección opuesta, esperando a que el juez llegara para tocar a la puerta.

—¡No vayas a dejar de cantar! —oyó Rosaura que le decía su madre entre el sonido de la lluvia—. Vas a pensar que no nos oyen, pero sí oyen. Sí oyen cada sonido.

Al llegar al filo donde comenzaban los edificios del pueblo, Sabina soltó la mano de Rosaura y corrió hacia la mujer cuya figura se confundía con la bruma, quien las esperaba a cuatro cuadras de la plaza.

—¡Sabina! —gritó la mujer—. ¡Has hecho llover!

Sabina abrazó a Esther, casi haciendo una sola cabellera mojada entre ambas.

—Hicimos llover, Esthercita —Rosaura escuchó que le dijo—. Hicimos llover.

—Termina de cantar en la fuente y ahí mismo nos lavamos todas —instruyó Esther—. Esto se termina hoy mismo que la luna está preñada.

Sabina y Esther se dirigieron hacia la fuente en medio de la plaza y Rosaura sólo pudo seguirlas con paso apurado, arrastrando la cubeta de metal en su camino en lo que la lluvia adquiría más fuerza.

La fuente en medio de la plaza no se había prendido desde antes que la sequía invadiera el pueblo. El hondo de la pila alcanzaba a cubrir medio cuerpo y Sabina y Esther se dieron a la tarea de sacar la basura acumulada sin despegar la mirada del cielo.

La nube delgada que se había formado sobre la casa las había acompañado hasta la fuente. Le hacía compañía a la bruma que serpenteaba entre las calles.

Esther alzó la mirada, respirando el aire espeso de sereno. Al girar el rostro casi parecía que las puntas del cabello aleteaban para seguir unidas.

—Deja de limpiar —instruyó a Sabina—. La basura no nos importa. Hay que cantarle al sereno, hoy mismo que tiene fuerza.

Rosaura recordaría, años después, cada que escuchara el sonido de la lluvia, que aquella noche decidió sentarse en la banca metálica cerca de la fuente, en vez de buscar el cobijo de un cedro cercano, y escuchar el ritmo de las gotas contra el suelo, la cubeta y la banca, observando el baile de su madre. Recordaría que la falda de Sabina le hizo tropezar y que ella decidió quitársela. Que las piernas gruesas le temblaban por el impacto del baile. Que cuando la lluvia se acumuló, Sabina sintió que la blusa le pesaba y también decidió tirarla al suelo.

Se quedó berreando con movimientos ágiles en medio de la fuente, mostrando el ondulado de su vello a las nubes. Pero la acumulación de las gotas no era suficiente para llenar la cubeta.

—Necesitamos más gente —dijo Esther—. Al menos dos o tres más.

Sabina no aminoró el ritmo de sus piernas contra el suelo.

—Ninguna quiso —le informó a Esther—. Rogelio Macías les llegó antes de que yo diera con él. Envenenó su mente de dudas. Les dijo a todas que esto era del mal. Eso sí, se esperó a que hiciera fértiles sus tierras. Las envenenó de duda a todas. A todas. La única que me debe favores es Catalina.

Esther permaneció al filo de la fuente con los brazos cruzados, escuchando. Estudiaba la fuente. La plaza. Las nubes. La bruma. Las gotas en la cubeta. El suelo. Tratando de encontrar otra manera de hacer el cocido. El cuerpo no les iba a aguantar hasta la próxima luna llena. Rogelio Macías era un veneno para las tierras mismas.

Esther cruzó sus brazos y suspiró sin soltar aire. ¿Cuándo iban a poder amarrarse a la tierra si luego no daban con otro veneno? ¿Con quién iban a voltear para hacer el conjuro?

Algo más les faltaba. Por eso la lluvia no les estaba respondiendo, algo les quería decir.

El sonido metálico de la lluvia dejó de perforar la cubeta. Las gotas ralas, como los vellos de las axilas de Sabina, apenas se escuchaban contra el suelo.

—Necesitamos más gente —volvió a escuchar Rosaura que decía Esther entre dientes.

La niña miró el cielo oscuro. La luz de la luna alumbraba la fuente como faro. Las nubes apenas podían cubrir su brillantez. Querían decirles algo, a las tres. Advertirlas de algo, pero no tenían fuerza.

Sabina tomó un respiro y se inclinó sobre la pared interior de la fuente. Las plantas de sus pies hacían un engrudo de lodo, sudor y sangre. Su cabellera, mojada de lluvia y transpiración, se pegaba a su cuerpo.

Desde la banca, Rosaura notó que las antorchas que se acercaban a la plaza eran del mismo color que la sangre en los pies de su madre. El pueblo se acercó a la fuente con determinación pero

el cuerpo desnudo de Sabina hizo que se detuvieran. Los muslos de cedro y la cabellera, un río grueso de lodo que caía hasta la cintura, los atolondró.

—No sirvió el encanto —susurró Sabina para sí, mirando al pueblo que no se atrevía a adentrarse a la plaza. Buscó el rostro de la lluvia en el cielo. Ésta ya se había ido. Sólo la bruma permanecía.

—Lo que nos faltó fue gente —dijo Esther—. El canto sí sirve. Hay que ver las hierbas también.

Sabina salió de la fuente con sus piernas firmes y los pechos erguidos. Ellos también buscaban respuesta en el rostro de la luna.

Entendieron entonces. La lluvia no había ido a ayudarlas, les había querido advertir. A todas. Pero les ganó la emoción.

Sabina miró al pueblo con sus antorchas, parados todos al filo de la plaza. Ninguno se atrevía a dar un paso sobre el adobe.

Antes de vestirse, abrazó a Rosaura. La niña sintió el cuerpo mojado de su madre contra el suyo. La lluvia también le recordaría a su olor a tierra con madera. No iba a poder oler la tierra mojada sin recordar a su madre.

Sintió que sus labios acariciaron su oreja.

—El recetario está en el pozo —le dijo Sabina a Rosaura—. No lo vayas a perder. Y no le digas a nadie dónde está. Aunque vengan las mujeres. Si no las manda el viento, ellas no tienen que saber del recetario.

Sabina tomó primero su falda y luego su blusa para vestirse.

—Estate con Esther en lo que yo aclaro las cosas —le dijo a Rosaura con una sonrisa calmada.

No fue hasta que se vistió que el pueblo pudo salir de su enajenación y logró dar un paso dentro de la plaza.

Rosaura recordaría las faldas rojas, mojadas, de su madre, y la mano, con aquella cicatriz en el nudillo del pulgar, de Esther, quien la llevaba con paso apurado hasta la casa de doña Catalina. De haber sabido que no volvería a abrazarla, habría volteado a ver a su madre una última vez.

Esther marcó el camino hacia la casa de Catalina, llevando a Rosaura de la mano para que no viera cómo entre tres personas metían a Sabina en una jaula ganadera. La niña sentía la mano de Esther como una nube firme, como aquellas que dejan caer granizo.

—No está en el potrero —le dijo Esther a la niña, refiriéndose a Catalina—. Se desatendió. Más bien se quiso desatender.

Cuando llegaron a la puerta de la señora Catalina, Rosaura todavía tenía consigo la cubeta de metal. Esther tocó a la puerta con el puño cerrado.

La casa, silenciosa, no tenía una sola luz prendida en su interior. Todas las cortinas de las ventanas estaban cerradas. La perilla de la puerta no giraba aun cuando Esther la empuñó e hizo por abrirla.

—¡No te hagas la que no estás! —gritó.

Esther tomó la cubeta de las manos de Rosaura y la volteó para hacer de ella un banco improvisado.

—Estate un ratito, hija —le dijo—. La señora Catalina y yo vamos a hablar un momento en lo que tu madre viene por ti.

Esther volvió a golpear la madera maciza que impedía su paso hacia el interior de la casa.

—¡Sal o marco tu umbral! —volvió a gritar al interior silencioso.

Se escuchó un chasquido antes de que la perilla girara para permitir que la puerta se entreabriera un pequeño centímetro. Un solo ojo de doña Catalina se alcanzó a alumbrar tras la ranura iluminada por la luna.

—Mi esposo no está —le informó a Esther.

—Qué bueno, que con tu esposo no vengo a hablar —contestó Esther.

Empujó la puerta con el hombro y entró al zaguán. Catalina ya estaba llorando. Temblorosa, sostenía la esquina de su mandil queriéndose cubrir el rostro rojo con él.

—Venimos a cobrarte el favor que te hicimos —dijo Esther.

—No tenemos dinero —contestó Catalina de inmediato.

—No queremos tu dinero. No estuviste en la fuente. Necesitábamos más voces.

—Yo ya no quiero sus tratos. Mi marido va a saber.

Esther se acercó a Catalina. Sin tocarla, la empujó hasta que su espalda topó con el pilar en medio del zaguán.

—No tuviste reparos cuando saliste encinta. Ni cuando te ayudamos a parir. El precio que tenemos no se cobra a medias y bien sabías.

Catalina se hincó, estrujando el mandil entre sus manos.

—Mi marido no puede saber.

—El trato es contigo —la tranquilizó Esther—. La tarea es sencilla. Alguien tiene que cuidar a la niña en lo que vuelve su madre. Está apaciguando al pueblo.

El rostro de Catalina se contorsionó en una mueca. Se llevó una mano al pecho tratando de tomar aire.

—No la puedo tener bajo el mismo techo. Yo ya no quiero hacer tratos. No puedo tenerla con mi hijo —Catalina miró el suelo, alisando el delantal con sus manos sudorosas.

Esther la miró un momento, estudiando su figura hincada. Catalina sólo podía ver, desde su lugar en el suelo, los pies descalzos, firmes y anclados, de Esther frente a ella.

—Algo sabes —susurró Esther.

—Rosaura puede pasar la noche en el cobertizo. Está limpio. No hay animales. Ahí se quedan los peones seguido. Hay un catre y colchas limpias. Le daré de cenar —aseguró Catalina.

Esther bajó su cuerpo hasta estar a la misma altura que Catalina y tomó su mandíbula entre sus manos de vapor. Catalina sintió algo como bruma caliente que le impedía girar el rostro o desviar la mirada.

Los ojos negros de Esther parecían canicas sin brillo.

—Algo sabes —volvió a susurrar Esther.

Catalina comenzó a llorar con más ímpetu, pero Esther no soltó su mandíbula.

—Sabina no va a venir por su hija —le dijo a Esther—. Hace unas horas llegaron unos señores de la cabecera municipal, pidiendo refuerzos para tratar un asunto en la casa de Sabina. Cuando mi esposo volvió, estaba descolorido. Encontraron al viejo Rogelio Macías. ¡Lo encontraron en la casa de Sabina, descompuesto de moscas! —Catalina pudo al fin desviar la mirada y se dedicó a llorar. Las lágrimas caían como lluvia ante los pies descalzos de Esther—. Se la van a llevar a la cabecera municipal ante el juez. Yo ya no quiero tratos con ustedes —susurraba entre sollozos—. Yo ya no quiero tratos.

Esther irguió su cuerpo y permaneció parada ante Catalina, quien con una mano en el corazón y otra en el mandil buscaba agarrar aire entre sollozos.

—Sigues debiendo una deuda —le dijo Esther a Catalina cuando ésta la pudo escuchar—. Nosotras te dimos un hijo y ahora tú vas a cuidar de la nuestra.

Antes de que Catalina encontrara las palabras para defender su postura o refutar la propuesta, alcanzó a distinguir el relincho del caballo de su marido.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con voz apresurada.

—Hasta que vuelva su madre por ella —contestó Esther antes de salir de la casa.

Catalina pensó en usar las lágrimas para convencer al marido en hacer un acto caritativo y cuidar de la criatura hasta que la madre volviera por ella. Rosaura podía ayudarles con el quehacer de la casa. Podía hacer mandados. Podía atender el negocio por la mañana. Sería una semana a lo sumo, en lo que Sabina regresaba por su hija.

Al entrar a su casa, Rómulo encontró a su mujer hecha un mar de llanto, conmovida por la criatura desprotegida, igual de bella que su madre. Siempre supo que había escogido una mujer piadosa, con temor de Dios y amor al prójimo. La escuchó con paciencia, mientras apretujaba su sombrero entre sus manos para escurrirlo. Aquella lluvia, momentánea, había parecido casi accidental.

Rómulo se dejó convencer del suplicio de su mujer aún antes de escuchar sus plegarias. No había aguantado estar en la casa de la loca Sabina más de unos minutos; el olor a muerto apestaba hasta dentro de las paredes. La pobrecita niña habría estado viviendo así, con su madre enajenada, ya varios días.

—Una semana a lo sumo —repetía Catalina a cada momento—. En menos de una semana Sabina vuelve por su hija.

Rómulo dejó un lado su sombrero para expresarle a su mujer que estaba de acuerdo con su propuesta. Había que echarle una mano al prójimo.

—Nomás que va a ser más de una semana —agregó sobre su hombro mientras se dirigía a la cocina—. Esa mujer ya no vuelve por nadie. La jaula en el que iba se les volcó yendo a la cabecera municipal, en el Cerro del Campanario. No quedó ni un alma.

Capítulo 6: La vaca canela

Antonia despertó ante el estallido de la jaula ganadera cayendo por el precipicio entre sueños. El crujir de la cama resonó bajo su cuerpo cuando se quitó las sábanas de encima. Sentía que cada hebra le rasgaba la piel. La opresión de la tela le quitaba el aliento. El aire bajaba por su garganta con un silbido agudo hasta que se irguió, poniendo los pies calientes sobre el suelo de madera helado. Ese sueño, de la mujer bailando en la fuente, la despertaba unas tres veces por semana. Casi podía sentir las mismas moscas cerca de su cara.

Presionó los dedos de los pies contra el piso, haciendo que las tablas crujieran a su vez. El sonido, casi inaudible, logró distraerla del dolor en las costillas, del ardor en la garganta, de la ligereza que sentía en la cabeza.

Como de costumbre, miró hacia la ventana. La luna se había escondido y ninguna nube entorpecía la brillantez de las estrellas, las cuales iluminaban las tierras que circundaban la casa y hasta la orilla de la arboleda. Antonia se sorprendió de casi poder distinguir las ramas de los árboles desde su habitación. Cada que la despertaba la falta de aliento causada por aquel sueño, miraba por la ventana sabiendo que la casa estaría rodeada de bruma espesa o que la lluvia arremetía contra ella.

Pero esta vez el cielo estaba despejado y Antonia no sentía ni el mareo ni el sofoco de siempre. Al contrario, estaba completamente alerta. El sueño se le había volado y su cuerpo respondía a la textura de la madera helada bajo sus pies, a las arrugas en el cedro que enmarcaba el umbral de la ventana y a la respiración acompasada del viento.

Antonia dejó de moverse y prestó atención. Las hojas de los árboles no se movían. El pasto estaba erguido, quieto. No había siquiera una pequeña ráfaga y sin embargo, sentía la respiración

de alguien más en su habitación. Giró el rostro y encaró el resuello en la oscuridad. Las estrellas no alcanzaban a alumbrar el interior de su cuarto para ver de quién se trataba.

La respiración se sintió aludida y se entrecortó.

Antonia levantó la lámpara del suelo, prendiéndola en un movimiento ágil, y la alzó ante el cuarto. Contuvo el aliento y cerró los ojos. Volvió a sentir que en la habitación había una respiración ajena a la suya que casi quería acariciarle el rostro.

Antonia abrió la ventana para dejar que la noche entrara y justo iba a sacar sus cuentas para rezar cuando oyó el ritmo de un rasguño. La joven alzó la lámpara y abrió la puerta de su habitación. El sonido del rasguño se hizo más claro. Estaba acompañado de un jadeo. El viento decidió por fin correr y entró por la ventana, alentándola a que saliera al pasillo.

Antonia tomó aire y, sintiendo la facilidad con el que éste llenó sus pulmones, se dejó guiar por la casa. Cada paso que tomaba la acercaba al sonido del rasguño y al jadeo, los cuales se oían con más nitidez. Llegó a la puerta de la habitación de su hermana y giró la perilla sin tocar primero.

Emilia estaba despierta, sentada frente a su escritorio, de espaldas a la puerta. La cabellera lacia caía sobre sus hombros, los cuales se movían en un ritmo acompasado. Antonia se llevó una mano a su propia cabellera, crespa y descontrolada, como la de la niña en su sueño. Su madre insistía en que siempre lo llevaran trenzado o apretado en un chongo a la base de la nuca. Como en pacto secreto, Antonia y Emilia deshacían las trenzas antes de dormir, cuando Rosaura ya le había echado seguro a todas las puertas y ventanas.

Antonia observó los hombros de su hermana, que se movían en un ritmo acelerado. Alzó la lámpara que tenía en una mano y, dejándose guiar por el aire que la había acompañado desde su propia habitación, suspiró: —Emilia —con voz baja y ronca.

Sintió que al sonido de su voz lo acompañó el de otro suspiro.

Emilia no se inmutó y sus hombros siguieron moviéndose en cadencia.

Antonia se acercó todavía más y tocó su codo pero Emilia no reaccionó.

—¿Qué estás escribiendo? —Antonia alzó la lámpara para observar los papeles que Emilia tenía frente a ella.

Decenas de hojas sueltas cubrían toda la superficie de madera. Emilia dibujaba una flor acompañada de números. Siempre los mismos. Siete. Cinco. Cuatro.

Cuatro. Cinco. Siete.

Cinco. Cuatro. Siete.

Siete. Siete.

Cinco. Cuatro.

Todas las posibles combinaciones, repetidas mil veces estaban dibujadas, en su puño y letra sobre el papel. La flor que Antonia no podía identificar cubría cada centímetro de la superficie.

El tallo. Las hojas. Los pétalos. Cada detalle había sido representado con atención. Antonia no sabía que su hermana dibujaba tan bien. Tomó un puñado de papeles, los que estaban más cerca al filo de la mesa, y los acercó a la lámpara.

Los dibujos estaban tan detallados que casi podía ubicar dónde había visto esa planta. En una fotografía, tal vez. En una de las enciclopedias viejas que habían estado en el librero al lado del zaguán desde toda la vida.

En la tercera página, la cadena de números y sus posibles combinaciones tomaba un patrón fijo. Cuatro siete cinco. Cuatro cinco cinco. Cuatro siete cinco. Cuatro cinco siete. Cuatro cinco siete. Cuatro cinco siete. 457. 457. 457.

Antonia guardó los papeles dentro de su bata y volvió a tocar a Emilia en el codo.

—¿Qué estás haciendo?

Antonia se acercó a su hermana y sintió el crujir de las páginas bajo sus pies. Casi todo el suelo estaba cubierto de hojas. Las mismas plantas. Los mismos números.

Lo primero que pensó Antonia es que Emilia debió haber robado las hojas de la escuela municipal, que quedaba a unos cuatro o cinco kilómetros de la casa, o que el muchachito que siempre le estaba echando ojos, el Roberto Macías, le había regalado el centenar de papeles a cambio de un beso o dos. O más.

Los hombros de Emilia comenzaron a moverse con mayor agilidad y el rasguño de la pluma contra el papel empezó a rascar en la madera.

—¿Flaca qué estás haciendo? —susurró Antonia—. Ya no hay papel. Flaca... flaca...

La pluma comenzó a levantar astillas delgadas del escritorio y Antonia sujetó a Emilia de un hombro. —¡Flaca! —gritó.

Antonia giró el cuerpo de su hermana para sacarla de su ensimismamiento y el vaivén de la fuerza hizo que Emilia golpeará la lámpara con un brazo. Ésta cayó al suelo al momento, rompiéndose al hacer contacto con el piso.

La luz centelleó unos momentos en el aire y Antonia pudo ver, con total nitidez, que los ojos de Emilia estaban blancos. Con la última luz de la lámpara de mano observó que los dedos de su hermana seguían dibujando en el aire.

La oscuridad cegó a Antonia quien, hincándose para impedir que una chispa brincara a las hojas y causara un accidente, tentó el suelo en palmadas, sofocando cualquier chispa que todavía pudiera tener vida.

—Ayúdame Emilia —susurró a la oscuridad—. No nos vaya a agarrar la chamusca.

Emilia permaneció sentada, dibujando números y plantas en el aire. Al recoger las hojas del suelo, los dedos de Antonia rozaron unos pies delgados y callosos, como de barro. Se paró al momento y soltó todos los papeles que había recogido.

—¡Flaca chingado! —gritó.

Los ojos de Emilia parpadearon varias veces antes de fijarse en el rostro de Antonia, sudado y pálido, enmarcado entre su maraña de cabello. Una gota de sudor hizo camino desde su sien izquierda hasta su piocha.

—¿China, luego no te bañaste? —preguntó Emilia adormilada.

—No te hagas pendeja. ¿Por qué tienes los pies sucios? —contestó Antonia.

—¿Cuáles sucios? —Emilia bajó el rostro y observó sus pies en calcetines. Empujó su hermana a un lado y se dirigió hacia su cama—. Nomás vienes a enfadar —dijo al acostarse.

Antonia permaneció parada cerca del escritorio. El suelo, libre de papeles, sólo tenía los vidrios de la lámpara rota cerca de la silla.

Sin más, Emilia se metió dentro de las sábanas y, a modo de despedida, giró su cuerpo hacia la pared.

—¿Por qué estabas dibujando? —le preguntó Antonia.

—¿Cuál dibujando? —contestó la voz ronca de Emilia—. Me quedé dormida nomás. Duérmete tú también que mañana acompañas a mi papá con los Pérez.

—¿Por qué escribías números? —insistió Antonia.

Emilia dio un largo bostezo antes de contestar. —¿Cuáles números? Vete a dormir, china. Has de estar sonámbula.

Antonia sintió cómo otra gota de sudor le recorría el rostro. Las estrellas no alcanzaban a alumbrar la habitación y sus ojos seguían adaptándose a la oscuridad. Observó el cuerpo de Emilia,

el cual ya daba señales de sueño profundo. La respiración gruesa ya estaba acompasada y los hombros se movían en un vaivén rítmico. El cabello lacio acariciaba las sábanas y las almohadas. Antonia contempló la posibilidad de que Emilia era la que había estado sonámbula justo hace unos momentos. Que ella era la que estaba actuando en sueños y no Antonia.

Pero si ella no estaba soñando, ¿entonces dónde estaba el centenar de papeles que había cubierto el suelo cuando entró a la habitación?

Antonia estudió el piso de madera y observó la lámpara rota a sus pies. Prestó atención al crujir de las tablas. A la respiración de Emilia. Al escalofrío que comenzaba a formarse en su propia nuca, detrás de la maraña de cabello.

Alcanzó a distinguir un vidrio suelto a unos centímetros de sus pies y lo pisó a propósito, queriendo decidir de una buena vez si lo que vio había sido parte de un sueño o no. Sintió el filo del cristal caliente raspar su dedo gordo y empujó con cautela hasta sentir que el vidrio rompía la piel. Aunque la perforación le dolió, no movió su pie hasta sentir que el hilo de sangre caliente recorrió su planta y llegó hasta su talón.

Seguía sin decidir si su hermana era una sonámbula o una poseída cuando el primer gallo hizo camino al poste de madera y perforó el aire con su canto. Antonia supo que ya no iba a poder dormir esa noche, y posiblemente en ninguna más, y decidió comenzar con las tareas matutinas antes de que despertara su madre.

Entre más pronto acompañara a su padre con los Pérez, mejor. Entre más pronto se salía de esa casa, con sus números y plantas y pies descalzos, más sentía que sus pensamientos eran propios.

Su padre la encontró temprano en la mañana con el caballo ya alistado, el corral limpio y agua traída del pozo.

—¿Luego tú tan hacendosa? —le preguntó Heriberto a su hija—. Un favor has de querer.

Antonia sólo pudo sonreír a modo de respuesta y le entregó las riendas a su padre mientras se dirigía al segundo caballo, uno más manso y pequeño.

En vez de montar la bestia, Heriberto observó un momento a su hija.

—¿Luego pues? —volvió a preguntar.

—Nada, padre —contestó Antonia.

—¿Te peleaste con tu madre?

—No.

—¿Te peleaste con tu hermana?

—No, padre.

—¿Con los gallos?

Antonia dejó escapar una risita. —No, padre —contestó.

Heriberto soltó las riendas y se dirigió hacia su hija.

—Este pinche pueblo nomás vive de la malalengua. Usted no se apure de lo que susurren las viejas de rancho. Ni los peones de rancho. Puras envidias por estar tan guapa. Sacó a su padre.

Antonia agachó la mirada y sonrió hacia el suelo. Había dejado de ir a la escuela de tanto enmarañarse en pleitos. De tantas habladurías de la gente, cuyas lenguas no seguían a Emilia porque ella sí sabía llevar la paz. Con ayuda de Heriberto, había convencido a Rosaura de que

continuara la secundaria por correo. Las tareas y las calificaciones iban y venían con el único transporte que se animaba a adentrarse al pueblo cada mes.

Antonia se sintió reconfortada por el abrazo de su padre. Heriberto parecía ser el único que entendía que la pendejez cansaba. Enmarcó el rostro de Antonia con sus manos gruesas y torpes para que ella lo mirara a los ojos.

—Tampoco se apure de los susurros del viento —musitó—. No son más que las ramas de los árboles o el pasto tallándose contra sí o las plumas de un ave.

Antonia sabía que Heriberto estaba al tanto de todo lo que el pueblo decía de la familia y que los prejuicios pesaban más por ser evocados a diario que por ser reales. Sacudió su cabellera, como deshaciéndose de una idea torpe y volvió a sonreír, esta vez con sinceridad.

Ambos subieron a los caballos y se dirigieron hacia el potrero de don Chuy Pérez para comprar una vaca lechera con lo último de sus ahorros, que tanto les hacía falta. El galope entre las piernas hizo que Antonia se olvidara de los confines de la casa. Su respiración, ligera y larga, ya no le pesaba contra el pecho.

—Buenos días, don Heriberto —saludó Victoriano a lo lejos cuando los alcanzó a vislumbrar—. Niña —le dijo a Antonia asintiendo.

—Buenos días, don Victoriano —contestó Antonia.

—¿Llegamos a tiempo? —preguntó Heriberto.

—A puro tiempito —dijo Victoriano—. El patrón apenas está cerrando trato con uno de los Valverde. Ya es el sexto negocio que hace en la semana.

Heriberto asintió y miró a don Chuy, quien estaba parado al lado de la cerca donde tenían los animales.

—¿Es por lo de su nieto? —preguntó.

—Ey, así mismo —contestó Victoriano.

Heriberto y Antonia se apearon de los caballos y caminaron hacia la rama más cerca para amarrar las riendas.

—¿Qué le pasó? —preguntó Antonia.

Heriberto agachó la mirada y pateó el suelo con su bota un par de veces.

—Lo del accidente, niña —le dijo Victoriano cuando Heriberto no contestó—. El hijo de doña Hortensia, Roberto Macías, iba con su prometida. O bueno, con la muchacha que le tienen vista, la Katia.

—Se volcaron en el Cerro del Campanario —interrumpió Heriberto antes de que Victoriano le compartiera información que no le correspondía. De joven había sido muy discreto, pero ya de viejo se le conocía por compartir todos los secretos.

—Bueno fuera que se hayan volcado nomás —continuó Victoriano—. Se hizo pedazos la carreta. De los dos caballos que llevaban, uno de ellos se murió del golpe. El joven Roberto quedó traqueteado. Fue a rodar hasta las faldas del cerro y dicen que la madera se le clavó muy cerca de las verijas... Por no decir que en las verijas mismas.

Antonia miró a su padre. A pesar de tener medio rostro cubierto por el sombrero, se veía preocupado. Tal vez porque Roberto Macías, hijo, era su ahijado. Tal vez porque conocía a la señora Hortensia desde que llegó y siempre era amable con ella y sus hermanas.

—La muchacha salió corriendo, asustada, hasta el pueblo para pedir ayuda —seguía diciendo Victoriano—. Tuvieron que ir media docena de hombres, su papacito incluido, para dar con el joven Roberto.

Heriberto deshizo el nudo de las riendas sobre la rama. Sintió la piel sobre sus manos encallecidas y volvió a amarrarlas en una rama diferente.

—¿Sabe cómo salió de la operación? —preguntó.

—Pos por eso mismo tanta vendimia —dijo Victoriano—. Lo van a tener que llevar a la capital. Con un especialista. Ureólogo, dicen. Algo así. Sabrá qué es eso, tal vez para enderezarle la espalda, que quedó chueco de una pierna. A ver si no queda en silla de ruedas, pobre muchacho. Nomás la Virgen sabrá.

Antonia recordó que había escuchado algo sobre el accidente, pero prefirió no prestar atención. Ese día había habido un temporal muy fuerte. De seguro por eso se había volcado la carreta. A veces la sierra era traicionera. Sopesó las palabras de Victoriano. Si no salía bien la operación, doña Hortensia y don Roberto se iban a quedar con tierras y tierras sin tener a quién repartírselas cuando los mandara llamar la Virgen, a menos que tuvieran otro hijo. O que el joven Roberto tuviera uno regado por ahí.

Antonia se preguntó si Emilia sabía algo de todo aquello; el joven Roberto siempre había figurado como amigo suyo. Siempre terminaban, ambos, mirándose a los ojos a pesar de la cantidad de gente que pudiera estar rodeándolos o de la distancia entre ellos. Si alcanzaban a verse, se encontraban con la mirada.

—La pura mala suerte de los Macías —dijo Victoriano con un silbido, interrumpiendo los pensamientos de Antonia.

Heriberto se colocó entre Victoriano y su hija en un intento por disuadir las palabras que ya sabía iban a seguir aquella declaración.

—Desde que el viejo Rogelio Macías, padre de don Roberto, hizo por sonreírle a su abuela la loca Sabina... haga de cuenta, hija —le dijo Victoriano a Antonia— que él mismo fue a escoger su lápida.

Antonia asintió sin hacer contacto visual. Ya se sabía la historia. Encontraron al viejo Rogelio muerto ahí en la casa donde ellos vivían. Lo que parecía sorprenderle a la gente, más que el mismo asesinato, porque cada quien tendrá sus motivos y hay un Dios justiciero que todo lo ve, era que hubiera un compadrazgo entre las familias. No se explicaban cómo el yerno de la homicida terminó por ser padrino del nieto del finado.

Antonia sintió la mano de Heriberto sobre su hombro. No había paso que pudieran dar sin que la gente les recordara el crimen de su abuela.

Cuando por fin alzó la mirada, Antonia observó las arrugas marcadas en el rostro de don Chuy Pérez, a unos pasos de distancia. La preocupación le había agregado más años.

—Mira hija —Heriberto le dijo a Antonia, queriendo cambiar el tema a como fuera lugar—. La de nosotros es esa.

Apuntó a una vaca grande, canela, con pestañas que llegaban hasta la frente. Acababa de parir hacía unas semanas y las ubres, gruesas, escurrían leche sobre la tierra, perforándola a su paso.

Antonia observó otra vaca, recargada en la cerca, que apenas podía sostenerse sobre sus patas. Se veía cabizbaja y cansada. Tenía la piel blanca opaca y no se molestaba en espantarse las moscas.

—¿Y aquella? —preguntó Antonia.

Victoriano dejó escapar una carcajada.

—Nombre, niña. Si a esa no le sacamos ni dos tacos —dijo.

—¿Entonces a qué la traen hasta acá? —preguntó Antonia.

—Pos se nos hizo muy cruel dejarla a morir sola, allá en el potrero. No le hallamos qué tiene, porque no está enferma. Nomás que anda muy pazguata —compartió Victoriano.

Antonia observó la vaca, la cual giró el rostro para mirarla.

—Hay que llevárnosla también —dijo.

Victoriano y Heriberto rieron al mismo tiempo.

—Venimos nomás por la lechera —dijo Heriberto.

—Sí, pero ¿cuánto podría costar esta?

—Mire niña —comenzó Victoriano—. Yo no puedo en buena conciencia darles un precio por esa vaca. Que se me hace que en cuanto llegue a su casa se les muere. Y regalárselas, lo que es regalárselas, no puede ser. Luego nos sale más caro el chistecito con eso de que su mamacita nos quiera hacer un conjuro.

Heriberto y Antonia ignoraron ese último comentario y caminaron hacia don Chuy cuando terminó de hacer trato con los Valverde.

—Don Chuy, buenos días —saludó Heriberto—. Andamos queriendo saber a cuánto vende aquella vaca triste que está medio tumbada en la cerca.

Don Chuy y Victoriano se voltearon a ver.

—Esa vaca no está en venta —declaró don Chuy—. Hoy temprano apenas pesó 457 kilos. Cien completos debajo de las demás.

Antonia dio un largo suspiro al sentir una opresión en el pecho.

—¿Cuánto dijo? —preguntó.

—457 kilos apenas —respondió don Chuy—. No sirve para dar leche. No sirve para aparear. No hemos podido que agarre el arado...

Antonia miró a Heriberto.

—Padre, hay que comprar esa vaca también —le dijo en voz baja.

—Mija, pero ¿qué vamos a hacer con ella? Va a ser un gasto nomás.

—Se lo juro que no. Le juro que esa vaca nos trae frutos.

—¿Y dónde la vas a poner?

—Al lado de la lechera.

—¿Y de qué nos va a servir?

—Le va a servir de compañía. Pa que no se esté tan sola.

Los tres hombres rieron al unísono al escuchar las palabras de Antonia. Victoriano tuvo que sostenerse de sus propios ijares y alzar el cuello al cielo para poder tomar aire. Don Chuy se quitó su sombrero y comenzó a darse aire con él, tocando sus ojos con sus dedos para secar las lágrimas.

—Ah, raza tan ocurrente —dijo entre carcajadas—. Mire hija. Nomás por ser tan chula y bondadosa, les voy a dar esa vaca por menos de la mitad de precio de la otra. En una de esas puéque le guste más sus tierritas y hasta la enamore un toro o les sirva para arar.

Heriberto cerró el trato con don Chuy en ese mismo momento, no fuera que se arrepintiera después. Así como se veía la vaca, era difícil saber si quien estaba haciendo el favor era don Chuy, por venderla, o Heriberto, por quitársela de las manos.

Llevarla a la casa les llevó más de medio día. Cuando por fin pudieron hacer acomodar ambas vacas dentro del cobertizo, la vaca opaca, a quien decidieron nombrar Pestañas, porque no tenía ni una, no pudo sostenerse más, se acostó en el suelo del cobertizo y se puso a mugir.

Antonia y Heriberto no tenían idea que una vaca tan desganzada pudiera hacer tanto ruido.

Rosaura salió de la casa con el delantal en una mano y Sabina, de tres años, sobre la cintura contraria.

—¿Qué tanto escándalo traen aquí, pues? Métanse a comer —los regañó a los dos.

—Todavía hay que limpiar a los caballos y atender este animal —le avisó Heriberto.

—Esa vaca todavía se va a estar muriendo para cuando terminen de comer —dijo Rosaura, adentrándose nuevamente a la casa.

Antonia siguió a su madre, sabiendo que si no lo hacía la iban a esperar más quehaceres de lo habitual. Se sentó a la mesa con sus hermanas, agradecida de que Emilia ya se había ido al pueblo a hacer mandados. Comió en silencio. Contempló el arroz y los frijoles en el plato. Pensó en el 457 y los kilos exactos que pesaba la vaca, como el número que había escrito Emilia la noche anterior en tantos y tantos papeles.

Se preguntó por qué Sabina la miraba con aquellos ojos azules, igual que los de doña Hortensia. Ni el joven Roberto Macías, hijo, había sacado sus ojos. No podían ni llevar a la niña al mercado sin que se levantaran los cuchicheos.

Antonia terminó de comer, todavía pensando en el 457. No había siquiera recogido el último plato cuando escuchó los gritos de Heriberto desde el corral.

—¡Ave María Purísima! ¡Estas viejas sí son adivinas! ¡Antonia! ¡Antonia chingado!

Rosaura salió corriendo, junto con Carmen, Sabina y Antonia. Las cuatro llegaron al cobertizo al mismo tiempo y encontraron a Heriberto vociferando, incrédulo.

—¡No me lo puedo creer! Chingó a su madre, pinche Antonia. No me lo puedo creer.

—¿Pos qué traes Heriberto? —preguntó Rosaura.

—Parió. Parió dos becerros la pinche vaca desguanzada —anunció Heriberto.

Antonia entró al cobertizo para ver con sus propios ojos. En efecto, dos becerros de buen tamaño, no enclenques como llegó a pensar, estaban acurrucados cerca de la madre.

—Dos pinches becerros y dos vacas lecheras en un solo apretón de manos —Heriberto se lanzó sobre Antonia y la levantó con el impacto de su abrazo—. Si yo le dije, hija. Sacó a su padre en lo guapo y en lo inteligente. ¿Cómo supo que iba cargada la vaca?

Antonia apenas pudo encogerse de hombros cuando Heriberto volvió levantarla con un abrazo.

—No importa, mi chingona. A mí no me explique de su ciencia que ni le voy a entender. ¡Carmen! —miró a su otra hija entre la maraña de cabello de Antonia—. Alístese dos caballos que usted y yo vamos al pueblo por el doctor Ezequiel, no vaya a ser que se nos muera esta vaca de tanta emoción.

Heriberto y Carmen salieron del cobertizo en dirección a los caballos en lo que Rosaura iba a la casa por trapos y cubetas para sacar las secundinas de parto. Antonia permaneció en el cobertizo, de pie, decidiendo si estaba soñando o si lo que había sucedido en el día era real. Con un toque ligero, levantó su mano hacia un hacha cercana y sintió el filo del metal contra su dedo índice.

Presionó su piel contra el filo, observando cómo el metal perforaba su piel y, a pesar del dolor, no retiró la mano hasta que la gota de sangre le llegó al antebrazo. Sintió que el viento movió sus faldas y alcanzó a distinguir el crujir de un papel contra su cuerpo.

Antonia metió la mano a su bolsillo y sacó tres papeles que había tomado del cuarto de Emilia la noche anterior. Mostraban los dibujos de la planta sin nombre con una precisión tan real que casi podía pasar por fotografía. Recordaba haber tomado los papeles, pero no habérselos escondido en la falda.

—Ora mija, no se quede ahí nomás. Vaya por pasto que parir cansa y esta vaca ha de tener hambre —Rosaura le dijo al regresar.

Antonia brincó ante sus palabras, escondiendo los papeles al momento.

—Ahí vengo —le contestó a su madre en obediencia.

En vez de ir por el pasto, hizo camino hacia la casa y encaró el librero que tenía todas las enciclopedias. Esa planta iba a estar en una de ellas.

Sin saber con cuál empezar, pero reconociendo que no tenía mucho tiempo antes de que Rosaura vociferara en dirección suya, alzó la mano tratando de decidir y al posar sus dedos ensangrentados sobre el primer tomo, la opresión en el pecho le hizo sentir que estaba eligiendo correctamente.

Hojeó la enciclopedia, comparando la pobre calidad de las fotografías con el dibujo de Emilia.

Acacia.

Acai.

Ajo.

Anís.

Aloe.

Almez.

Aralia.

Asafoetida.

Astrancia.

Aubrecia.

Ahí estaba.

Asafoetida.

No era una planta que se diera en la región. Antonia comparó el dibujo de Emilia contra las páginas de la enciclopedia. No había manera de saber que había dado con la planta correcta, pero algo le decía que era justo la que Emilia había querido dibujar.

Escondió las hojas en el tomo y volvió a sus tareas con Rosaura antes de que le preguntara dónde se había metido. Al salir de la casa, sintió que la recibió el viento. Miró el cielo y se dio cuenta que ya se estaban formando las nubes que no habían estado ahí en semanas.

Quedaba sólo esperar a que regresara Emilia del mandado para poder encararla con las pruebas. Ella podía hacerse pendeja, pero a Antonia no la engañaba. Algo tenía que hacer con esa planta.

Decidió dejar el tomo sobre el mismo escritorio de Emilia, donde había estado escribiendo la noche anterior. Qué sonámbula ni qué nada. Lo dejó abierto, con las hojas de dibujo encajadas en el lomo para que la misma Emilia viera, con sus propios ojos, de cuál planta se trataba. Y para que supiera que Antonia la había dejado ahí, ¿quién más si no ella?

Esa noche Antonia no sintió opresión en el pecho o falta de aire. Las sábanas rozaron su piel como plumas de algodón. Durmió en un sueño tan profundo que no sintió cuando Emilia entró a su cuarto para preguntarle si ella había dejado la enciclopedia ahí. Tampoco cuando regresó a su habitación pensando que no había manera de que Antonia supiera que llevaba soñando esa planta desde hace semanas. Ni escuchó el momento en el que su hermana decidió empacar sus pertenencias y llevarse uno de los becerros para vender en el mercado y poder comprar el pasaje de salida del primer camión, el único que llegaba al pueblo en el mes entero, a las 6 de la mañana, el cual arrancaba antes de que las señoras del rosario entraran al templo a rezar.

Fue tan profundo el sueño, que Antonia no hubiera escuchado la voz de su hermana aunque ella hubiera decidido compartirle que había un susurro en viento que la aturdía: Asafoetida, asafoetida, asafoetida, asafoetida; mismo que se calló una vez el camión alcanzó el Cerro del Campanario.

Capítulo 7: El monedero

Emilia llegó al mercado, casi arrastrando al becerro recién nacido detrás de ella.

Las manos no paraban de temblarle. El dolor de cabeza se extendía, como una pulsada, desde su sien hasta su nuca. Sentía las pulsaciones como látigo. Como la cuarta que tenía Rosaura alzada en la alacena, con la que espantaba a los animales que hacían camino hacia la casa buscando sombra o calor, dependiendo de la temporada.

Había amarrado sus trenzas tan apretadas que el cuero cabelludo se quejaba cada que giraba el rostro.

Emilia llevaba el neceser más grande que encontró en su casa. Lo llenó con todas las mudas de ropa que tenía a su alcance, con conservas de la alacena y con la única fotografía que le habían tomado a Sabina, el día que cumplió sus tres años.

No necesitaba más.

Asafoetida.

Asafoetida.

Asafoetida.

Emilia llevó su mano al candado de metal oxidado que custodiaba las puertas del mercado y le dio un empujón. Era igual de grande que su palma izquierda.

Don Irineo todavía no llegaba para despachar.

El rojo del cerro, señalando el amanecer, todavía no despuntaba. La oscuridad abrigaba la plaza entera. El pueblo entero. De no ser por su dolor de cabeza, Emilia se hubiera preguntado por qué no había ni una sola estrella acompañando a la luna, tan gorda como un faro en la oscuridad de incertidumbre.

Llevó al becerro a la banca más cercana y se sentó con él para esperar a don Irineo bajo un nancy. Apretó su rebozo contra su cuerpo y miró al becerro que tenía a su lado.

Asafoetida.

Asafoetida.

Asafoetida.

La palabra la había aturdido la noche entera. La había alentado cuando encontró el neceser. La había acariciado cuando se despidió de Sabina. Le había indicado que fuera al corral y tomara al becerro más pequeño.

Era un susurro de una voz que tenía dentro.

Asafoetida.

Necesitaba una diadema, además de sus trenzas, para apretar sus ideas.

El tomo de enciclopedia había aparecido sobre su escritorio. Lo vio. Lo tocó con sus dedos. Era real. El libro grueso, como un ladrillo empastado, era real. No como las ilustraciones con las que soñaba, que desaparecían al primer canto del gallo. No como la planta que había dibujado mil veces y mil veces más pero no podía encontrar, en ningún rincón del campo, de la casa, del pueblo, del potrero, por más que buscara.

Y la planta había aparecido. Con nombre. Con fotografía.

Asafoetida.

En una enciclopedia que había estado toda la vida en su casa y con la que nunca había dado. Los dibujos que ella misma sabía que hacía pero que nunca encontraba por las mañanas, ahora fungían como separador para señalar la página exacta.

El filo de las hojas tocaba el lomo de la enciclopedia como alfiler.

Perforando.

Señalando.

Asafoetida.

Y Antonia, dormida.

Pero Antonia no sabía de sus sueños. Ni del susurro en el aire. Ni del látigo que se batía en su cabeza de un lado a otro. Hacia su frente. Hacia su nuca.

El becerro alzó el hocico para descansar la cabeza sobre las piernas de Emilia. El animal era de un café tostado. De patas como las ramas de un árbol seco. Sin pestañas. Tan enclenque como la madre. Pero firme.

El otro becerro, más macizo, no hubiera logrado llegar hasta la plaza. Emilia había querido dejarle a su familia el becerro más bonito. Así cuando le dijeran a Sabina que su hermana se había ido con el hermano de ese becerro, la niña podía verlo y pensar en ella cada vez.

Emilia no sabía por qué, pero sentía que irse era lo mejor para Sabina. Regresaría cuando pudiera ser madre. Cuando pudiera tener un remedio para los dolores que seguro llegaría a tener la niña. En su cabeza, en su vientre o en su pecho. Tal como su madre, su abuela y sus tías.

Todo lo que Rosaura podía hacer, y había hecho desde hace años, desde que nació Sabina, era llenarlas de té y de hierbas para calmar las opresiones.

No les llamaba susurros. Les llamaba opresiones. Había consultado con las mujeres del pueblo, diciendo que eran los dolores mensuales de mujer. Habrán pensado las vecinas que la familia Rosales de León menstruaba el mes entero. Rosaura sólo podía ver a sus hijas y apaciguar su incomodidad. Habían vivido tanto tiempo así, que ya era el pan de cada día.

Sabina se libraría de los dolores heredados.

De las voces heredadas.

Emilia regresaría al pueblo con respuestas y remedios. No estaría enajenada por síntomas, como a veces estaba su madre. Ella tendría respuestas y regresaría con la cura para aquella mirada perdida que atormentaba a su hija.

Sabina seguido parecía observar una maraña del viento dentro de la casa que nadie más que ella podía percibir. Cuando dio sus primeros pasos, abrió los brazos hacia la ventana abierta que daba hacia el pozo. Como si alguien le estuviera sonriendo.

Emilia apretó el puño contra el neceser, recordando todas las veces que habían tenido que sacudir a la niña de los hombros para llamar su atención.

Asafoetida.

La respuesta estaba en esa planta. Lo sabía.

Emilia permaneció mirando la grieta del cemento bajo sus pies. Ésta serpenteaba varios pasos, hasta formar una bifurcación y volver a unirse antes de seguir su camino. Casi parecía el cauce del Río Palo Seco, justo donde formaba la isla.

Emilia pensó en los sonidos que iba a extrañar: los berreos de los animales que conocían por nombre, el golpe de la pezuña cuando su padre volvía de trabajar, el balazo del rifle que Antonia usaba para espantar a los tlacuaches, la risa de Sabina al mostrarle una muñeca, el tintineo de las cuentas que su madre cargaba consigo... el sonido del agua que cargaba el río.

Emilia observó su mano. Las venas, levantadas como colinitas, tomaban la misma forma que la grieta, que el río que iba a dejar atrás.

—¿Quihubo hija? ¿Qué hace usted aquí a estas deshoras de la madrugada?

Emilia alzó el rostro de golpe. Casi se había olvidado que estaba sentada en la banca, en medio de la plaza, y no al lado del río, con el aire susurrándole. Despegó sus ojos de la grieta y miró a don Irineo a los ojos.

—Vengo a hacer negocios con usted —le dijo.

Irineo inmediatamente alzó la vista y miró a su alrededor, buscando la autoridad que acompañaba a esa muchachita hacia su puerta. Dieciocho años tendría apenas. Sabía que era edad suficiente para sentar cabeza y empezar una familia propia. Pero hasta que dejara de vivir como hija de casa, ella era una señorita y no se mandaba sola.

—¿Usted y quién? —le preguntó Irineo a la muchacha cuando la oscuridad le devolvió la mirada. Era la hora de la madrugada cuando hasta los gallos están tiesos de dormir.

—Yo nomás. No necesito nadie —contestó Emilia.

—¿Y su mamacita? —insistió Irineo.

Emilia apretó su rebozo y encuadró sus hombros. —¿A ella para qué la quiere? —preguntó.

Irineo alzó ambas manos en señal de incertidumbre.

—No, yo nomás decía —contestó—. No vaya a ser que se enoje por nuestros tratos y luego me vaya a convertir en piedra. Ya ve que dicen que es bruja —Irineo dejó escapar una carcajada que alzó hacia el cielo. El eco botó contra la fuente y el campanario de la iglesia.

—Si usted no quiere hacer trato conmigo, espero a uno de los Hernández —refutó Emilia con seguridad.

—Hombre, Emilita. Uno no puede ya ni hacer bromas. Y dicen que usted es la tranquila de sus hermanas. Mire, pásele a mi changarro y ahí me platica de los negocios que se trae.

Irineo miró al becerro, medio dormido, descansando su cabeza sobre las piernas de Emilia. Calculó el peso del animal. La edad. El tiempo que le iba a tomar descuartizarlo. Sabía con seguridad que podría venderlo casi entero a los Hernández. El animal se veía tierno y de seguro de él salía birria pa rato.

Irineo rascó su piocha, contemplando el precio que pudiera ofrecer a esta muchachita, quien no iba a poder hacer negocio con nadie más, sin que lo castigara la Virgen. Debajo de la cabeza del animal pudo distinguir cómo la tela de las faldas se prendía a las piernas de la muchacha debido al sudor. Alcanzaba a distinguir la división entre los muslos, macizos como cedro, la cual se perdía entre más alzaba la vista.

Decidió quitarse su sombrero y hacer como si se abanicaba contra el calor a pesar del fresco de la madrugada.

—Pues vamos entrando al changarro —repitió Irineo—. Vamos haciendo negocio —. Y, bajando la mirada hasta la punta de las trenzas de Emilia, añadió: —Usted y yo vamos a hacer muy buen trueque.

Emilia se levantó de la banca y siguió a don Irineo hasta la puerta del mercado. Él sacó la llave, gruesa y erecta, de su bolsillo, y quiso perforar el candado con ella, pero las manos lo traicionaron.

—Déjeme a mí —le dijo Emilia con voz queda.

Don Irineo tomó las riendas del becerro y entregó la llave a Emilia, quien al primer intento pudo hacer girar la cerradura.

—Acá al fondo tengo mi puestito —le dijo Irineo, como si no supiera.

Emilia nunca había entrado al mercado a esa hora de la madrugada. La oscuridad era tan gruesa que los pies sólo alcanzaban a ver con sonido del eco. El becerro recién nacido alcanzó a llegar a la carnicería de don Irineo y, como resignado ante su destino, se postró ahí mismo y cerró los ojos.

—Aquí hay una banca.

La voz de Irineo, nerviosa, guio a Emilia. Ella quiso recordar, al acercarse a la voz, dónde estaba la vitrina y dónde la caja registradora.

—Usted dirá — dijo el carnicero.

Emilia se percató al momento que don Irineo estaba más cerca de lo que había creído. Quitó el neceser de sus hombros y lo depositó ante sus pies. —Quiero venderle el becerro —dijo sin preámbulos.

Irineo rio un poco. El filo de su aliento alcanzó a tocar el cuello de Emilia.

La oscuridad los envolvió a los dos.

El eco resonaba contra los pasos de Emilia. Delante suyo, Irineo no se alcanzaba a distinguir. Ni su silueta. Ni sus pasos. Emilia agachó su mirada y vio una mancha más negra enfrente de ella, donde su propia sombra debía estar si la calle hubiera tenido luz, aunque fuera de la luna o de un farol, para formarla.

Irineo, a solo unos pasos, no alcanzaba a distinguirse como hombre. Era una maraña. Una maraña de ideas. Era jadeo y nada más.

Emilia sabía que lo tenía delante porque su aliento acariciaba el camino que hacían sus trenzas hasta su pecho.

—¿Por qué quieres vender el becerro a deshoras de la madrugada y desacompañada? — preguntó Irineo.

—Voy a buscar un remedio a la cabecera municipal —contestó Emilia casi de inmediato—. A la cabecera municipal o a la ciudad misma —confesó para sí, dándose cuenta apenas del camino que se forjaba delante de ella. Tenía más bifurcaciones que la grieta de la plaza, que el Río Palo Seco, que las venas detrás de sus manos.

—¿Remedio? —la voz de Irineo tenía un timbre desconcertante. Los ocho comerciantes del mercado sabían todos los pormenores de todas las casas de todas las familias del pueblo. Cada veintitrés de ellas—. No he oído de nadie que esté enfermo en casa de la Rosaura.

—Y nadie va a estar —dijo Emilia—. Para eso hay que prevenir con un remedio.

Irineo dejó escapar un murmullo entre dientes.

Emilia pudo distinguir, por el sabor entre ellos, que todavía no había desayunado. Que posiblemente no tendría qué desayunar.

—Deme un buen precio por el becerro —la sombra de la voz de Emilia, apenas un susurro, se acercó al aliento de Irineo—. Nomás necesito para el pasaje.

Una risa contorsionó el aire frente a ella.

Todo era negro.

Negro el espacio. Negra la risa.

Emilia levantó sus dedos para poder distinguirlos. No alcanzaba a verse ni las uñas.

Cerrar los ojos o tenerlos abiertos daba lo mismo.

—El camión entra al pueblo cada mes —le recordó la voz de Irineo—. Usted no necesita para el pasaje. Necesita para los viáticos de cuatro semanas enteras, más el hospedaje en una casa respetuosa.

Emilia agachó la mirada. Antonia habría sabido cuánto pedir por el becerro. Pero lo que pidiera no iba a ser suficiente para estarse en el municipio, o en la ciudad, un mes entero.

—Más aparte el remedio —le recordó Irineo.

Emilia no supo si había sólo pensado o expresado sus ideas para que Irineo diera con ellas.

¿Serían suficientes cincuenta pesos? ¿Sesenta? ¿Valdría cien el becerro enclenque?

No podía recordar la última vez que había pagado por una comida. Mucho menos, la estancia en una casa de habitación.

Si se apuraba, podía volver a su casa sin que nadie se diera cuenta de su ausencia.

No supo en qué momento dio un paso atrás, jalando el becerro consigo.

—¡Espere! —timbró la voz en el mercado.

Emilia siguió la voz que había gritado. No supo cómo es que pudo distinguir, entre la oscuridad que los oprimía, la figura cosida en la hebilla a tan solo unos pasos de ella.

Don Irineo tenía un becerro cosido con hebras cafés y blancas en su cinto piteado.

Emilia buscó el becerro que había traído consigo desde su casa, preguntándose con cuál de los dos tenía que hacer el trueque. —Más aparte el remedio —susurró para sí misma.

Sintió cómo un murmullo hacía que las puntas de su cabello, amarradas como cuarta en trenza, se mecieran contra su pecho.

—Espere —masculló hacia el becerro en la hebilla—. Tengo más que venderle que el becerro.

La respiración frente a ella se entrecortó un momento y Emilia escuchó los pasos que cerraron las puertas del mercado.

—Le vendo el listón de mis trenzas —dijo.

Emilia sintió el aliento que acompañaba al becerro de la hebilla a sus espaldas. No podía estar segura hacia dónde voltear; la puerta del mercado hacía que el resuello rebotara en las esquinas.

La respiración se convirtió en murmullo y éste, en el eco de un jadeo con saliva que venía de diferentes direcciones.

—Treinta pesos —Emilia escuchó su voz con claridad pero no supo si ella fue quien habló—. Treinta pesos por el listón de mis trenzas. Sesenta por el de mi falda.

Emilia sintió unos dedos gruesos en su cabello. El pasaje no costaba más de cuatro con cincuenta. Creyó que Irineo no iba a querer hacer el trueque, pero luego advirtió la decisión en una risita frente a ella.

—Pinches viejas sí han de ser brujas—jadeó la voz.

Emilia ayudó a deshacer el primero listón de la trenza derecha y por un momento sintió que en vez de cabello, los dedos de una mano recibían a la suya como en saludo.

Quitó el primer listón y estiró la mano, a tientas, para entregárselo a Irineo. Emilia sintió que el mismo aire se lo llevó consigo. El jalón que debió haber acompañado la entrega de la prenda, no estaba.

Llevó sus dedos a su trenza izquierda y quitó el listón con más destreza. Después deshizo el listón que hacía de cinto improvisado alrededor de su cintura.

El aliento que tenía delante cobró humedad. La saliva, proveniente de una boca sin labios, alcanzó a salpicar su rostro.

Los dedos de las puntas de sus cabellos comenzaron a masajear sus hombros. Y sus brazos. Y su cuerpo.

El murmullo de Irineo, hecho eco, venía de tres direcciones a la vez. Rebotaba contra los muebles. Contra su cabello. Contra sus muslos. Sus muslos de cedro.

Y dentro de sus muslos.

La voz del eco, antes grave y precisa, tomó un tono más agudo. Como las voces de un campanario de mujeres cantando.

— Emiliaaaa... —dijo el eco de las voces, abriendo los botones de su blusa.

Su nombre se confundió con el berreo del becerro que tenía a sus pies. ¿O era el de la hebilla? Había de ponerle nombre. A aquel que permitiría que ella encontrara el remedio.

Asafoetida.

Lo llamaría, en su mente, Asafoetida.

La voz del eco, formada por la suya y por la de las otras mujeres, rebotó en las puertas del mercado. Asafoetida, dijeron.

El cuerpo sudado de Emilia comenzó a galopar con el empuje de sus propias caderas. La humedad de la saliva, antes sobre su rostro, ahora se acumulaba entre sus piernas.

Los cabellos acariciaban su piel mientras que los murmullos alentaban su cuerpo.

—Emilia —le decían.

—Emilia —decía ella misma.

La oscuridad le permitía imaginar la forma que debían tener las voces que la acompañaban. Que sentía contra su vientre. En sus axilas. Codos. Pezones. Clavículas. Las voces estaban por todos lados. Se sentían firmes y suaves sobre su piel.

Pero todavía no tenían cuerpo. Eran labios apenas.

Eran labios de sierra. Había que darles cuerpo.

Como eyaculando esa idea, Emilia sintió el descargo que produjo su cuerpo en aquel preciso momento.

El eco dio paso al murmullo.

El murmullo al jadeo.

Y el jadeo al aliento.

Emilia volvió a sentir lo helado del piso bajo sus pies. Se dio cuenta que estaba aferrándose a la vitrina del puesto de carnicería.

No tenía su blusa desabrochada, sólo la falda subida hasta la cintura. Se llevó una mano a la cabeza y sintió el pelo suelto que le caía pasada la media espalda.

Detrás de ella, el aliento de Irineo acarició su nuca con una respiración entrecortada. Emilia sintió unos labios, toscos y velludos, sobre su hombro izquierdo junto con los dientes torpes que lo acompañaban.

Irineo giró su cuerpo para levantarse el pantalón cuando notó que Emilia volteó a verlo. Ahora que sus ojos se habían adaptado a la oscuridad, Emilia podía distinguir la silueta de Irineo con total nitidez.

Podía detallar las franjas de su camisa y, esos dos segundos que miró, la humedad que brillaba de su sexo.

Emilia se subió sus enaguas y bajó sus faldas.

Salvo por los listones que se quitó, no tenía ni un solo cabello fuera de lugar.

El becerro dormía a sus pies, al lado del neceser que había cargado desde su casa.

Emilia miró a Irineo, quien ya se había acomodado el último botón suelto, a los ojos. Todavía no lograba acompasar su respiración y su cabello estaba completamente desacomodado.

Irineo levantó ambas manos como en señal de plegaria ante la mirada confundida de Emilia, que él tomó de acusación. ¿Cuánto dinero habían dicho?

—Lo prometido es deuda, Emilita. ¿Usted cree que no le voy a cumplir? No vaya a ser que le diga a su mamacita y se me haga piedra el pájaro —Irineo rio ante sus propias palabras. Se llevó el antebrazo a la frente en un intento por disimular el sudor.

El rostro de Emilia, limpio y seco, lo estudiaba a unos pasos de distancia.

El mercado ya no estaba inundado de oscuridad. Emilia podía distinguir cada uno de los puestos. Podía verse las manos. Alcanzaba incluso a distinguir las arrugas en el rostro de Irineo.

Aún dentro del mercado podía percibir el canto de las hojas de los árboles contra el vaivén del viento, el sonido de puertas y candados que se iban abriendo y hasta el golpe de pezuñas de animales de carga sobre el empedrado.

La ráfaga de viento dentro del mercado ya no tenía sabor a aliento.

—Deme unos diyitas nomás, Emilia —escuchó que decía Irineo—. Y le doy hasta el último centavo. Se va usted, a gusto, hasta Europa si quiere.

Emilia quiso recordar el trato que había hecho con Irineo antes de entrar al mercado y no pudo.

—¿Cómo? —preguntó.

—Es que una cantidad así —Irineo volvió a alzar ambas manos en señal de plegaria—. Una cantidad así no la trae uno consigo.

Emilia escuchó el alarido cansado del motor viejo que hacía andar al único camión que osaba adentrarse a ese pueblo, desde hace veintitantos años, cuando el vehículo en el que llevaban a su abuela, la loca Sabina, se volcó con todo y pasajeros al doblar las faldas del Cerro del Campanario.

El ruido se acercó cada vez más hacia el mercado y, antes de que llegara a la plaza, se mezcló con las campanas del primer llamado a misa.

Eran las cinco y media de la mañana.

Emilia todavía buscaba esclarecer sus pensamientos cuando sintió que su propio puño se cerraba alrededor del mango de un machete pequeño, del mismo tamaño que su antebrazo.

Irineo dejó escapar una carcajada nerviosa sin despegar los ojos del rostro de Emilia, cuya mirada fija trataba de descifrar cuánto tiempo tenía para alcanzar ese camión.

—Ta bueno, pues. Pinches viejas locas —dijo Irineo con un ardor en la voz—. Así también tu pinche abuela. Se llevó consigo once almas nomás pa no enfrentar la justicia.

Irineo dio paso seguro detrás del mostrador de la carnicería y produjo un monedero de cuero tan grande como sus puños.

—Viejas jijas de la chingada —siseó entre dientes mientras llenaba el monedero de dinero.

Emilia tomó su neceser del suelo y, sin soltar el machete de carnicero, giró su cuerpo para encarar a Irineo, quien apenas podía tomar las monedas debido al temblor que se había apoderado de sus manos.

Extendió el monedero hacia Emilia, quien no supo si primero debía bajar el machete o no.

Irineo tomó su hesitación como señal de desafío. De seguro le echaban una maldición entre todas sus hermanas y su madre. Volvió a maldecir entre dientes y se dirigió al negocio vecino, la cantina de don Eulogio. Después a los lonches. Al puesto de telas. De abarrotes. De piñatas. De hierbas. Por último, a la birriería de los Hernández.

En cada uno encontró el escondido de suelto que procuraba tener cada dueño a la mano, por si algún imprevisto, y depositó todo el dinero en el monedero. Apenas lo podía cerrar de lo gordo. Habrán sido más de cuatrocientos pesos. De quinientos, quizá.

Irineo sabía que no tendría más de dos días para que los puesteros notaran que les habían robado. Con fortuna y el camión traía consigo un forastero que buscaba turistear en el pueblo durante la temporada. Había nomás que montar un robo. Desacomodar todos los muebles. Romper la mercancía para simular los pasos de alguien que no sabe dónde buscar pero que tiene la certeza de un tesoro escondido en cada puesto, debido a información dada en una borrachera.

Irineo volvió a extender el monedero hacia Emilia. Esta vez ella lo tomó con certeza, sin soltar el machete hasta haber salido del mercado.

Escondió el monedero de cuero en su neceser, no sin antes tomar unas monedas para llenar el monedero más pequeño, vacío, que llevaba consigo desde que salió de su casa.

El viento de la plaza la recibió, como aplaudiéndole.

El cielo, todavía oscuro, apenas sonreía con los primeros dejos del amanecer.

Emilia dejó que el único pasajero que traía el camión, un joven con mucha ilusión en el rostro, se bajara antes de que ella tomara asiento.

Cuando Antonia despertó, su madre ya llevaba buscando a Emilia tres horas. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par.

Antonia nunca había visto tanta luz en la casa, ni sentido tanto aire entre las paredes.

La bruma se había metido y parecía que bailaba de júbilo entre las piernas de Rosaura, quien caminaba todo el largo de la casa gritándole al viento.

—¿A dónde se fue? —clamaba—. Díganme a dónde se fue. ¿Se la llevaron?

Antonia siguió la mirada de su madre. Ahí no había nadie.

Rosaura se había deshecho las trenzas apretadas y se pasaba las manos por cada mecha, como buscando una respuesta.

Antonia permaneció unos momentos anclada al umbral de su cuarto. Nunca había visto a su madre con el cabello suelto.

Rosaura la tomó de los hombros y la sacudió un par de veces.

—¿Y Emilia? —preguntó.

Su voz, ronca de tanto gritar, parecía más un ladrido que una pregunta.

—No sé —confesó Antonia de inmediato.

Rosaura la soltó y siguió rascándose el cabello.

—Que si se la llevaron. Les pregunto si se la llevaron —decía una y otra vez.

Antonia sintió que alguien más estaba ahí en la casa. El viento cargaba consigo una voz conocida. Salió de su cuarto y siguió a Rosaura para dar con la persona.

—Se la llevaron o no —gritaba Rosaura.

Antonia caminó alrededor de su madre. Ella pareció no darse cuenta.

Ahí no había nadie.

Antonia comenzó a sentir una opresión en el pecho. Los ojos de Rosaura se movían con demasiada rapidez.

¿Era eso a lo que se refería el pueblo? Que todas ellas eran harina del mismo costal que el de la loca Sabina.

Antonia sacudió su cabeza para deshacerse de esa idea. Pero no pudo dejar de pensar en los ojos de Emilia cuando la encontró dibujando. Habían estado blancos. Blancos y redondos como la bruma en la mirada de la mujer en sus sueños.

Dejó a su madre en la cocina y se dirigió al cuarto de Emilia. Su padre de seguro estaría en el pueblo, haciendo preguntas.

La cama de Emilia estaba destendida. Todos los cajones estaban abiertos. Su ropa estaba en el suelo. Ahí seguían todas sus pertenencias.

Todas, salvo las que pudiera meter en un neceser.

Antonia se sentó en la cama y presionó sus palmas frías contra sus ojos. ¿Y si ella había asustado a Emilia? ¿Y si la había hecho creer que estaba loca al darle la enciclopedia esa?

Una respiración entrecortada llamó su atención. Antonia abrió los ojos para encarar al desconocido que se había metido a su casa. Vio unos piecitos al lado del buró y se paró para ver de quién se trataba.

Carmen y Sabina estaban escondidas al lado del mueble. Carmen mecía a Sabina, quien lloraba del susto. Con una de sus manos cubría la oreja de la pequeña para que no escuchara los gritos.

Antonia suspiró de alivio. Por un momento, había pensado que se trataba de alguien más. Recordó que hace cuatro años ella era quien protegía a Carmen de los gritos en la casa.

Antonia se hincó y alzó ambos brazos hacia ellas. Carmen y Sabina se levantaron y fueron a abrazar a su hermana.

—No te despertabas —le dijo Carmen—. Te movimos muchas veces.

Antonia apretó a sus hermanas contra su cuerpo y limpió las lágrimas de Sabina.

—Tuve el sueño pesado —dijo.

Observó a Carmen y notó que estaba tranquila, aunque un tanto seria. La voz de Rosaura seguía alzándose por toda la casa.

—Sálganse de la casa —les dijo Antonia a las dos—. Voy a hacerle un té a nuestra madre para ver si se calma.

—¿Y Emilia? —preguntó Carmen.

—Al rato damos con ella —mintió Antonia.

Carmen tomó de la mano a Sabina y ambas salieron de la casa. No sabía a dónde llevarla, así que se dirigieron al pozo, seco desde hacía años, a esperar a que Antonia les dijera que podían entrar otra vez. El aire las recibió con tranquilidad y las apapachó con un sereno.

Antonia permaneció hincada en el cuarto de Emilia un par de minutos tratando de pensar qué hacer. Rosaura había comenzado a mover los muebles de la casa. Antonia podía oír cómo arrastraba los sillones hasta hacer rechinar el suelo.

Respiró un par de veces, concentrándose en el aire que llenaba sus pulmones y al fin se paró. Ahí lo primero que había que hacer era cerrar todas las ventanas. Bloqueó la voz de su madre y se concentró en la tarea inmediata. Entró a cada cuarto, a la cocina y a la sala. Hizo el mismo recorrido tres veces para cerciorarse que las trabas no se habían soltado.

Fue a la cocina y puso leña en el comal. Tomó agua del cántaro y preparó una olla para que hirviera.

Encontró a su madre en la sala, sentada en el sillón que daba a la ventana. Había parado de gritar. Ahora sólo lloraba hacia el vacío. Tenía el semblante cansado y los hombros caídos. Rosaura sabía, en su interior, que Emilia se había ido del pueblo. Ya no la sentía como sentía a sus demás hijas.

Antonia se acercó y acarició su mejilla.

—¿Madre? —preguntó con voz suave—. ¿Se encuentra bien?

—Siento que me hace falta uno de mis corazones —le dijo Rosaura.

Antonia la abrazó con un nudo en la garganta. No encontraba las palabras para hacerle saber que todo aquello era culpa suya. —Voy a peinarla —le dijo en vez.

Rosaura asintió y se dejó cuidar.

Antonia pasó el cepillo por su larga cabellera y tuvo cuidado en trenzar su cabello para que ya no escuchara el viento. Una trenza francesa en las raíces seguida de una trenza de pescado en las puntas. Cuando terminó, le dio un té de manzanilla con pasiflora y la acostó para que descansara.

Rosaura se dejó llevar hacia su cama, cansada de exigirle razón al viento.

Cuando Antonia estuvo segura de que Rosaura no se iba a levantar para continuar gritando, fue al cuarto de Emilia y cerró con llave. Hurgó dentro de los cajones abiertos hasta encontrar lo que buscaba.

Antonia alzó las tijeras y las miró contra la luz de la lámpara.

La madera que cerraba las ventanas comenzó a traquetear contra el viento.

Antonia pegó una de las hojas de metal contra su rostro para acostumbrarse al frío de la tijera con una mano mientras con otra deshacía su peinado. Respiró un par de veces y se sentó al filo de la cama.

Tomó un mechón y, llevando las tijeras lo más cerca a su cráneo que podía, apretó la agarradera y escuchó el seseo de las láminas al juntarse. Observó cómo el primer rizo caía a sus pies. La opresión en su pecho se intensificó.

Volvió a alzar las tijeras, ignorando el zumbido del viento que quería entrar a la casa. Cortó otro rizo. Y otro. Y otro. Hasta que sus pies dejaron de verse entre los mechones.

Afuera, parecía que sus hermanitas estaban llorando. Escuchó su voz alzarse cerca del pozo. Las pobres habrán pensado que Antonia las había dejado afuera.

Apuró sus manos hasta que ya no sintió un solo mechón en su cabeza.

Miró su cabello, tendido ante sus pies. Los rizos apretados se contorsionaban en agonía. Antonia lloró con ellos.

No supo qué la impulsó a hacerlo, pero tomó una caja de madera y se aseguró de depositar cada cabello suelto ahí. Sus dedos acariciaron el suelo donde habían caído para que no faltara ni uno. Para que cada uno tuviera digna sepultura.

Al salir de la casa, se dirigió hacia al pozo donde estaban sus hermanas con una pala. Sabina dormía en las piernas de Carmen. Antonia cavó un hoyo pequeño, justo al lado de las piedras del pozo, y depositó ahí la caja de madera, despidiéndose de su amiga.

Carmen la observó en silencio. Antonia parecía otra persona, con el cabello tan a ras que se distinguía los contornos de su cráneo. Aquel día estaba lleno de sucesos inusuales y todavía no eran ni las diez de la mañana. Sólo el sereno se estaba tranquilo.

Antonia se sentó al lado de Carmen y, teniendo cuidado en no despertar a Sabina, puso un brazo alrededor de ella. Carmen descansó su cabeza sobre el hombro de Antonia. Ambas miraron la casa, encerrada como si ahí no viviera nadie.

—Qué raro —dijo Antonia—. Nunca había escuchado tan silencio.

Carmen la miró, confundida. —¿Qué silencio? —preguntó—. ¿Luego no oyes al viento zumbar?

Antonia dio un apretón al hombro de Carmen y se paró. —Ven —le dijo—. Vamos a que te peine, yo cargo a Sabina.

Antonia abrazó a la hermana más pequeña y se dirigió con ambas hacia la casa. Carmen las siguió acomodando sus faldas. Había dejado una mancha en la piedra donde estaba sentada. Una mancha entre oscura y tinta, como de mermelada de gondo.

Siete años después de buscar cada hierba, cada planta y cada remedio, Emilia volvería al pueblo decidida a curarlas a todas, a sus hermanas, a su madre y a su hija, sin saber que ya la estaban esperando para salvar la vida de Rosaura.

Capítulo 8: El triángulo

Carmen permaneció parada en el umbral de la casa, observando el cuadro que tenía enfrente en lo que nivelaba su respiración.

Su madre, todavía en el catre, tenía abierto el ojo izquierdo. No podía hablar, pero de su garganta salía un sonido como berreo. El lado derecho de su rostro colgaba como cera derretida. Carmen notó que podía mover los dedos de la mano izquierda pero que el brazo derecho estaba tumbado a su lado.

Antonia servía tasas de canela y conversaba con una mujer joven que tenía abrazada a Sabina sobre su regazo. Cuando escuchó entrar a Carmen, corrió a abrazarla. La desconocida se paró de su lugar.

—¿La encontraste? —preguntó Antonia, refiriéndose a la yerbera.

Carmen asintió en respuesta, sin despegar la mirada de la otra mujer. Se parecía mucho a su madre y abrazaba a Sabina con demasiada ternura.

Rosaura hacía una mueca, la saliva se le escurría por la comisura del labio. Los músculos contorsionados no la dejaban sonreír.

—Pásale, gorda —le dijo Antonia a Carmen y señaló a la desconocida—. ¿No vas a saludar a tu hermana?

Carmen tomó un momento para mirar a la mujer que tenía enfrente y supo que su rostro se le hacía conocido.

—¿Saludar a quién? —preguntó.

Antonio tomó a Carmen de la mano y se dirigió hacia su cuarto, cerrando la puerta tras de sí. La madera gimió con la brusquedad del movimiento.

Tres días. Su madre tenía enferma tres días. Y ahora, como si nada, llegaba esta extraña a la casa.

—¿Qué te dijo la yerbera? —preguntó Antonia desde la ventana.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó Carmen, refiriéndose a Emilia. Tenía la tentación de cerrar la puerta con llave, bien podría tratarse de una extraña.

—Emilia —contestó Antonia—, ¿quién más va a ser? ¿Qué te dijo la yerbera?

Como de costumbre, Antonia fue hacia la ventana, la más grande de toda la casa, observando la línea de árboles por donde cada noche entraban tlacuaches, coyotes y gatos monteses para fastidiar al ganado que dormía en los confines del corral. Desde afuera, la ventana parecía la sonrisa de una anciana chimuela. Hace tiempo que Antonia había roto una esquina de la ventana para poder dar con los animales desde la comodidad de su cuarto y disparar sin correr peligro alguno. El rifle desarmado, calibre 38, dormía inclinado contra la silla de piel.

Carmen todavía estaba sudando por el recorrido que había hecho y sostenía el frasco de vidrio que doña Esther le había dado contra su cuerpo, como protegiéndolo del ambiente. —¿Y qué hace acá? —preguntó. Sabía que su hermana Emilia se había ido del pueblo hace unos siete años. Dejó atrás todas sus pertenencias y no había vuelto ni una sola vez.

—Gorda, chingado. Cómo jodes —contestó Antonia—. ¿Qué va a hacer?, volverse a su casa.

Antonia tomó el rifle y comenzó a limpiarlo. Ya era un hábito levantar el cañón cada que se acercaba a la mesa junto a la ventana. No tenía que mirar las piezas para saber cuáles necesitaban atención.

—¿Después de siete años? —preguntó Carmen.

—De los años que sean, es su casa —contestó Antonia.

Carmen caminó los pocos pasos de distancia hacia la puerta y pegó una oreja a la madera. No era necesario. Las voces alegres de Sabina y Emilia se dejaban oír por toda la casa. La madera volvió a gemir contra el peso de sus manos, como apoyando su sospecha.

—¿No se te hace raro que después de tanto tiempo haya vuelto a encontrar camino al pueblo, así como así? —preguntó Carmen.

Antonia se sentó en su silla de piel y miró el filo de los árboles desde la ventana. —¿Cuál así como así? —refutó—. ¿Y tantos años mandándole dinero a Sabina, mes con mes?

—¿Cómo a Sabina?

Antonia se habría reído de incredulidad de no haber sido por la cara de sorpresa de Carmen. Bajó el rifle para poder mirar de lleno a su hermana.

—Carmen tan pendeja. ¿Por qué crees?

Carmen se encogió de hombros. Sabina era apenas cinco años menor que ella. No tenía recuerdos de haber visto a Emilia embarazada. O de que hubiera contraído nupcias con un muchacho. Emilia siempre había sido soltera.

Entonces las palabras de doña Esther vinieron a su mente. Tres piezas. Su madre se curaría con la ayuda de las tres piezas.

—¿Quién es el padre? —preguntó Carmen.

Antonia se encogió de hombros. —Emilia habrá sido piruja, pero nunca mitotera —dijo.

—¿Y cómo es que mi madre está despierta?

—Cuánta preguntadera traes, gorda. Emilia llegó con una maleta desbordada de hierbas. En frascos. En macetas. Hasta trae tierra de los lares por donde estuvo. Le dio unos remedios a mi madre y le dejó de dar su temblorina. Así nomás, se calmó y pudo descansar. Emilia dice que es temporal. Que es nomás para que se esté tranquila un rato.

La puerta se abrió de golpe en ese momento. Carmen tuvo que retroceder de prisa para no ser golpeada por ella. Escuchó cómo la madera se quejó por el movimiento brusco. La casa no estaba acostumbrada a esas andadas.

Emilia entró a la habitación, abrazando a Sabina. No podía dejar de sonreír. La casa estaba igual de como la había dejado. El pueblo estaba cambiado, había más negocios y los caminos estaban acomodados. Su madre había envejecido, a pesar de ser tan joven tenía más pelo blanco que castaño. Sus hermanas eran unas señoritas. Sus ropas habían cambiado, sus rostros habían cambiado. Pero la casa era la misma.

Emilia cerró la puerta tras de sí y se enserió al mirar el semblante de Carmen. Había olvidado que en la casa de Rosaura de León no podía haber muchachitas pazguatas. El trenzado de Antonia, Carmen y Sabina le recordaron de las libertadas que había podido explorar estando fuera. A modo de hábito, se llevó una mano al pelo y lo acarició, enfatizando el albedrío en sus decisiones.

Carmen permaneció parada al lado de la cama. Su hermana Emilia llevaba el cabello suelto hasta la espalda. Su ropa se veía comprada, como de tienda departamental. Traía zapato cerrado y cinturón. No alcanzaba a verle las manos, pero de seguro las tendría lisas. Carmen prestó atención al susurro que entraba por el orificio de la ventana. ¿A qué tanto había venido Emilia?

—Está dormida —susurró Emilia. Carmen se percató que estaba contestando una pregunta que Antonia le había hecho sobre su madre—. Ese achaque la tumbó, pero todavía puede que se ponga bien —continuó Emilia.

Antonia tomó asiento en la mesa junto a la ventana y, con un gesto, indicó a Sabina que la acompañara. La niña tomó lugar al lado de Antonia y observó a Carmen y Emilia, ambas paradas en esquinas contrarias de la habitación.

Carmen miraba las paredes y los muebles. La casa parecía diferente con Emilia ahí.

—Se llama Emilia —declaró Sabina ante el silencio incómodo—. Dice que es hermana nuestra. Mamá también dice. Bueno, gimió.

Emilia sonrió a Carmen y abrió sus brazos en señal de saludo. Carmen se dejó abrazar, sintiendo cómo el frasco presionaba contra su vientre.

—Mírate nada más, morusita —le dijo Emilia al oído con ternura—. Ya eres toda una mujer. Ve nada más qué guapa estás. Ya no eres la morusita que dejé hace tiempo.

—Ahora le decimos “gorda” —anunció Antonia—. De cariño. Porque hubo un tiempo en que... —Antonia dejó que la idea colgara en el aire.

—En que estaba muy chichona y todos los señores se le quedaban viendo —añadió Sabina—. Entonces mi mamá la llenó de trapos. Para que pensaran que estaba gorda.

Emilia rio ante la anécdota, aún sin soltar a Carmen. La carcajada se paseó por toda la habitación. Carmen sintió tranquilidad al saber que ese timbre lo había escuchado antes. Emilia siempre había sido una persona amable y alegre.

Emilia jaló la silla al lado del escritorio para sentarse. —¿Todavía guardas dulces? —le preguntó a Antonia.

Abrió cada uno de los cajones del escritorio de Antonia. A pesar de tantos años, sabía cuáles guardaban listones y cuadernos y cuáles escondían balas y dulces. Encontró las cajetas sin preguntar dónde estaban y le ofreció una a Sabina.

—¿Y ese rifle? —preguntó Emilia—. ¿Siguen los tlacuaches?

Antonia y Emilia rieron ante el chiste privado.

—Hace tiempo a los señores les dio por hacer dizque temporada de caza —explicó Antonia. Sacó las balas del rifle y puso éste a un lado—. Como se acabaron la presa, los animales que nunca bajan al pueblo decidieron pastear entre el ganado. Pumas, gatos monteses, lobos... Ya te imaginarás. Mordieron un niño la semana pasada, ahí en el mangal al lado de la escuela. Hasta las maestras van armadas.

—Se llama Marcelo —dijo Sabina—. El niño.

—¿Lo conoces? —preguntó Emilia.

—Yo lo llevé al mangal —contestó Sabina.

—¿Cómo?

El viento golpeó la ventana del cuarto de Antonia, interrumpiendo su conversación. Las cortinas se alzaron como la falda de una mujer bailando y tumbaron los papeles sobre el escritorio. Carmen sintió cómo el fresco del aire la abrazó de los hombros. Había que dar con el motivo del regreso de Emilia.

—¿Y a qué viniste? —preguntó Carmen de golpe antes de que el aire saliera de la habitación.

Antonia cerró la ventana en lo que Sabina y Emilia recogían los papeles.

—Carmen —le advirtió Antonia en tono acusativo.

Carmen observó la familiaridad con la que Emilia se movía en aquel espacio. Sabía dónde iban los papeles, cómo atrancar la cortina para que ya no volara y cuál lámpara se usaba como pisapapeles.

Emilia apretó sus nudillos detrás de su espalda y miró hacia Sabina de manera automática. Antes de contestar, sonrió hacia Carmen y se dirigió hacia el escritorio, sobre el cual se encontraba su maleta. Esperaba poder cubrir su nerviosismo. Cuando Carmen hablaba parecía que cargaba diez mujeres más en el timbre de su voz. Hacía años que no escuchaba ese seseo.

El silencio las mantuvo a todas ancladas donde estaban.

—Esta es mi casa —dijo Emilia al fin en voz baja.

—No, digo... —Carmen no sabía cómo aclarar sus ideas. Era mucha coincidencia. Mucha coincidencia que justo llegara el mismo día que doña Esther le hacía saber la necesidad de las tres piezas—. Me refiero... —Carmen aclaró su garganta—. Me refiero por qué ahora, por qué hoy mismo, y no cualquier otro día.

Emilia miró primero a Antonia, después a Carmen y, por último, a Sabina. —Porque las voces que cargo en mis sueños me hicieron sentir que era tiempo —dijo con seguridad.

Carmen y Antonia se miraron al mismo tiempo. Una se llevó una mano al pecho y, la otra, a la cabeza.

—¿Cuáles voces? —preguntó Carmen.

—No se hagan tarugas —susurró Emilia—. Bien saben cuáles. Las del viento.

El rostro de Emilia, sonriente hace un momento, ahora lo resguardaba el miedo. Sus mejillas rosas contrastaban con el lagrimeo de los ojos.

Ante el silencio que siguió la voz de Emilia, Carmen pudo escuchar el ritmo de las pulsaciones en su cabeza. Su respiración estaba al filo del jadeo, o tal vez era la respiración de sus hermanas.

Después de unos minutos, la voz de Antonia penetró en el aire. —Sabina, ve a la sala a jugar —dijo.

La niña la miró, frunciendo el ceño, pero Antonia no se dio cuenta. Ella sólo veía a sus hermanas.

—Pero yo no quiero jugar —contestó Sabina.

—Ve a la sala de todos modos —le dijo Antonia con aquella voz que sonaba a la de Rosaura.

En cuanto Sabina salió de la habitación, Antonia se asomó un momento por el pasillo. La respiración acompasada de Rosaura indicaba que seguía dormida. Antonia regresó y cerró la puerta con seguro. Volvió a ir a la ventana y a levantar el rifle aunque bien sabía que no iba a poner a cazar animales. No con las manos temblándole así.

Carmen y Emilia seguían paradas en el mismo lugar. Antonia decidió permanecer cerca de la puerta, donde pudiera escuchar a Sabina y a Rosaura. Caminó el largo de la habitación, con el rifle en la mano, y notó que entre ella y sus hermanas formaban un triángulo simétrico. Había un silencio en el aire, como un imán invisible, que las mantenía fijas donde estaban.

Antonia notó que Carmen sostenía un frasco de vidrio, sucio, contra su vientre. Casi había olvidado que había salido de la casa hace casi dos horas buscando ese remedio para su madre.

Emilia apoyaba una mano sobre la maleta que había dejado encima del escritorio. Sus cabellos, sueltos, se movían con el vaivén del aire que no entraba a la habitación.

—¿Cuáles voces? —Antonia apenas movió los labios; las palabras ni siquiera salieron de su garganta y aun así, sabía que sus hermanas la habían oído.

—Las del aire —dijo Emilia con seguridad—. Antes de irme a... —movió una mano en el aire, como queriéndose acordar del lugar donde había pasado los últimos siete años—. Antes de irme —prosiguió—, sentía una opresión en la cabeza. Como el repiqueteo de una campana con timbre de mujer. La noche que me fui... Creí haber visto u oído o sentido a alguien que quería que consiguiera una planta. La sentía en la noche, cuando me desenredaba mi cabello. Creí que era mi imaginación. Hasta que apareció un tomo de enciclopedia sobre mi escritorio. Con la mismita planta con la que había estado soñando. Los mismos dibujos que veía desde hace días. Marcando la página de la enciclopedia con toda la información. —Emilia observó primero a Carmen y después a Antonia, evaluando su reacción—. Las voces la pusieron ahí —dijo.

—¿Cuáles voces? —interrumpió Antonia al momento—. Yo puse ahí esa enciclopedia. Fui yo. Tomé los dibujos que te encontré un día. Di con el tomo de la enciclopedia que ha estado en el mismo estante de la misma casa de toda la vida.

—¿Y cómo diste con él? —preguntó Emilia.

Antonia se encogió de hombros. —Ni que tuviéramos una biblioteca —dijo.

—Yo he estudiado cada página de cada ejemplar en ese librero. Nunca había visto ese tomo —refutó Emilia.

—Por distraída, será —contestó Antonia.

Sin mover sus pies de su lugar en el triángulo, Emilia abrió la maleta y sacó un libro viejo, con las hojas desacomodadas por el uso. El color verde seco de la pasta había perdido su brillo.

Emilia estiró su brazo para que ambas vieran el lomo del libro, en el cual se podía ver la letra “A”, en mayúscula despintada.

—Si este tomo ha estado en ese librero toda la vida, ¿por qué nada más hay uno? ¿Dónde están los otros veintitantos tomos que forman toda la enciclopedia? ¿Y por qué no tiene nombre? “A”. Nada más dice “A” —la voz de Emilia era apenas un murmullo. La urgencia en sus palabras se veía más en su rostro que en lo que decía.

Antonia salió de la habitación en ese momento sin decir nada. Emilia y Carmen sabían que iba al librero.

Carmen sintió una gota de sudor que se formó en su frente y apretó el frasco todavía más. Antonia regresó antes de que Carmen pudiera hacer sentido de las palabras de Emilia y volvió a cerrar la puerta tras de sí.

—Eso no prueba nada —le dijo Antonia a Emilia. No tuvo que decir que en el librero no había otro tomo parecido a ese.

—¿Cómo diste con el dibujo? —preguntó Emilia.

—Te vi haciéndolos —contestó Antonia—. La noche antes que te fuiste.

—¿Cuántos? —preguntó Emilia—. ¿Cuántos dibujos me viste haciendo?

Antonia recordó la noche cuando el piso de la habitación había estado lleno de papeles con la misma flor. Apenas y se veía el suelo.

—No sé —confesó.

—¿Muchos?

—Sí, supongo.

—¿Y por qué sólo tomaste tres? —Emilia abrió el tomo que tenía en sus manos y alzó tres hojas viejas con un puño—. ¿Qué les pasó a los demás?

Antonia se llevó una mano al pecho. Comenzaba a sentir la opresión que siempre venía como un augurio. Como un imán de sucesos. Quiso recordar la noche antes de que Emilia se

marchara. Sabía que se había robado un becerro. Que se llevó las pocas ropas que tenía. Que por las noches la mirada se le nublaba y se ponía a hacer dibujos de plantas y hierbas. Antonia recordó que aquella noche el suelo del cuarto no se alcanzaba a ver de tantos dibujos que tenía Emilia arrumbados.

—No volví a verlos —dijo Antonia por fin—. Habían estado ahí y luego ya no estaban, no sé.

—Son las voces —concluyó Emilia—. Nos han estado guiando toda la vida pero nosotras no las dejamos.

—¿Y por qué habríamos de “dejarlas”? —preguntó Antonia.

—Porque están enjaretadas con nosotras y nosotras con ellas —Emilia devolvió los papeles arrugados dentro del tomo grueso y aventó este a la cama—. Sabina... la abuela Sabina... hizo un conjuro o un hechizo o un algo pero lo dejó a medias.

—¿Y tú cómo sabes de eso? Nadie en el pueblo habla de ello. No hay pruebas. No hay evidencia. Nadie platica de frente lo que pasó —refutó Antonia.

—Los hombres platican —aclaró Emilia—. Los hombres de los pueblos colindantes, ya tomados, que no saben que eres nieta de la loca Sabina, platican.

—¿Y qué dicen? —preguntó Carmen. Hasta ese momento, había estado sosteniendo la respiración.

—¡Pendejadas, gorda! —interrumpió Antonia—. Pendejadas son lo que dicen.

—Dicen que encontraron un cuerpo aquí en esta misma casa —dijo Emilia, ignorando a Antonia—. Que la abuela tenía aquí alguien que la había contrariado. Que lo sedujo y lo mató que porque estaba convencida de que necesitaba la sangre del enemigo para completar el conjuro.

—¿Era el abuelo? ¿Su esposo? —preguntó Carmen.

—Dicen que nunca se casó. Y no hay registro de matrimonio en el Ayuntamiento de la cabecera municipal —dijo Emilia.

—¿Entonces cómo...?

—Gorda tan pendeja —interrumpió Antonia a Carmen—. No necesitas marido para tener raza. Ni que no vieras a los animales cada temporada.

—Le hacían falta los dentros —continuó Emilia—. Los órganos. De todo lo demás estaba intacto. Pero Sabina había utilizado los dentros para hacer un caldo, un menjunje, para amarrar las voces. Nomás que no tenían todos los ingredientes y se quedaron a medias. Les faltaba uno más. Pensaron que el ingrediente principal era la lluvia, pero no fue así.

—¿Qué les faltaba? —preguntó Carmen.

—Asafoetida —dijeron Antonia y Emilia al mismo tiempo.

La ventana tintineó contra el impulso del viento. Carmen levantó el libro que Emilia había tirado hacia la cama. Sentía la necesidad de abrir la ventana y saber la opinión del viento. El tomo viejo, con la “A” despintada, tenía una textura reconfortante. Era un libro de plantas. No tenía ni una mención de instrumentos o animales. Los únicos lugares mencionados eran en referencia a la localidad de cada hierba.

Carmen dejó de hojearlo cuando comenzó a pensar en el pozo que tenían yendo al corral.

Emilia sacó un frasco de vidrio con hojas machacadas. El color, entre café y mostaza, apenas se alcanzaba a ver. Carmen luchó contra el impulso de correr las cortinas para que entrara la luz natural a la habitación. Y de una vez, dejar pasar al viento también.

—Es la planta que me fui a buscar todos estos años —dijo Emilia, alzando el frasco—. La encontré a las pocas semanas. Pero luego las voces querían más hierbas. Querían que aprendiera a crecerlas. Entonces me fui más lejos y más lejos, hasta que dejé de oírlas. A las voces —Emilia

pausó un momento—. Allá— su mano apuntó hacia una dirección incierta— allá hay un silencio que nunca había conocido. El viento no tiene timbre de mujer.

—¿Y cómo supiste que era tiempo de regresar? —preguntó Antonia.

—De la misma que supe que tenía que irme. Las voces me dejaron un mensaje entre sueños. Que estaba enferma mi madre. Y que había que hacerle un remedio.

Carmen y Antonia se miraron. Nunca habían hablado, así de frente, de la verdad que ambas sabían. Una cosa era oír la voz en el viento y otra darle nombre.

—Supe de una señora, cuando estaba en mis viajes —continuó Emilia—. Ella me enseñó a preparar las hierbas, a distinguirlas, a crecerlas. Me dijo que todo empache tiene una cura. La abuela Sabina nos enjaretó con el viento, pero podemos curarnos de las voces. Nosotras, Sabina, nuestra madre. Todas. Lo que tenemos que hacer es encontrar la receta del menjunje y revertir lo que ella hizo.

—¿Y cómo vamos a curar a nuestra madre de lo que tiene ahorita? ¿Del achaque que le dio? —preguntó Antonia.

Carmen alzó el frasco que había traído consigo desde Tepacaltita. —Yo traigo un remedio temporal —dijo—. Me lo dio doña Esther, la yerbera. Dice que conocía a nuestra madre. Y también dice... —Carmen miró a Emilia, reconociendo que su sospecha aminoraba al ver su premura por ayudar a su madre— También dice que la cura está en el recetario que dejó la abuela Sabina. Nomás tenemos que hallarlo.

—¿Entonces hacemos dos remedios? —preguntó Antonia—. ¿Uno para lo que tiene mi madre y otro para nosotras?

Carmen y Antonia miraron a Emilia, esperando una respuesta.

Emilia se encogió de hombros. —Honestamente, no...

El viento volvió a golpear contra la ventana. Esta vez, Carmen rompió la formación del triángulo entre ella y sus hermanas y empujó el marco unos centímetros, los suficientes para sentir que sus ideas se aclaraban.

—Es el mismo menjunje —dijo desde la ventana—. Nosotros lo tomamos de manera preventiva y mi madre, como antídoto.

Emilia tomó un paso precavido detrás del escritorio. La voz del aire entraba al cuarto acompañada del viento. —¿Antídoto de qué? —preguntó.

—Dice doña Esther que no le dio ningún achaque de nada, que a nuestra madre la envenenaron —informó Carmen.

—¿Quién? —preguntó Antonia desde la puerta.

Carmen permaneció callada unos momentos. Emilia tuvo la sensación de que esperaba escuchar la respuesta en el aire.

—No sé —dijo Carmen al fin—. Nomás hacía referencia que la luna y el potro eran la pista.

Antonia comenzó a caminar el largo de la habitación con el rifle todavía en su mano. Repasaba la información en su cabeza, tratando de identificar alguna pista que no habían considerado. Pero su madre no le hacía daño a nadie. No era cordial, pero no era una amenaza. ¿Quién iba a querer hacerle daño?

—Bueno, primero lo primero —dijo Emilia—. ¿Alguien sabe dónde está ese recetario?

Capítulo 9: La luna y el potro

La mano delgada de Sabina apretaba los dedos de Antonia mientras caminaban hacia la Hacienda de los Macías Pérez. Era muy temprano para andar haciendo visitas pero doña Hortensia ya las esperaba.

Le había dicho a Antonia que entre más temprano, mejor. Así los desquehacerados no andaban nomás viendo desfilar a las hijas de Rosaura de León los tres kilómetros de ida y otros tres de vuelta que hacían de puerta en puerta.

Antonia había despertado a Sabina desde temprano, con permiso de Emilia, para que la acompañara en el recorrido. La niña ya había estado muchos días encerrada en casa, pegada de con Rosaura y temerosa a que le diera otro achaque.

Entre las tres mayores pudieron al fin alzarla del catre en el suelo y llevarla hasta su cama, abriendo todas las ventanas para que ventilara el olor a hierba de los menjunjes de Emilia. Sabina les hizo saber que sentía muy encerrada la casa, con tanta puerta y ventana atrancada, y todas coincidieron en permitir, aunque fuera por vez única, que los interiores volvieran a ver la luz natural del día.

Antonia apuraba su paso, jalando a Sabina consigo, haciendo lo posible por no pensar en las palabras de Emilia. Su hermana había esperado hasta que todas estuvieran dormidas para ir a buscarla a su cuarto.

—China —había susurrado Emilia—. ¿Tú conoces a doña Esther?

—Es una yerbera —contestó Antonia con seguridad. Acomodó la almohada para ver a Emilia mejor en la oscuridad de la habitación.

—Sí pero, ¿tú la conoces? ¿Has sabido de ella? ¿La has visto en el pueblo?

—Carmen la ha visto —reafirmó Antonia.

Emilia no se había visto convencida. —China...

Antonia recordaba esa voz. La voz de Emilia implorando para que entendiera. Había algo que su hermana no le decía. Antonia hizo a un lado las colchas y se sentó sobre la cama. —¿Qué? —preguntó.

Emilia se veía contrariada. Apretaba los nudillos de sus manos hasta hacerlos tronar. — Carmen está más enjaretada con las voces que cualquiera de nosotros —dijo al fin.

Antonia hizo lo posible por no reírse para no despertar a las demás. —Flaca tan pendeja — le dijo—. Si todas estamos igual de desquiciadas.

—China... —la voz de Emilia volvió a implorar, no se alzaba más alto que un susurro—. Escucha el timbre del viento. ¿No se te hace conocido?

Antonia ya no quiso platicar más de eso. Sentía que estaban invocando a algo. A alguien. En todos los años que se había ido Emilia del pueblo, nunca le habían dado nombre a eso. A la bruma, al viento, al timbre. Y Emilia llegaba con santo y seña de todo.

Antonia apretó la mano de Sabina y enderezó su rebozo. Quiso enfocarse en la frialdad en el aire, en el esfuerzo de cada paso, en la respiración entrecortada de Sabina a su lado. La mañana todavía no llegaba y la tierra del camino quedaba marcada con su andar.

Al llegar a la Hacienda, Antonia puso a un lado las conversaciones con Emilia, las instrucciones de Carmen y la imagen del rostro enfermo de su madre. Estaban ahí para cubrir una necesidad. Entraban, aceptaban la ayuda, daban las gracias y sanseacabó.

Antonia se detuvo un momento antes de abrir el portón que circundaba el terreno de la Hacienda y alzó la vista al cielo. El clima llevaba raro ya varios días. En vez de llover, las nubes, cargadas, se mantenían a ras del suelo entre los árboles. Antonia secó su rostro del rocío en el ambiente y con su rebozo secó el de Sabina también.

—No te me vayas a despegar —le dijo a la niña—. Si doña Hortensia quiere hablar conmigo en privado, no vayas a andar merodeando por corredores en casa ajena. ¿Me oíste?

—Sí, china.

—Y al puro mandeusted. Si alguien te pregunta a qué vamos, tú le dices que vienes conmigo y sanseacabó. Nada de andar dándole reportes a gente ajena. Nada de que nuestra madre está enferma ni de que Emilia volvió ni de que no tenemos para un médico.

Antonia apretó el rebozo alrededor del cuerpo de Sabina.

—Esta pinche gente malnacida —susurró Antonia para sí.

—¿La del pueblo? —preguntó Sabina.

—La del pueblo y nosotras también. Menos doña Hortensia, que es la única con amor y temor a Dios.

Antonia apretó la bolsa de triques que llevaba consigo. No había manera de saber cuántos días más iba a estar enferma su madre y a pesar de que buscaron en cada esquina y rincón de la casa, no pudieron encontrar el guardadito de dinero que Rosaura siempre tenía por ahí en caso de un percance.

Antonia cerró el portón tras de sí y, junto con Sabina, se dirigió hacia la casona construida, desde al menos dos o tres generaciones atrás, en lo más alto de la colina. El guamúchil, alto y macizo, estiraba sus ramas por encima del techo, justo en el patio del centro.

La Hacienda, siempre bulliciosa y ajetreteada, se veía rara en ese estado tan tranquilo. Además de ser temprano, más de la mitad de los peones se habían ido a la siembra, como era tradición. Tal como había hecho su padre. Sólo quedaban, en su mayoría, mujeres y niños.

Antonia y Sabina dieron la vuelta hasta llegar a la puerta de servicio. Antonia tocó sólo dos veces, como había sido instruida, para no despertar a todos los criados de la casa. Chuya, la muchacha de mayor confianza, abrió la puerta de roble uno centímetros y asomó el ojo derecho.

—Somos nosotras —susurró Antonia—. Las muchachas de doña Rosaura.

Chuya tardó un momento en levantar la puerta pesada, tomando especial atención en que no hiciera ruido.

—Por ahí cabemos —le dijo Antonia en cuanto vio que el espacio era lo suficientemente grande.

Chuya se hizo a un lado para tomar la lámpara de la mesa y dejarlas pasar.

Al entrar a la casona, cuya cocina era más grande que toda su casa entera, Sabina se aferró a Antonia, quien la sostuvo con un brazo y, con el otro, apretaba la bolsa de triques.

—La señora las está esperando en la oficina —susurró Chuya mientras guiaba el camino.

Sabina observó la Hacienda con asombro. Ni siquiera la escuela era tan grande. Toda la pared estaba cubierta de azulejo. Por el patio corría aire fresco. La fuente del centro generaba una melodía armoniosa. El agua caía, despreocupada, desde la punta hasta el estanque. El guamúchil al lado de la fuente, grueso y erecto, parecía que custodiaba el barro que formaba la fuente.

Chuya abrió la puerta de la oficina con el mismo cuidado con el que abrió la de la cocina. Dejó el espacio suficiente para que entraran Antonia y Sabina y después depositó la lámpara sobre una mesita en el corredor.

—Aquí les dejo pa cuando se desocupen —susurró Chuya—. Voandar dízque barriendo el patio. No se me vayan a tropezar.

—Muchas gracias, Chuya —susurró Antonia con sinceridad antes de entrar a la oficina con Sabina y cerrar lo que ahora sería la tercera puerta de la Hacienda tras de sí.

La oficina, amplia y extensa, tenía una pequeña sala de estar antes de dar lugar al escritorio que ocupaba la parte posterior del espacio. Detrás de éste, la pared entera estaba cubierta por miles de ejemplares.

Antonia saludó a doña Hortensia de manera cordial y tomó asiento en uno de los sillones de la sala junto con Sabina sin poder despegar los ojos de tantos libros.

Seguramente así eran los espacios que Emilia había visitado en sus viajes. Así habrán de ser las bibliotecas de la ciudad.

—Puedes llevarte el que gustes —le dijo doña Hortensia.

Antonia se sintió sonrojar.

—Perdón doña Hortensia. Es que nunca había visto tantos libros en un solo lugar —dijo.

—A mi abuela le encantaba leer —dijo doña Hortensia y, sonriendo hacia Sabina, añadió: —Ella también tenía los ojos azules.

Antonia dejó de mirar la pared llena de libros y observó a doña Hortensia. Sus ojos azules, iguales a los de Sabina, resaltaban con su cabello oscuro. Antonia observó a la niña un momento antes de volver a mirar a la señora.

Doña Hortensia dejó escapar una risa nerviosa y alisó sus faldas.

—Qué bueno que pudieron venir a estas horas —dijo—. Espero no haya sido un inconveniente.

—No cómo cree, doña Hortensia —contestó Antonia al momento—. Nosotras estamos muy agradecidas por toda su ayuda. No cualquiera en este pueblo nos extendería la mano. Bien sabemos por qué nos citó a estas horas. Usted tiene muchos empleados que luego se creen las habladurías de los abuelos y no quería darles rienda suelta para el mitote. O no fuera a ser que alguno nos hiciera una grosería en su propia casa.

Doña Hortensia sonrió, apretando los labios. Antonia parecía entender demasiado bien. Lo cierto era que tampoco quería que la gente se preguntara por qué andaba ella tan amable con las hijas de Heriberto Rosales, quien visitaba aquella oficina unas dos veces por semana “buscando a su esposo para tratar negocios”.

Antes de poder apurar la reunión, Hortensia notó que Sabina observaba la esquina de la oficina, detrás del escritorio, donde Hortensia escondía el catre para verse con Heriberto. Sintió que un sudor frío le recorrió la espalda. ¿Y si la niña sabía algo?

Antonia miró también a la esquina hacia donde Sabina tenía perdida la mirada y le dio un pequeño empujón para sacarla de su ensimismamiento.

Sabina se enderezó a su lado y alisó sus faldas.

—Aparté un dinero desde la última vez que nos vimos —Hortensia sacó un monedero de piel y lo extendió hacia Antonia, quien lo pesó en su mano.

—Es mucho—dijo Antonia, sabiendo que el monedero pesaba más de lo que pudieran valer todos los triques que llevaba en la bolsa.

—¿Ya pudieron ir a traer un médico? —preguntó doña Hortensia.

Antonia sacudió la cabeza, cerrando su puño alrededor del monedero.

—Es el pasaje de ida, el de vuelta, más la consulta y el tratamiento —dijo Hortensia—. ¿Ya dieron con tu padre?

—No hallamos si hablarle o no —confesó Antonia—. Y no hallamos a quién mandaríamos con el recado. Nosotras nunca hemos ido a la siembra.

Doña Hortensia se paró de su sillón y tomó asiento al lado de Antonia.

—Mi esposo y él son compadres —le dijo—. Estoy segura de que con gusto va a buscarlo. Hoy en la noche puede hacer el recorrido y regresar mañana mismo con su padre. Por la Isla del Río Palo Seco corta uno brecha.

Antonia cerró su puño alrededor de la mano de doña Hortensia.

—Muchas gracias, doña Hortensia —le dijo, mirándola a los ojos—. Es que usted no sabe. Desde que pasó lo de mi mamá... tres días apenas... Hemos sentido... Es que en el pueblo no hay ni con quién voltear.

Doña Hortensia abrazó a Antonia. Era la primera vez que alguien del pueblo le extendía un cariño así.

—Conocí a tu padre desde el día que llegó al pueblo —le dijo—. Y a tu madre la conozco desde que tengo memoria. Mi tía Catalina era muy amiga de tu abuela. ¿Cómo no vamos a ayudar pudiendo hacer algo?

Antonia le regresó el abrazo y le creyó. Realmente llegó a creer que doña Hortensia era una persona generosa y pura del corazón. No dudó en la bondad y generosidad de sus acciones. Tomó la bolsa de triques y la puso en sus manos.

—Es todo lo que tenemos que sea de valor —le dijo—. Si encontramos otra cosa...

—Ustedes no se preocupen —la interrumpió doña Hortensia—. Cuando su madre se ponga bien, vuelven por sus pertenencias. ¿Cómo les fue con la yerbera?

—Bien —contestó Antonia, guardando el monedero—. Carmen no tuvo ni un problema para encontrar Tepacaltita.

—Petacaltita —corrigió doña Hortensia—. La yerbera vive en Petacaltita.

Antonio apretó los dientes y sonrió. Por más que quiso, no pudo evitar escuchar la voz de Emilia que se asomaba en su mente. ¿Tú conoces a doña Esther? ¿Has sabido de ella?

Un tintineo metálico llamó la atención de Antonia. Sabina se había parado del sillón y jugaba con los dijes metálicos de un sombrero.

—Sabina, deja ahí —le dijo Antonia.

Sabina tomó el sombrero y volvió hacia el área de la sala para entregárselo a doña Hortensia.

Antonia observó los dijes metálicos. Una media luna y un caballo. Sabina la miró a los ojos, como queriendo hacer que entendiera.

—Es de mi esposo —dijo doña Hortensia, a modo de explicación—. Todavía no se levanta. Siempre lo lleva consigo cada que sale de la casa.

Antonia asintió, distraída. Había algo de ese sombrero. Algo que había dicho Carmen. De una media luna y un potro.

—Nosotras nos tenemos que estar yendo —dijo Antonia, levantándose de golpe—. No vaya a ser que luego sus criados se despierten y le empiecen a hacer preguntas.

Doña Hortensia tomó la bolsa de triques que le dio Antonia y la llevó hacia la esquina de la oficina, donde tenía escondido el catre. —Chuya las va a estar esperando en el patio —dijo.

Antonia tomó la mano de Sabina y se dirigió hacia la puerta antes de que doña Hortensia volviera abrazarla. Las sospechas que había dejado Emilia y, ahora, doña Hortensia, iban adquiriendo impulso. Antonia no podía evitar pensar que todos en ese pueblo, hasta la yerbera, estaban escondiendo algo. Doña Hortensia se veía muy nerviosa con el sombrero. Muy nerviosa con los triques. Muy nerviosa con el catre que quería esconder en la esquina de la oficina.

—Muchas gracias, doña Hortensia —le dijo—. Que Dios y la Virgen le paguen sus buenas intenciones.

Antonia salió con Sabina y tomó la lámpara que Chuya había dejado sobre la mesita. Tenía que llegar con sus hermanas. Tenía que decirles de los nervios de la doña Hortensia.

Chuya dejó de barrer el patio ya limpio y las acompañó hasta la puerta de la cocina.

—El joven las quiere ver —le dijo a Antonia—. Él las va a dirigir hasta el portón.

Antonia acomodó el monedero en su bolsa y se dejó llevar a la cocina junto con Sabina, donde el joven Roberto Macías, hijo, las estaba esperando. Ambas permanecieron un momento en el umbral antes de adentrarse en la cocina con apremio. Era importante que no las fueran a ver paradas nada más como enajenadas.

Roberto Macías, hijo, se paró en cuanto las vio entrar. Se veía que estaba recién afeitado. Su ropa, impecable de limpia, mostraba pliegues justo en el doblaje de la tela por donde había pasado la plancha. Sus zapatos, casi nuevos, estaban recién lustrados. Inclino su cuerpo para que su peso reposara sobre la pierna izquierda, aquella que no había sido aplastada en el accidente que sufrió hace años. Su pierna derecha estaba sostenida por una abrazadera metálica.

Antonia recordó el día que acompañó a su padre a comprar animales para pagar el tratamiento y la operación del Roberto. Decían las malas lenguas que también habían tenido que operarle las verijas. Medio pueblo apostaba que se hacía un soltero maduro y la otra mitad, que todavía tenía para enhebrar la aguja a la primera.

Roberto Macías se pasó una mano por el cabello.

—Supe que su mamacita estaba enferma —dijo. Extendió su mano izquierda hacia la mesa, sobre la cual había tres bolsas grandes de despensa llenas de fruta, verdura y conservas.

Antonia le hubiera agradecido ahí mismo, de no ser por la sospecha que le causaba tanta generosidad. Los Macías Pérez algo tenían entre manos. Ya era mucho de estar tan buenagente.

—Es mucha despensa —dijo Antonia, acercando a Sabina a su cuerpo.

—Es lo menos que podemos hacer —dijo Roberto Macías.

—Ustedes no tienen por qué hacer nada —contestó Antonia. Y luego añadió con más suavidad en su voz—: Nosotras estamos muy agradecidas con su familia.

Roberto Macías, hijo, volvió a pasar su mano por su cabello antes de posar los ojos en Sabina. Antonia observó cómo, con muestras de nervios, sonrió hacia la niña y agachó su cuerpo para dirigirse a ella. La abrazadera de la pierna derecha tronó un poco cuando se inclinó sobre ella.

—¿Tú eres Sabina? —preguntó Roberto Macías, sabiendo la respuesta.

Sabina asintió sin soltar la mano de Antonia.

—Me dijeron que te gustaban las muñecas. ¿Es cierto?

Sabina sonrió hacia Roberto Macías, hijo, quien tomó la reacción de la niña como invitación para sacar un objeto de una de las bolsas de la mesa grande que sentaba al menos 20 gentes.

Sabina soltó la mano de Antonia y resolló ante la sorpresa.

Era una muñeca. Tenía los ojos grandes, azules como ella, y un vestido pomposo de encaje. Sabina caminó hacia Roberto Macías y estiró una mano hacia la muñeca, como cerciorándose de que fuera de verdad.

—¿Te gusta? —preguntó Roberto Macías.

Sabina volvió a asentir con una gran sonrisa en el rostro. Cuando Roberto Macías le entregó la muñeca con un —Es tuya—, Sabina caminó hacia él y lo estrechó en sus brazos.

Antonia observó a ambos, a solo unos pasos del umbral. Sólo viéndolos juntos en ese momento en esa casa, con la muñeca apretada entre ambos y los ojos azules de Sabina, de doña Hortensia, y hasta de la mona, fue que Antonia pudo comprender.

Ya se le hacía demasiada bondad y su instinto nunca le fallaba.

—Cabron pocoshuevos —susurró.

Roberto Macías, hijo, levantó la vista, soltando el abrazo de Sabina.

—Creo que deben apurarse —dijo—. Antes de que los criados despierten.

—Andan queriendo escudarse con una generosidad de a mentiras. Qué conveniente que diez años después quieras hacerte responsable con una bolsa de despensa y una muñeca —dijo Antonia.

—Emilia nunca me hizo saber...

—Emilia no ha de haber creído que fueras tan pendejo como para explicarte con peras y manzanas.

Sabina soltó a Roberto Macías y se dirigió hacia Antonia, sosteniendo la esquina de su falda.

—¡Sí sospeché que era mía! —susurró Roberto Macías, mirando hacia el umbral que daba al corredor—. Pero luego Emilia se fue siete años. Siete años. Y se me quitaron las sospechas. No pensé que se fuera a ir sin... Sin ella.

Antonia tomó a Sabina de la mano y se dirigió hacia la puerta para caminar el tramo hacia el portón.

—Ya nos vamos de esta pinche casa de culpas —dijo—. ¡Y me vale madre quién nos oiga!

Sacó el monedero del bolsillo de sus faldas y, asegurándose tomar un puño de dinero primero, lo arrojó hacia los pies de Roberto Macías.

—Ustedes no van a comprar indulgencias con nosotras. Quédense con su “caridad” comprada. Sabina. Devuélvele la pinche mona esa.

Sabina miró a su hermana con terror en los ojos. Apenas había sostenido la muñeca y ya se la querían quitar. Quiso empezar a llorar cuando Antonia la abrazó.

—Ya pues, ya pues —le dijo, suavizando su cabello—. Dame nomás uno de los zapatos.

Sabina apretó la muñeca contra su cuerpo.

—Que me des uno de los zapatos —repitió Antonia—. Uno nomás.

Sabina entregó el zapato izquierdo de la muñeca, mismo que Antonia utilizó para arrojarlo, con todas sus fuerzas, hacia Roberto Macías con un —Chinguen mucho a su madre.

El zapato le dio justo en la ceja, abriéndole la piel.

Antonia tomó sólo una de las bolsas de despensa sobre la gran mesa y se la llevó al hombro. Sabía que era orgullosa, pero no pendeja. En la casa no había comida más que la leche que daba la vaca.

Jaló a Sabina y azotó la puerta tras de sí. Que se despertaran todos los criados. Que supieran que las hijas de Rosaura de León habían estado en la Hacienda. Que preguntaran por qué la patrona y el hijo las encontraron tan temprano en la mañana, muy cambiados, muy acicalados.

Antonia apuró el paso de regreso a su casa, haciendo que Sabina tuviera que correr en tramos para poder alcanzarla.

Era mucha la preocupación. Mucha la generosidad. Ahí había culpa.

Llegando al terrenito de su casa, cuando ambas pasaron al lado del pozo de agua, fue que Antonia dio sentido a sus ideas.

Sabina se parecía mucho a doña Hortensia. El Roberto Macías, hijo, le había dado una muñeca que de seguro costaba lo que un becerro recién nacido. El señor de la casa no habrá de estar muy feliz con saber que su nieta era descendiente de la loca Sabina. Mucho menos con eso de que su padre, el viejo Rogelio, fue asesinado por manos de la loca Sabina y encontrado, hecho pedazos, en su casa.

Tantos años de decencia y temor a Dios en esa casona estaban siendo amenazados. La Hacienda nunca se había visto rodeada de tanto posible chisme, que de seguro se extendería por los pueblos colindantes.

Y la luna y el potro. No era mera coincidencia. Eran la pista. Eran la pista con la que había dado Carmen. El señor tenía motivos sobrados para tomar cartas en el asunto.

Antonia entró a la casa, tan pequeña después de estar unos minutos en la Hacienda, y buscó a sus hermanas.

Las encontró en el comedor, desayunando apenas.

—Ya sé quién envenenó a nuestra madre —les dijo con seguridad.

—¿Quién? —preguntaron Carmen y Emilia al mismo tiempo.

—El viejo Roberto Macías, padre. Esposo de la doña Hortensia.

Capítulo 10: El pozo

Carmen se detuvo en la cerca que rodeaba la casa, sosteniéndose del poste más cercano. Las púas de metal oxidadas rasparon sus dedos. Llevaban toda la mañana buscando el recetario de la abuela Sabina por todos los confines de la casa. Tuvieron que acomodar a Rosaura un momento sobre el suelo para levantar el colchón y voltear hasta la cama entera.

Sin la oposición de su madre que les dijera que dejaran ahí, las cuatro hermanas pronto cayeron en cuenta que la casa tenía más recovecos de los que pudieron haber imaginado. Había baldosas sueltas, cajones que no se habían abierto en años, muebles que había que mover para mirar detrás de ellos y el cobertizo lleno de triques que nunca habían utilizado, con pertenencias de mujeres que no llegaron a conocer.

Cuando Emilia comentó que hasta los colchones eran de una generación pasada, Antonia le dio por abrir uno de ellos pensando que tal vez ahí iba a estar el libro ese.

Mientras que sus hermanas buscaban dentro de la casa, Carmen salió a tomar aire y miró la tierra que circundaba su hogar. El pasto, el corral, los árboles, el gallinero... el recetario podía estar en cualquier parte. Tal vez hasta enterrado en la raíz de uno de los árboles.

Carmen se llevó una mano al vientre y tomó aire para no entrar en pánico al recordar la voz de doña Esther. Su mamacita no les iba a vivir hasta la próxima luna llena sin ese menjunje. Tenían que apurarse. Esa noche la luna llegaría a su cenit.

Desabrochó el botón más alto de su blusa y aireó su cuerpo con una mano. Cerró los ojos y dejó que el viento aclarara sus ideas.

Todo iba a estar bien. Tenían que buscar de manera más atenta, era todo. Todo iba a estar bien.

Sintió que una gota de sudor se desprendió de su frente y penetró la tierra bajo sus pies como gota de alfiler. Al llevarse las manos al cabello, notó que tenía la nuca empapada.

La falda, también, se adhería a sus muslos, recalcando cada contorno. Toda la ropa estaba bañada en su sudor. El aire que soplaba contra su cuerpo podía probar el dejo de sal en su piel.

Sus hermanas iban a pensar que se había metido al río.

Carmen se encorvó para inhalar profundamente. El aire penetró su cuerpo como el filo de una espada. Afilado. Metálico. Frío. Al exhalar, el aire se aferró a sus pulmones.

No quería pensar en la enfermedad de su madre. Ni en el rostro de su padre cuando regresara de la siembra con la noticia de que su esposa había fallecido. Preguntaría, lo más probable, por qué no lo mandaron llamar antes.

No tenían ni un cinco ni un conocido que accediera ir a llamarlo. Heriberto iba a terminar enterándose por terceros que su mujer estaba enferma.

Carmen se llevó una mano al ijar izquierdo, ahí también sentía la punzada del aire que no podía saciar sus pulmones. Era como si estuviera cosiendo su cuerpo con una aguja invisible, con hilo hecho de viento. Cada bocanada apretaba su cuerpo, pero no la dejaba más entera.

Carmen sintió que el único lugar al que estaba entrando el aire era en su cabeza. Sintió la ligereza entre sus sienes y se aferró al poste antes de que le ganara el mareo.

Se hincó sobre la tierra, mirando hacia el cielo, y dejó que el sol la encandilara. Quiso prestar atención a la luz que alcanzaba a ver aún con los ojos cerrados para ya no pensar en lo que podría pasar si no curaban a su madre.

Batalló unos momentos, aferrada al poste, para nivelar su respiración. Pudo dejar de jadear cuando una nube piadosa al fin se postró frente al sol.

Carmen parpadeó un par de veces para adaptar su mirada a la luz. El aire ya no le golpeaba el pecho, pero el sudor seguía vertiendo de cada uno de sus poros.

Soltó el poste para entrar a la casa y hacerles saber a sus hermanas que lo más probable era que tenían que empezar a buscar en el terreno alrededor de la casa.

Al caminar, notó que sus pasos dejaban una huella de lodo a su deriva. Miró al cielo, sólo estaba esa única nube piadosa frente al sol. El día no estaba lluvioso, ella era la que llovía.

Sentía que su piel era como una nube de carne. El cabello serpenteaba, mojado, por su espalda. El lodo del suelo comenzó a llegarle hasta los tobillos. No dejaba de chorrear sudor.

Carmen pisó con cuidado, observando cómo sus pies se sumergían en la tierra cada vez más. Al quinto paso, ya no pudo zafar su pisada.

Se encorvó para desatar uno de los huaraches. Tocó el lodo con sus manos y sintió un puño moreno bajo sus pies en vez de tierra mojada. Carmen se paró al momento, jalando sus pies consigo. El impulso del tropiezo la hizo dar varios pasos hasta que su hombro golpeó contra un muro de piedras que le llegaba al pecho.

Había dado contra el pozo.

Se aferró a la orilla, apretando las piedras con sus manos hasta que le dolieron. Ya no pensaba en el aire que no podía nivelar. Pensaba en el sudor copioso que salía de cada poro de su piel. Observó los hilos de agua que serpenteaban el reverso de cada mano.

No podía caminar hacia la casa. Necesitaba primero respirar. Respirar y soltar el pánico que sentía la dominaba.

Carmen notó cómo una sombra más grande cubrió el terreno de la casa. Una segunda nube se había detenido frente al sol.

La sombra hizo que pudiera pensar con más claridad. Iba a estar bien. Todo iba a estar bien, se repitió una y otra vez. No supo si estaba hablando en voz alta, pero escuchó su propia voz en el vaivén del viento.

Cerró los ojos y permitió que el aire la rodeara. Se concentró en la sensación que el agua y el viento causaban contra su piel. Sus brazos se erizaron del frío; eran como la sierra con las miles y miles de colinitas que la conformaban.

Carmen tomó la cubeta vieja atada a la soga que pasaba por la polea y la tiró dentro del pozo. No parecía un lugar sensato, pero ya estaba ahí y tal vez sería mejor buscar de una buena vez antes de ponerse a cavar al lado de los árboles.

En vez de jalar la soga de inmediato, hizo que la cubeta serpenteara por la superficie y las orillas del pozo. Trató de identificar si golpeaba algún objeto que pudiera estar ahí dentro.

Carmen jaló la soga para sacar la cubeta y observó su contenido.

Agua. Pura agua.

Volvió a lanzar la cubeta dentro del pozo.

Dos. Tres. Siete veces.

Los brazos comenzaban a protestar. Las palmas de la mano estaban ya sensibles por el contacto con la soga. Tendría ampollas el día siguiente.

Carmen volvió a sentir que el sudor emanaba de su cuerpo. Hacía que su ropa se adhiriera a su piel. Los huaraches enlodados la mantenían anclada a la tierra.

Inclinó su cuerpo sobre el muro del pozo, tratando de distinguir si alcanzaba a ver la superficie del agua. O el interior de la pared. Tal vez el recetario estaba escondido entre algunas de las piedras.

Entonces, lo escuchó. El llanto de un niño.

Carmen se aferró al muro y observó con detenimiento. La superficie del agua había dejado de ondear.

Buscó las comisuras del pozo. Ahí no había un niño. Ella sabía que no podía haber un niño.

—¿Hola? —su voz campaneó entre las paredes del pozo hasta volverle a llegar.

Carmen fijó la vista en el interior del pozo, inclinando medio cuerpo sobre el muro.

Pudo mirar su reflejo. Tenía el cabello mojado. Sus hombros llevaban un vaivén por la respiración entrecortada.

Una gota de sudor recorrió su rostro hasta llegar a su labio, donde se desprendió. Carmen la observó penetrar el agua como alfiler.

Una ola diminutiva, casi imperceptible, volvió a interrumpir la quietud de la superficie. Carmen esperó a que el agua volviera a desarrugarse. Miró su rostro en el agua. Miró el movimiento de sus hombros, más acompasados. Y, detrás de ella, la luna.

Carmen enderezó su cuerpo y tornó la vista hacia el cielo. Un puñado de nubes franqueaban el horizonte, eclipsando la luz del sol. Entre todas hacían una masa grande de algodón grisáceo.

Carmen volvió a observar el agua del pozo y estudió su reflejo. A su lado pudo distinguir una figura; la silueta de alguien con cabellera suelta y seca que enmarcaba un rostro indistinguible la acompañaba en el reflejo. Carmen se inclinó todavía más sobre el muro de piedra. Había algo en su propio rostro, en su propia mirada.

Veía claramente a la luna sobre su hombro izquierdo, a la silueta a su derecha y, en su propia mirada, una neblina que cubría sus ojos, como dos cataratas que la hacían ver con claridad.

Distinguió, en los ojos de su reflejo, una isla que se levantaba en la bifurcación de un río. Los árboles secos y caídos rodeaban un claro de tierra roja.

Vio que tres figuras esperaban entre los árboles, en el claro al lado del río. Tenían una olla grande sobre la lumbre. El caldo hervía esperando el último ingrediente.

La sombra de un jinete sobre un caballo entró al claro. Lo único distinguible era el sombrero color paja con una mancha de sudor amarilla, una franja negra y dijes de plata que centelleaban en la oscuridad. Una media luna y un potro.

Carmen observó que una de las tres figuras alzó un rifle. Sintió que propias manos, sensibles por jalar la soga del pozo tantas veces, se cerraron alrededor del metal. Sintió la culata sobre su hombro derecho. El impulso del tiro impactó contra su hombro.

El jinete dobló su cuerpo, tratando de detener el borbotón de la herida. El caballo, asustado, relinchó y tumbó al jinete.

Dos de las figuras arrastraron el cuerpo hasta la olla. La tercera pasó la navaja desde el pubis hasta el esternón. Metió las manos a las entrañas y las depositó dentro de la olla.

Las tres figuras untaron el menjunje sobre el lado derecho de la cuarta silueta, tendida en el suelo, y se lo dieron a tomar ¿Era esa su madre?

La figura del suelo comenzó a alzarse.

Carmen se percató de que había una luz que salía del pozo. Estaba amaneciendo. Antes de que saliera el sol, la silueta ya estaba de pie. Dio unos pasos ella sola.

Carmen se llevó una mano al vientre y respiró con tranquilidad. La visión había sido clara. Su madre se iba a poner bien. El menjunje tenía que estar listo antes del amanecer.

Dejó de observar la mirada con cataratas de su propio reflejo al notar que la cabellera a su lado asintió justo cuando ella más tranquila se sentía. Iban a salvar a su madre.

A pesar de nivelar su respiración, Carmen no había podido dejar de sudar. Sentía que la transpiración la estaba inundando. Que la ropa le estorbaba.

La cabellera reflejada en la superficie del agua estrechó una mano hacia ella, inclinándose sobre la pared del pozo.

Carmen sintió una pesadez en su cuerpo. El sudor la estaba rodeando de agua, como si estuviera nadando.

La cabellera apuntó hacia ella desde el muro del pozo.

Carmen alzó su mirada y se sostuvo de la pared para descansar. Se estaba fatigando de nadar. Curiosamente, el agua de su sudor no sabía salada. Sabía a agua limpia.

Carmen miró hacia donde apuntó la silueta. Había una mancha verde debajo de ella.

El recetario.

Cuando Carmen se percató de lo que tenía bajo sus pies, otras dos siluetas con cabellera acompañaron a la primera.

Carmen tomó una bocanada de aire con voces antes de zambullirse.

Hizo lo posible por alcanzar el fondo del pozo. Estiró el cuerpo y nadó hacia adentro, sintiendo el peso del agua.

Su cuerpo comenzó a protestar. Necesitaba aire. Aire con voces.

Al estar a punto de volver a la superficie, sus dedos tocaron otros dedos. Dedos con forma de páginas.

Carmen cerró su puño alrededor del lomo de un libro.

Utilizó las últimas fuerzas que le quedaban para impulsarse contra el fondo del pozo. Al romper la superficie, tomó una bocanada de aire y se aferró a la pared interior.

Al alzar la mirada, notó que había una sola persona inclinándose sobre el muro.

Ya no estaban las demás cabelleras.

Carmen juraba que había visto más. Que había estado nadando en su propio sudor.

—Carmen —escuchó su nombre sin susurros—. Carmen, chingado. Hazme el puto favor.

—¿Qué pasó? —otra voz, desde la casa, gritó en dirección suya.

—Esta pendeja que se echó a nadar encuerada en el pozo.

A la primera silueta la acompañó una segunda.

Antonia y Emilia.

—¿Carmen, estás bien? —preguntó Emilia.

Antes de poder contestar, Carmen tosió agua de pozo. No supo cuánto tiempo había estado ahí dentro, ni cómo había hecho para llegar ahí sin lastimarse.

El cielo, claro y azul detrás de las figuras de sus hermanas, no tenía ni una sola nube. La luna no se alcanzaba a ver por ningún lado.

—¿Y ahora cómo te sacamos? —preguntó Antonia.

—Hay que deshacer el nudo de la cubeta y aventarle la soga —sugirió Emilia.

—Si mi madre no se muere del achaque, se muere al enterarse de esto —Antonia susurró para sí.

Carmen alzó el libro que había encontrado. No se preguntó, hasta el día siguiente, cómo era que las páginas seguían secas.

—¡Encontré el recetario! —gritó desde los confines del pozo.

Capítulo 11: La isla del Río Palo Seco

Carmen se detuvo en la bifurcación del sendero.

El seseo en el aire había incrementado con la llegada de Emilia.

Ya no había silencio en la casa. Siempre estaban platicando todas. Sus hermanas y las demás.

Tenían las ventanas abiertas a todas horas. El viento entraba y salía a su gusto. Entraba y salía a su gusto.

Carmen se preguntó qué pensaría su madre de aquello, si pudiera pararse ese mismo día y ver su casa abierta de par en par, como invitación para todo el mundo.

Pensar en su madre la hizo dar un paso en dirección a Tepacaltita. Su madre se iba a curar. Ese mismo día le iban a dar el menjunje.

Tenían las piezas. Tenían las instrucciones. Tenían los ingredientes.

Carmen se detuvo al ver el pequeño tejabán al final del camino. No estaba del todo segura si el guamúchil había tenido tanto fruto la última vez. No recordaba haber visto gallinas. La madera, aunque caída, se veía más entera.

—¿Vas a quedarte parada ahí?

La voz de doña Esther tronó como látigo.

Carmen apretó el recetario contra su cuerpo. La piel del lomo se aferraba a sus dedos. Puso parte del peso contra su cintura, abrazándolo como recién nacido. Iba a tranquilizarlo, pero recordó que era el tomo de un libro viejo.

Sólo el tomo de un libro viejo.

Lo separó de su cuerpo, sintiendo el esfuerzo en sus brazos casi de inmediato.

—Disculpe, es que...

—Te ensimismaste, nomás... —dijo doña Esther.

Carmen asintió. Dejó que la forma del recetario volviera a acurrucarse en su cuerpo. Iba a informarle a doña Esther que había encontrado el recetario, que había dado con él en el pozo. Que tenía cartas y palabras y mil cosas más del puño y letras de su abuela Sabina y de su madre antes de ella y de su madre de ella también.

Pero la mujer que tenía enfrente era diferente. Su cabello, grueso y plateado, le llegaba hasta la cintura. Tenía las mismas arrugas pero la espalda ya no curveaba. Ya no miraba el suelo al caminar.

—Perdón, es que... —Carmen retrocedió un paso. Alzó la vista. Estudió el lugar—. Busco a la señora Esther.

La anciana soltó una carcajada chimuela. Se detuvo su vientre con sus manos, como si se le fuera a deshacer. Su risa hizo que se mecieran las ramas de los árboles vecinos.

—Mija, no me había reído así desde hace un centenar de cosechas —doña Esther giró su cuerpo y se dirigió a su casa—. Pásale que tenemos el tiempo contado.

Carmen dudó un momento. Vio el cabello de doña Esther desaparecer dentro del tejabán al entrar a la sombra.

Miró detrás de sí, al sendero que la había guiado. ¿Qué le iba a decir a sus hermanas? ¿Que no le halló al libro porque algo estaba raro con doña Esther?

¿Y nosotras qué tenemos de normal?, le preguntaría Antonia. Si la doña se quiere pintas las greñas, le pintamos las uñas también.

Carmen apapachó al recetario y entró al tejabán detrás de doña Esther. Su madre se curaba ese mismo día.

—Tráete una cubeta y siéntate —le instruyó la vieja.

Una mesa llena de veladoras se encontraba justo en el centro del espacio. Tenía la superficie cubierta de cera derretida. El humo de las llamas se alzaba hasta el techo; llegaba a tomar forma del cuerpo de una mujer joven que bailaba con los brazos alzados.

Carmen volteó una cubeta cerca de la puerta y la usó como silla.

Doña Esther se sentó frente a ella. Su rodilla afilada casi tocaba con la suya.

—Dime, pues. ¿Cómo está tu mamacita?

Carmen balanceó el recetario con cuidado sobre sus piernas.

—Se puso mejor cuando llegó Emilia. Le dio a morder una yerba o una rama de algo, no sé. Pero fue un momento nada más. Hoy volvió a amanecer mal. Le dio otro achaque en la madrugada. Tiene el lado derecho caído. Como si estuviera derretido. Tiene los ojos abiertos, pero no ve. Mi padre no está. Pero dejó la carreta. Tal vez habría que llevarla a...

—¿A dónde? A ningún lado —el látigo en la voz de doña Esther volvió a golpear el aire—. Ustedes que mueven a su mamacita de su casa y ella que no se les cura.

Carmen quiso protestar, pero no encontró sus ideas.

—¿O cómo le iban a hacer? —preguntó doña Esther—. ¿La iban a pasear por el pueblo de casa en casa? ¿Pa que fuera entretenimiento de la gente?

Carmen asintió. Doña Esther tenía razón. Eso iba a ser lo último que hubiera querido Rosaura.

Tomó un suspiro largo. Dejó que el olor a cera, a humo y a vieja le llenara los pulmones. Se les estaba acabando el tiempo.

—Vengo a mostrarle el recetario —dijo con voz decidida—. Tenemos todos los ingredientes. Estamos las tres piezas. Nomás que no sabemos cuál receta hay que seguir.

Doña Esther alzó sus manos, en señal de invitación. Sus dedos, como ramas de madera seca, apuntaron hacia Carmen.

Carmen sintió que el peso del recetario sobre sus piernas se inclinó hacia doña Esther. Lo tomó en sus manos y se lo entregó a la vieja.

Doña Esther lo acarició entre sus brazos.

—Te había extrañado, vieja —susurró.

Carmen observó el encuentro. Miró el cariño en el gesto. La sonrisa en la mirada. La ternura en el abrazo. No pudo dejar de pensar en Antonia y Emilia. Por más que quiso evitarlo, la familiaridad de sus hermanas venía a la mente.

—Vamos viéndote, vamos viéndote —le dijo doña Esther al recetario.

Hizo a un lado las veladoras, sin importarle cuáles caían al suelo, y depositó el libro sobre la mesa.

Carmen vio que doña Esther se paró ante él, erguida y firme. Las manos ya no se contorsionaban. A la luz de la veladora, pudo ver una cicatriz en el nudillo del pulgar. Los pliegues de las arrugas ya no la escondían.

Doña Esther abrió el recetario y acarició sus páginas, como masajeando la piel.

El humo de las veladoras llenó el espacio. Carmen apenas podía distinguir el cabello plateado de la anciana.

Pero al recetario, al recetario lo veía con claridad. La letra en caligrafía era más clara ahí, en la oscuridad del tejabán.

Carmen se paró al lado de doña Esther, viendo sobre su hombro.

La vieja ojeó cada receta. Pasaba su dedo índice desde la primera hasta la última palabra. Su uña casi se confundía con el cutis de alabastro de la página. De no ser porque la miraba

fijamente, Carmen habría pensado que sólo la tinta tatuada en las hojas marcaba el paso de la lectura.

—Esa, mire —susurró Carmen.

Doña Esther dejó de pasar las páginas.

—¿Qué con esa? —preguntó.

—Creemos que esa receta cura lo que tiene mi madre. Lo que tenemos todas.

Esther leyó la receta con cuidado.

—Está incompleta —dijo con certeza.

—¿Cómo incompleta? Tiene hasta los síntomas de mejora —refutó Carmen.

—Esta receta es la que quiso seguir tu abuela Sabina. Pero la dejó a medias. La receta la dejó a ella a medias. No se pudo curar después del choque en el Cerro del Campanario. No había que esperar agua de lluvia. Era agua de río. También necesitaba más gente; todas se asustaron al final. Y no había que dejar enfriarse el último ingrediente. Tu abuela esperó días.

Carmen se acercó un poco más al recetario.

—¿Cuál último ingrediente? Emilia dice que le encontraron un muerto. Pero eso es de otra receta. Mire, está marcada...

—¡Te digo que esta cura a su madre! ¿O vas a dejar que se muera?

Carmen calló al momento. La voz de la anciana se parecía mucho al seseo del viento.

El recetario tiritó bajo las manos de Esther. Carmen sintió la necesidad de protegerlo.

—Si esta es la receta, entonces se la llevo a mis hermanas —dijo.

Doña Esther asintió. Tomó la hoja de la receta y la arrancó del lomo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Carmen.

—Enderezando un error —contestó doña Esther.

La vieja tomó una pluma de tecolote y comenzó a escribir sobre la página arrancada. Su letra tosca contrastaba con la manuscrita y ágil de la abuela Sabina.

Carmen observó cómo doña Esther agregaba instrucciones. Hablaba de un solo ingrediente para agregar al caldo ya hecho, del veneno que había causado el mal. Hablaba de vísceras. De la mezcla del caldo bajo la luz de la luna.

Carmen recordó lo que había leído del recetario. Ese veneno pertenecía a otra receta. No estaba segura, pero lo había visto en otra receta.

—Listo —anunció doña Esther con prisa—. Llévaselo a tus hermanas.

Antes de que Carmen acurrucara el recetario nuevamente entre sus manos, observó cómo la vieja acercó la hoja con las correcciones ante la llama.

La lumbre recibió la hoja con gusto. La apapachó y la hizo cenizas.

Doña Esther pasó las hojas con la mano que tenía la cicatriz en el pulgar hasta llegar a la última, en blanco. La receta modificada iba apareciendo sobre la página, con el puño y letra de la abuela Sabina. Los últimos cinco renglones mostraron la escritura tosca, como la de un niño, de la mano de doña Esther.

—Ahí tienen —doña Esther tomó un paso atrás, permitiendo que Carmen se acercara.

Carmen hojeó el recetario con detenimiento. Ahí estaba la receta que doña Esther había dicho estaba incompleta. No había una página más, ni una menos. Como si la hoja no hubiera sido arrancada. Aunque Carmen había visto. Vio con sus ojos que la arrancó.

Doña Esther se acercó con cautela, como midiendo sus dudas.

—Esta es la receta que necesitan —dijo con voz suave a Carmen—. No dudes, niña. Tu mamá no cayó enferma. A tu mamá la envenenaron. Y el cuerpo del veneno es lo que la va a curar.

—¿Cuál cuerpo? ¿De un animal?

—De la luna y el potro —dijo doña Esther con certeza—. Pregúntale a Antonia. Antonia va a saber quién es. Las va a estar esperando en la isla con el claro, justo cuando tengan todo listo. Emilia tendrá todos los demás ingredientes entre los tiliches que trajo.

Carmen cerró el recetario y se lo llevó a su mejilla. No iba a dejar que nunca más le hicieran daño.

—¿Y esto cura a nuestra madre? —preguntó—. ¿Nos cura a nosotras?

—Esto va a enderezar los errores de hace años —afirmó doña Esther.

—¿Y si se despierta? —preguntó Emilia.

—No se despierta —aseguró Antonia.

Emilia no se vio convencida.

—Tiene el sueño pesado —explicó Carmen, refiriéndose a Sabina—. A menos que alguien la mueva, no se va a despertar.

Habían dejado la casa de su madre y caminaban en la oscuridad desde hacía veinte minutos. Carmen se detenía cada par de metros, mirando al cielo.

Doña Esther había dicho que la receta se cocía bajo la luz de la luna. Ahí no había ni una estrella. Las nubes espesas tapaban el cielo como sábana. De no ser porque conocían el camino, ya hubieran tropezado varias veces.

Emilia era la que iba más lento, midiendo sus pasos ante la oscuridad. La olla grande, llena de frascos y hierbas, entorpecía su camino. Tanto viaje por el mundo la había desacostumbrado al trabajo de carga. Carmen llevaba el recetario sobre un brazo y un neceser lleno de ingredientes en

la mano contraria. Antonia morcaba el camino con el rifle en una mano y un hacha en otra. Ella también balanceaba un neceser con ingredientes. No necesitaba de la luna para guiarse, seguido llevaba a los animales a pastear cercal del Río Palo Seco.

Al llegar al banco se detuvo un momento para esperar a sus hermanas. La bruma era tan espesa que casi no se distinguía del río. Salía del agua, arrastrándose como recién nacido, hasta llegar a sus pies.

—¿Aquí es? —preguntó Antonia.

—Aquí es —afirmó Carmen—. La vieja dijo que se necesitaba agua de río. Y la luz de la luna. Y un claro para que la luna tocara la cocción... Dijo que aquí nos iba a estar esperando el veneno...

Las tres hermanas se dieron la espalda para poder ver en todas las direcciones.

La bruma aprovechó para fijar sus pies en la tierra e impedir su regreso. No lo sabían, pero ya no iban a poder retroceder de haber intentado.

—No veo nada —dijo Emilia.

—Es el último ingrediente —dijo Carmen, refiriéndose al veneno—. Tal vez aparezca cuando terminemos la cocción.

Antonia suspiró y apretó sus puños contra el metal frío del rifle y las astillas del mango del hacha. —Pues vamos terminando ese pinche menjunje... Antes que se nos muera Rosaura.

Tomó el primer paso hacia el río y sintió la corriente como una jalea de agua viscosa. El río llegaba a sus rodillas y la llevaba hacia el banco de la isla. Antonia iba a retroceder cuando ya había cruzado. Pisó la tierra con firmeza y se hizo a un lado para dejar pasar a Carmen y, después, a Emilia.

—Aquí no hay bruma —susurró.

La isla del Río Palo Seco se alzaba entre el espacio donde el río bifurcaba y volvía a encontrarse, quince metros corriente abajo. Todos los árboles que alguna vez dieron vegetación a ese pedazo de tierra habían sido golpeados por rayos tantas veces que sólo se erguían los esqueletos raquíticos de sus troncos. Las manchas quemadas formaban una silueta, como la sombra de un ánima, sobre la corteza.

Los animales sabían que ahí no se podía pastear. Las plantas sabían que ahí no se podía crecer. Los niños del pueblo jugaban a cruzar el río y tocar el tronco más grande antes de que el viento los asustara.

Carmen depositó el neceser en el centro del claro y alzó la vista al cielo. Aquello estaba muy oscuro. No se oía el cantar de ningún pájaro nocturno.

—Aquí es buen lugar para una hoguera —dijo Emilia—. Hay que cortar leña.

Antonia bajó el rifle y tomó el hacha con ambas manos.

Emilia abrió el neceser de ingredientes e intentó distinguir cuál era cuál entre la oscuridad. Carmen hizo camino al filo del claro para no estorbar. Cargaba el recetario como a un niño. Con una mano lo apretaba contra su pecho y con otra sostenía la contraportada.

—Carmen, ¿qué va primero? —preguntó Emilia.

Carmen respondió sin siquiera abrir el recetario. —El agua de río.

Emilia desapareció hacia el banco.

Carmen podía escuchar el esfuerzo gutural de Antonia, a unos metros, y el filo del metal contra la madera. La corriente del río la aturdía cada vez más. Miró el cielo. Las nubes seguían cubriendo cada estrella. La luna no se dejaba ver. ¿Y si no estaba llena? ¿Y si se habían equivocado de lugar? Doña Esther había dicho que la receta se hacía con la luna y el potro. Ahí no había luna. Apenas y había pájaros viviendo en esos árboles.

¿Y si se habían equivocado de receta?

—Ya está —anunció Antonia, cargando trozos de leña—. Ahorita pongo la lumbre.

—Acá traigo el agua de río —dijo Emilia.

Carmen apretó el recetario contra su cuerpo. Los ingredientes estaban en marcha y sólo tenían para una cocción. Doña Esther había dicho que su madre no les vivía a la siguiente luna llena. ¿Pero doña Esther qué sabía?

—¡Ey! ¡Carmen! ¡Deja de pensar eso! —la voz de Emilia se alzó entre ellas.

—¿De pensar qué? —preguntó Carmen.

—Tienes duda en el rostro.

—Tú qué sabes de mi rostro.

—El viento me está diciendo.

—¿Cuál viento?

—¡Ya pues! —interrumpió Antonia—. Ahí se desgreñan después de hacer la receta. Gorda, lee las pinches instrucciones.

—¿Cuál viento? —preguntó Carmen.

Antonia tomó un paso hacia ella. —¿No lo oyes?

Carmen puso atención. —Sí.

—¿Qué te dice? —preguntó Antonia.

—¿Cómo que qué me dice? Ni que tuviera voz.

—Déjala —dijo Emilia—. Ella no oye sin ver. ¿Cómo crees que encontró a la tal doña Esther?

—¿Cómo más? La encontré en Tepacaltita, donde dijo doña Hortensia. ¿O no Antonia?

Antonia asintió con seguridad. La culpa se aferró a ella de golpe. No le habían dicho la verdad a Carmen. —Así es, gorda —miró a Emilia con una advertencia en sus ojos. Esa receta era para todas, no nada más para su madre. Todas se iban a curar, aunque no supieran que estaban enfermas.

Carmen iba a protestar, pero ni siquiera sabía de qué. Parecía que Emilia y Antonia distinguían una voz en el viento. Tal vez por eso les urgía encontrar la cura.

—Vamos empezando, pues —propuso Emilia.

Carmen sintió un codazo del recetario contra su cuerpo y lo abrió en la página indicada, tomando cuidado de soportar su peso en ambas manos.

—Lee cada paso con cuidado —le instruyó Emilia.

Antes de siquiera mirar las páginas, Carmen ya sabía que no iba a poder distinguir la receta. Ahí no había luz ni de una sola estrella. Las letras eran ilegibles.

No.

Las letras debían ser ilegibles. La luz de la hoguera, a unos metros de distancia, reflejaba hasta la punta de sus uñas de alabastro con plena nitidez.

Carmen acunó el recetario en sus brazos y sintió que el frío de la bruma se alzó del suelo.

Prestó atención y supo entonces a lo que sus hermanas se referían. El seseo del viento tenía un timbre de mujer. Había una familiaridad en las palabras, aunque no alcanzaba a distinguir qué decían.

La bruma estrechó sus pantorrillas, con manos de algodón frío, fijándola al suelo.

Carmen pasó sus ojos por las instrucciones de la receta que había marcado doña Esther. Sintió la espesura del viento en el claro. La bruma dejó de arrastrarse por el suelo y las cubrió hasta las rodillas, tal como había hecho el agua de río hace unos momentos.

Carmen no podía despegar la vista del recetario, ni levantar sus plantas del suelo, ni alzar el rostro para ver si sus hermanas veían lo mismo que ella. Estaba anclada.

Quiso observar su alrededor de reajo. Emilia se movía al lado de la olla sobre le hoguera. Medía las hierbas con el largo de sus dedos. Estudiaba las viscosidades de los frascos que había traído.

Antonia estaba muy lejos, al otro extremo del claro. Su silueta era apenas una cabellera de bruma que sostenía un rifle en la mano derecha.

Carmen no podía distinguir si los labios de Antonia o de Emilia se movían, pero una voz colectiva se alzaba en el claro.

Sonaba más fuerte cada que Carmen leía un renglón completo de la receta.

El grosor de la bruma aisló a Carmen de sus hermanas. Ya no podía distinguir sus figuras de reajo. Aquella voz lo cubría todo.

Lo único que alcanzaba a ver era el recetario que tenía enfrente.

La voz se alzó, tomando claridad.

Era un canto. El viento cargaba un canto.

Carmen ya casi alcanzaba el último renglón de la receta cuando el canto la aturdió y por fin comprendió.

El timbre de la voz, como campanario. Las palabras tropezadas. La cadencia al final de cada frase.

Aquella voz era la suya.

No era el viento que cantaba, era ella.

Antes de que pudiera dudar de las palabras que tenía enfrente, el recetario se cerró de golpe y cayó a sus pies.

Cuando el libro tocó el suelo, la bruma se esfumó de golpe.

Carmen vio a sus hermanas, una con los ingredientes y la otra con el rifle, al filo del claro, igual que ella.

Entre las tres formaban un triángulo equilátero.

Carmen se hincó y recogió al recetario.

—Sh, sh —lo consoló.

Al tomarlo, sintió una quemadura en el nudillo de su pulgar. En vez de soltar el recetario, lo aferró con más fuerzas. Ambos puños estrujaban el lomo. Era como si el recetario quisiera memorizar la forma exacta de sus manos. La huella de cada dígito. La grieta de cada palma.

—Falta el último ingrediente —escuchó que dijo Emilia—. Carmen —la voz de la muchacha sonaba urgente. Que esperara. Eso sucedía por hacerlas esperar tanto tiempo a ellas. Siete años se fue la malagradecida. Y ellas esperando a que la más chica aprendiera a ver su rostro en la bruma para poderla convencer—. Carmen —repitió Emilia—. ¿Dónde está el último ingrediente?

Carmen acarició al recetario.

—Antonia sabe —contestó, cubriendo el libro con su aliento.

Emilia miró a Antonia, quien alzó su vista a la luna, llena y plena como faro en el cielo.

—Creí que aquí nos iba a esperar el licenciado Macías —confesó Antonia.

La leña de la hoguera tronó en aquel momento como el chasquido de una rama que se rompía ante el peso de una pezuña.

—Ya llegó —susurró Carmen con sus voces.

—¿Cómo le extraemos el veneno? —preguntó Emilia—. ¿Lo trae consigo?

—Antonia sabe —repitió Carmen.

Antonia escuchó el crujido de pezuñas que se acercaban al banco del río. Tenía que ser el licenciado Roberto Macías, padre.

—Doña Hortensia me dijo que por aquí iba a pasar —dijo.

—¿El veneno cómo funciona? ¿Lo trae consigo? ¿Le damos dinero? —preguntó Emilia, dando un paso hacia sus hermanas.

—Baja la voz, que no nos oiga —susurró Carmen—. No trae nada consigo. Él es el veneno.

—¿Cómo que él es?

—El ingrediente. El último ingrediente es él. Tenemos que ponerlo en la olla.

Emilia dejó caer los ingredientes que tenía en las manos. —¿Qué estás diciendo? ¿Te estás oyendo? ¿Cómo ponerlo en la olla?

—Antonia sabe —repitió Carmen con firmeza.

Emilia miró a sus dos hermanas. Carmen cargaba el recetario como bebé. Tenía algo diferente en sus facciones. Como una bruma que le nublaba la vista. En su voz se oía el susurro de alguien más.

—China —le dijo Emilia a Antonia—. ¿A qué se refiere?

Antonia quiso explicarle, pero no supo cómo.

—El licenciado Macías envenenó a nuestra madre —dijo con certeza—. Supo que su esposa doña Hortensia siempre ha sido amable, que nos ha defendido contra las lenguas del pueblo todos estos años y ahora ayudado con la comida y las prendas. Le ha de haber causado sorpresa tanta ternura y fue cuando supo que él era el abuelo paterno de la Sabinita. Por eso su mujer y su hijo andaban muy atentos. Aquí el pedo es que cayó en cuenta que todas sus tierras, todo su ganado, sus vacas y las miles de hectáreas van a quedar en manos de la única descendencia que tiene y tendrá su hijo: Sabina. El joven Roberto Macías, hijo, tenía miras de reconocerla. De hacerlo legal.

Antonia recordó la muñeca de ojos azules que le dio aquella mañana.

—Fuera de su familia, —continuó— la única que iba a saber del parentesco era nuestra madre. El licenciado habrá supuesto que tú le habías dicho todo a ella antes de irte. Dedujo que mi padre no sabía porque andaban muy de compadres y le hubiera mencionado. No sabe que volviste.

“Pero él no iba a dejar que la bisnieta de la asesina de su padre se quedara con todo — siguió Antonia—. Antes bien, iba a asegurarse que las tierras se fueran a la prima segunda de su mujer. O que se perdieran. Pero ahí quien le estropeaba el plan era mi madre. Ella podía legalizar la bastardía de Sabina, apelar a la culpa que ya sentía el joven Roberto Macías y fungir como testigo ante el juez. El Roberto no va a tener más descendencia, por eso de su accidente; lo trae gustoso la idea de que sí es padre. Y esa niña tiene los ojos igual que su abuela paterna.

Antonia apretó el puño alrededor del rifle. El metal helado la llenó de determinación.

—El licenciado quiso envenenar a nuestra madre a escondidas —continuó—. Cuando la casa estaba sola. No dejó ni un frasco atrás, pero doña Hortensia no podía con la culpa. Andaba muy hacendosa con nosotras. Yo misma la vi. Así hacían como si mi madre se hubiera enfermado y Sabinita nunca quedaría reconocida como heredera.

Emilia asintió, comprendiendo al fin. Siempre supo que Rosaura sabía con certeza quién era el padre de Sabina, aunque nunca lo hablaron. Rosaura siempre sabía todo.

Antonia dio un paso hacia su hermana mayor.

—Con esto nos curamos todas —le recordó—. Tú. Nosotras. Mi madre. Sabina. Se acaban las voces. Se acaba la bruma. Y de una vez cargamos al cabrón que nos quiso chingar.

Emilia volvió a asentir. Sabina podía crecer dueña de su propio juicio.

—Hazlo —le dijo—. Hay que completar el menjunje.

Antonia tomó el rifle y se dirigió al banco. Esperó cerca de un árbol para que las últimas nubes se disiparan. Agachó su cuerpo en cucullas y levantó el cañón. Sintió el peso frío del metal entre sus manos. La niebla arrastraba su cuerpo sobre la isla, bajando hacia el río como para beber.

Un segundo chasquido tronó en el aire desde el otro banco.

Antonia alineó el rostro con el cañón, entrecerrando un ojo. Pudo ver el muslo grueso, oscuro, que caminaba hacia el río. La niebla entorpecía su mirada. Parpadeó un par de veces y cuando fijó la vista, la cortina de nubes en el cielo ya se había quitado por completo. La niebla del suelo, a su vez, iba aclarando el camino hacia los ahora cuatro muslos oscuros que se acercaban al río a beber.

Antonia bajó su mirada. Al muslo le seguía una pantorrilla y, debajo de ésta, la pezuña.

Por primera vez, la luna pudo hacer llegar su luz hasta la isla del Río Palo Seco, con todo y sus cuatro bancos.

El caballo negro, acostumbrado a viajes largos y trabajo de carga, agachó su hocico al río.

Antonia pudo distinguir los muslos del jinete que lo montaba. Traía ropa de viaje. El pantalón, oscuro y empolvado, descansaba a ambos lados del lomo sin apretar los ijares. Antonia volvió a alzar la vista y el cañón del rifle, queriendo encontrar el rostro del licenciado Roberto Macías, padre. El jinete tenía agachada la cara. La sombra del sombrero le llegaba hasta la piocha. Antonia no podía estar segura si el hombre tenía barba o no.

Decidió tomar dos pasos hacia la izquierda para poder verle a la cara.

El caballo negro notó el movimiento y dejó de beber agua de río. Sus ojos cruzaron con los de Antonia. No se asustó. No sintió el peligro del rifle apuntado hacia él. Por un momento, Antonia dudó de su cometido. Ese caballo se le hacía conocido.

Cuando el caballo volvió a agachar el hocico para beber agua de río, Antonia pudo distinguir los dijes del sombrero del jinete con total claridad.

Una luna en creciente y un potro de plata. Iguales que los del sombrero en la oficina de la Hacienda.

Por tercera vez, alzó el rifle y acercó el ojo para alinearlos con la guía. Era él.

Pudo ver, en la dirección en la que apuntaba el cañón, el rostro contorsionado, como el de un tlacuache. La nariz, larga y puntiaguda. El bigote blanco. La ceja tupida.

Antonia apretó los párpados, fijando la mirada. Cuando los abrió, la cara del tlacuache la miraba de frente. Había alcanzado a oír el chasquido del metal.

Antonia tomó aire para precisar su puntería.

El tlacuache la miró. Iba a hacerle una pregunta.

Antonia tiró del gatillo. El balazo tronó en el aire como relámpago, asustando al caballo. Tumbó al jinete al momento y prendió fuga.

El licenciado Macías quedó tumbado en el río, bocabajo.

Antonia dejó el rifle y cruzó el río para jalar el cuerpo hacia la isla.

Era un hombre, como ella ya sabía, no un tlacuache. Lo volteó para poder ver a Roberto Macías, padre, a la cara.

La bala había dado justo en la nariz, como tiro al blanco.

Perforó todo el cráneo del jinete, saliendo por la nuca. El hueso y la piel se abrían en la parte de atrás, como astillas despeinadas.

Las facciones del hombre estaban completamente hechas pedazos e irreconocibles. El sombrero se había perdido, junto con el caballo.

Antonia arrastró el cuerpo por el río. El agua se manchó de carmesí. Al llegar al banco de la isla, pidió ayuda a sus hermanas.

No podía dejar de mirar el rostro destrozado.

Supuso que ya no importaba. Las voces les habían hecho llegar el veneno a sus manos. Quitarle el rostro para que no penara en sus sueños después habrá sido otro favor de ellas.

Capítulo 12: La cabellera del viento

Heriberto llegó a la casa aquel día unas tres horas antes que de costumbre. El sudor del cuello de la camisa no se había secado. El polvo, junto con la transpiración, formaban collares de lodo alrededor de su garganta. Las botas, forradas de tierra, dejaban su huella en el piso limpio con cada paso que daba.

El ritmo acompasado de su caminar se veía marcado en todo lo largo de la casa.

Ninguna de sus hijas estaba. A esas horas, Sabina y Carmen se encontraban en la escuela. Antonia, por su parte, estaría ayudando con los animales que tenían en el terrenito que circundaba la casa. Rosaura estaría haciendo mandados. Estaría apurándose para regresar sola a su casa, donde nadie la molestara, para quedarse también sola en su casa. Sola pero en paz.

Heriberto se dejó caer en el sillón más viejo de la casa, y se llevó una mano a la sien, masajeando su preocupación. No supo cuánto tiempo permaneció ahí, viendo al suelo, pero cuando Rosaura abrió la puerta de la entrada se dio cuenta que el sudor de su camisa ya se había secado.

—Rosaura...

La voz de Heriberto penetró el silencio de la casa. Rosaura, sorprendida, dejó caer el bolso que llevaba cargando y se llevó una mano al corazón.

—¡Pinche viejo, me asustaste! —gritó sin aliento.

Por un momento había pensado que los murmullos que siempre oía en el ambiente habían adquirido corporalidad.

—Lo siento —susurró Heriberto, quitándose el sombrero. Estudió los dijes que adornaban la franja en lo que Rosaura acomodaba el mandado en la cocina.

Heriberto sostuvo los dijes en su mano. ¿Ya cuántos años serían desde que intercambió uno con el sombrero del compadre para que no lo cacharan en la movida? Había sido muy buena

idea en aquel momento. Y se habían ahorrado un par de sorpresas. El compadre había podido irse, tranquilo, con uno de sus amigos cada que llovía y él podía encerrarse en la oficina con su esposa, Hortensia, y atender los pendientes que tenían tendidos sobre el catre.

La plata de los dijes contrastaba con sus manos sucias, toscas y encalladas. Esas piezas de plata, junto con el caballo, ya muerto desde hace años, había sido la única herencia que le habían dejado sus padres cuando apenas era un huerco.

Apenas ahora se daba cuenta que había usado las únicas joyas de su familia para poder adúlterar sin miedo a que lo cacharan.

—Que si estás bien...

Heriberto se percató que Rosaura le estaba hablando desde hacía rato.

—¿Cómo? —preguntó.

—Hombre, viejo. Me estás asustando. Llegas temprano, sucio y sin lavarte antes de entrar. Con la mirada ida y el semblante preocupado.

Rosaura tomó asiento en el sillón más cerca. En todos sus veintiséis años de casados nunca le había conocido a Heriberto tanta cuita en los ojos. Rosaura no había prestado atención a la casa desde que lo vio sentado ahí, con la mirada nublada de congoja. La despensa la había dejado en el suelo de la cocina. Decidió no acomodarla porque sintió que los brazos los iba a necesitar para sostenerse. Carmen y Sabina estarían en la escuela. Antonia, atendiendo los animales. Rosaura no se acordaba si la vio al entrar a la casa o no. Sintió que a su dolor de cabeza le acompañaba una sensación diferente. Como un cosquilleo en el lado derecho del rostro.

Heriberto, al fin, se hizo de ánimos para alzar los ojos y mirarla de frente.

Rosaura se sostuvo de ambos reposabrazos antes de preguntar: —¿Quién se murió?

La preocupación en el rostro de Heriberto dio lugar a confusión.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Cuál de mis hijas? —insistió Rosaura—. ¿Cuál de las cuatro falleció?

Heriberto sacudió la cabeza de inmediato.

—Ninguna, mujer —dijo rápidamente—. Tus hijas siguen siendo de este mundo.

—¡Pinche Heriberto! Vete nada más la cara. Todo este rato preguntándote cómo estabas y tú sin responder. ¿Qué más iba a pensar? ¡Ave María Purísima sin pecado original concebida! Casi me matas del susto.

Heriberto se dejó pegar con el cojín unas tres veces. Bien sabía que Rosaura tenía derecho a tres golpes macizos, pero con el mango de un machete.

—No está muerto nadie. Pero sí vengo a hablarte de las niñas. Antes de que lleguen de la escuela y de que Antonia termine sus quehaceres.

Rosaura permaneció sentada en silencio, esperando a que Heriberto continuara. Ahora que sabía que sus hijas estaban bien, lo que fuera que le dijera su esposo sería, a lo sumo, una preocupación secundaria. Pudo poner a un lado el cosquilleo que sentía en el brazo derecho para prestar toda su atención a las palabras de su esposo.

Heriberto se rascó la barba. Acomodó su bigote. Volvió a jugar con los dijes de plata de su sombrero.

—Pos ya ves... Ya ves que hoy toca ir con Candelario. A sus tierras, pues. Y estamos ayudando varios. Estamos Rómulo. Jesús. Estamos Sagrario. Guadalupe. Estoy yo...

Rosaura soltó un suspiro. —Está la Virgen, el Purgatorio y todos los Santos...

—Sí, pues —Heriberto miró al suelo una vez más antes de girar el rostro hacia Rosaura—. Pues resulta que Sagrario tiene un hijo de la edad de Sabina. Marcelo se llama el chamaco. Van a la escuela juntos, los dos. Y hoy notaba a Sagrario muy contrariado. Y lo notaba muy contrariado.

Pero no es cosa que a mí me incumba entonces yo nomás le pregunto si necesita ayuda, para hacer la chamba, pues. Y que me dice que requiere una palabra conmigo. Que me dice que él, así, ya no puede estar. Para esto se hizo a un lado, después de que ya habíamos terminado de arar el primer tramo. Y se esperó a que soltara el arado. Yo traía el más pesado. Y ándale que ahí fue que me di cuenta que Rómulo y Guadalupe ya estaban continuando con el siguiente tramo. Ya todo muy organizado. Como que ya se la sabían. Entonces que yo sigo a Sagrario. ¿Y Candelario? Callado. No la hizo de pedo. Andaba haciéndose pendejo con Jesús. Sin oír tan cerca, pero sin irse tampoco.

Rosaura se dejó acomodar mejor en el sillón. Heriberto habrá tenido un malentendido entre hombres, nomás. Rosaura no alcanzaba a ver en qué le afectaba. Ni que fuera muy amiga de la esposa de Sagrario. Ni que para esto la tratara tan bien, pa empezar.

Notó el lodo, ya seco, que se adherían a las botas de Heriberto. Notó que marcaba todos los pasos de preocupación que dio Heriberto al llegar a la casa antes de sentarse a contemplar su sombrero, a pensar en aquello que le causaba angustia.

Rosaura inhaló antes de alzar la vista. Se hizo recordar que sus hijas estaban bien. Aquello que tuviera contrariado a Heriberto era otra cosa. Sus hijas estaban bien.

Heriberto presionó el metal de los dijes contra sus dedos. Las puntas estaban muy redondas para que abrieran la piel. Prestó atención un momento al cambio de pigmentación en cada yema cuando el metal presionaba contra la piel.

—Pos ándale que Sagrario me dice —continuó Heriberto con el sombrero entre sus manos—. Que me dice que se siente muy apenado por lo ocurrido entre los chamacos. Quería que supiera que él ya había tomado cartas en el asunto y que eso no se iba a repetir. Que ya los demás padres de familia les habían puesto un hastaquí a la raza. Al parecer la maestra no se había enterado, que porque todos los intercambios esos los hacían en el recreo, cerca del mangal. Y la

raza, hija de su pinche madre, regresaba a la clase, así como así, todos sin decir nada. Pero el temor a Dios es tan grande como su amor, pues. Y en una de esas la comadre, me dice Sagrario, escucha a su criatura, María Dolores, hablar de lo que le hacían a la Sabina casi diario. La chamaca, claro, sin saber que un adulto la oía. Y que la comadre se le deja ir. Exige explicaciones. Ya la María Dolores, con dos tres cinturonzos, que empieza a dar nombres. Que Sebastiana. Que José Enrique, que Ramiro. Y como debe ser, se hizo la inquisición, pues. Y el que seguía saliendo, decía Sagrario, de diablo responsable, pues era Marcelo. No lo quiso creer, dijo, por el amor que uno le tiene a su raza, pues. Pero tampoco era un desentendido. Hizo dejar venir al chamaco. Éste no quiso confesar hasta que Sagrario le dio un cuartazo en la oreja. Y que Marcelo le dice que sí fue él. El que empezaba. El que organizaba. El que alentaba.

Heriberto estrujó su sombrero entre sus manos hasta que pudo abrirse la piel con las uñas. Esperaba que salieran gotas, pero apenas se dejaban ver pequeñas lunas en creciente, rojas con tintes amarillos, donde había alcanzado arañarse.

Rosaura permaneció callada, observando las manos de Heriberto. No se percató que el hormigueo en el brazo ya se había subido hasta el hombro.

Heriberto continuó con su historia. —Sagrario me miró a los ojos y dijo sentir vergüenza. Vergüenza al pararse frente a mí. Pero quería que supiera, me dijo, que Marcelo en su vida vuelve siquiera a voltear a ver feo a la Sabina. Que ya había compuesto de una buena vez a su mujer también. Que por andar con su habladuría, nomás le hizo ideas al chamaco. Y para evitarse mayor vergüenza, y para hacer de Marcelo un hombre y no gente mitotera que se aprovecha de la debilidad de niñas con ojos azules, lo sacó de la escuela. Que si a estas alturas no ha aprendido a pensar por sí mismo, un aula no le va a hacer el favor, dijo Sagrario. “Véanos a nosotros, don Heriberto,” me dijo. “Que apenas sabemos leer y hemos podido hacer vida. Lo saqué al chamaco

y lo puse hincado en el sol, con ladrillos en cada mano. Y un cuartazo cada vez que bajaba los brazos. Le dejé tiernitas las enaguas. Pero chingo a mi madre,” dijo Sagrario, “chingo a mi madre si en su pinche vida vuelve a hacer una de esas. Antes encerrarlo en un monasterio a que vuelva a hacer eso. Yo mismo le corto el pito don Heriberto,” me dijo. “Yo mismo se lo corto.”

Sólo hasta que se forzó a sí mismo a decir esas palabras fue que Heriberto tomó pausa para agarrar aliento. Alzó la vista para observar a Rosaura. Era importante que ella hubiera escuchado. Cada una de sus palabras. Que las entendiera todas. Que no estuviera atenta a ruidos que sólo ella escuchaba, del viento o del guamúchil o del pozo. Porque él no tenía fuerzas para volver a enunciar lo que dijo.

Rosaura lo veía, quieta. No se había dado cuenta que había abierto la tela del sillón con las uñas.

—¿Qué le hacían? —preguntó en un susurro.

Heriberto se acomodó el bigote, trayéndose consigo vellos desde la raíz.

—Unos cinco niños, uno más uno menos, la engañaron, la primera vez, a que los acompañara a las faldas del mangal, cerca de la isla del Río Palo Seco. Y nomás esa primera vez como que la empujaron. En tono burlesco. Le decían la loca Sabina: “Tú eres la loca Sabina, no alcanzaste a morirte en el Cerro del Campanario,” le decían. No más eso. La segunda vez le dijeron que le iban a hacer saber a todo el pueblo que era bruja si no iba con ellos. La tercera vez, le jalaron las trenzas. Y las prendas. Y Marcelo dio con la idea de que a las brujas las quemaban. Entonces les dio por pasarle la lumbré por los pies. Pero viéndole la pantorrilla, a los niños les dio curiosidad de ver más.

La casa, encerrada como siempre, formaba un eco entre las respiraciones de ambos. Rosaura pudo percatarse que ambos estaban jadeando en preocupación. Heriberto tenía las venas

del cuello saltadas, éstas bifurcaban como sendero antes de volverse a encontrar bajo su mandíbula. Tenía el rostro tieso ante el esfuerzo de la emoción. Rosaura supuso que ella tendría un semblante parecido.

—¿Tú sabías algo? —Heriberto daba señales de no aguantar más la lágrima que se le estaba queriendo formar.

—No me dicen nada —susurró Rosaura—. Ninguna de ellas, al llegar de la escuela. Dejé de preguntar porque diario llegaban con que la raza no dejaba de echarles carrilla. Pero era nomás carrilla...

Rosaura sintió que le volvió el dolor de cabeza. El lado derecho del rostro comenzaba a entumecerse. Del coraje y de la sorpresa, sería.

—Sagrario no dijo que hayan hecho más. Más allá de la desvestida —continuó Heriberto—. Los cinco padres de familia hicieron inquisición hasta hacer sangrar a la raza. Aseguraban que no hicieron más. Será porque están muy chicos para saber del encuentro carnal, aunque vean a los animales—. Heriberto agachó la mirada y estrujó el sombrero entre sus manos. Le habría gustado ver correr su sangre, para así siquiera saber que la fuerza que estaba ejerciendo era real—. Unas cuatro, cinco veces, se la llevaron entre todos al mangal. Han de tener miedo a confesar, pensarán que los castigarían con un conjuro. Gente ingenua.

Habiendo dicho todo lo que él mismo se había prometido compartir, Heriberto dejó que el silencio llenara la habitación. No describió el momento en que Sagrario confesó que le ganaba la culpa desde el ataque que había sufrido Marcelo. Todos en el pueblo sabían lo ocurrido. Heriberto nunca pensó que eso tuviera que ver con su hija menor.

Uno de los gatos monteses que había bajado de la sierra se había prendido a la mano de Marcelo. No lo soltó, por más que los otros chamacos le dieron a palazos. Sagrario había pensado

que eso era la Providencia advirtiéndole de la confesión que no se había dado. Una cosa era que los mismos padres de familia ajusticiaran a su raza y otra cosa, dar la cara y pedir perdón donde se debía.

Rosaura había permanecido en la misma posición desde su lugar en el sillón. Esa historia del mangal provocaba en ella recuerdos de un evento reprimido. No estaba segura, pero lo nublado de la mente le hacía saber que el padre de Sagrario, el viejo Marcelo, la había llevado a ella a las orillas del mismo mangal, antes de que construyeran la escuela. ¿O había sido el viejo Rogelio?

—Tenemos que irnos —escuchó que le dijo Heriberto—. De este pueblo. De esta pinche gente.

Rosaura miró al frente, contemplando la idea. Aunque observó el paisaje fuera de la ventana, no distinguía que las ramas de los árboles comenzaban a moverse con la fuerza de una ráfaga. Que el suelo iba cubriéndose con el rocío de la bruma. Que la neblina, gruesa como los muslos de una mujer, empezaba a arrastrarse en el pasto.

—Nuestras hijas no van a poder hacer vida aquí —siguió Heriberto—. Nadie del pueblo va a querer juntarse con ninguna. Y el pobre cabrón que se anime lo van a seguir años y años de habladorías. A ninguna la van a contratar para ningún trabajito o mandado de nada. Lo mejor que pudo haber hecho Emilia con su vida es haberse ido. Estas tierras, aunque no grandísimas, son muy extensas para que las trabajen ellas solas. Y nunca van a poder venderlas. Porque los únicos que las pueden comprar piensan que están malditas.

Rosaura pudo asentir. No se le hizo grave que en ese momento no le respondiera el resto del cuerpo. Sólo pudo asentir. Heriberto tenía razón.

—¿Y cómo le vamos a hacer? —preguntó Rosaura.

—Vendemos todos los muebles. Todo lo que sí nos compre esta gente de mierda —dijo Heriberto de inmediato—. Tengo un dinero ahorrado. Con eso alcanzamos a comprarnos una parcelita, que sea sólo nuestra, allá en el rancho de donde son mis padres. Donde la gente no es tan pazguata ni tan ignorante. Ya este pueblo mucho daño nos ha hecho. A nosotros y a nuestras hijas.

Heriberto extendió su mano para tocar la de Rosaura. El contacto con su piel hizo que Rosaura se percatara de la pesadez de su brazo entero. Desde el hombro hasta los dedos sentía una pesadez.

Sabía que Heriberto tenía razón. Pensó en sus hijas. En Emilia. Sopesó la posibilidad de que a ella también la habían llevado al mangal, junto al río. Aunque Emilia siempre dio señales de haber querido, Rosaura ya no estaba tan segura. Tal vez la llevaron ahí con engaños. O chantajes. ¿Por qué era que nunca les había dicho quién era el padre de su criatura? ¿Y Antonia? ¿Qué malpasadas habría vivido ella que muy chica decidió no regresar a la escuela?

Rosaura apretó la mano de Heriberto, formando una decisión.

Un viento, molesto, entró por la ventana. Pasó entre los cuerpos de Rosaura y Heriberto. Quien prestara atención podía percatarse que el viento llevaba consigo un seseo de voces.

Rosaura se dio cuenta que había pasado tanto tiempo, llevado tantas energías, en asegurarse de que sus hijas no mostraran síntomas de la loca Sabina, que no tuvieran una mirada distante causada por ruidos intangibles, que se olvidó de enterarse de todos los demás aspectos de su vida.

No podía recordar la última vez que alguna de ellas le confiara algo. Todas las energías se habían ido en que no fueran tema en las lenguas desquehaceradas del pueblo.

La ráfaga de viento tomó aliento y entró con tanta fuerza a la casa que tumbó el sombrero de Heriberto, el cual descansaba sobre sus piernas.

—Cómprala —Rosaura sentía que su voz cargaba el peso de su decisión. Ignoró su dolor de cabeza y devolvió el apretón a la mano de Heriberto—. Compra la parcelita. Vende todo. Y vámonos mucho a la chingada.

Antes de que Heriberto pudiera compartirle que ya tenía hecho un trato con alguien, el viento, como enojado, azotó la ventana de golpe, rompiendo el vidrio y parte del marco.

Los días siguientes se fueron en juntar hasta el último centavo que había por la casa. Decidieron no vender los muebles, para no darle explicación a la gente.

Rosaura le echó un ojo más cerca a cada una de sus hijas.

Iba a hablar con Sabina. Iba a llegar al fondo de lo que había pasado en el mangel. Oír de sus propios labios si alguno de aquellos chamaquitos pendejetes la había tocado en sus partes privadas. O con sus partes privadas. O la había hecho a ella tocarlos.

Iba a saber de nombres. Iba a saber de modos.

Y después iba a ir con cada uno de los padres y prenderle fuego a sus cosechas y sus casas. Para que tuvieran idea, aunque fuera una pequeña, de lo que ella sentía en su interior.

Pero primero había que hablar con la niña.

Y para esto, era necesario dejar de llorar cuando la veía entrar en la casa. Con su sonrisa y sus trenzas. Todavía jugando con muñecas. Y sus hermanas, hechas unas señoritas tan chulas, atentas con ella jugando también. Carmen de quince años y Antonia ya de veinte.

Ella y Heriberto decidieron que por buena y última vez, él iba a acompañar a los demás hombres a la siembra, para tener un ahorradito ahora que todo se les había ido en la parcela.

Heriberto iría primero al rancho donde nació, para hacer el trato en persona, firmaría esos papeles, saldaría la cuenta y, de regreso, llegaría directo a la siembra con los demás señores del pueblo.

Sus hijas pensarían que se había ido antes, era todo. Y Rosaura tendría cuanto mueble pudiera cargar consigo listo y empacado para subirlo a la carretera con las bestias de carga. Se llevarían los caballos, Lucio, Pinto y el Negro. Los demás animales que se quedaran. Que se perdieran. Que los siguieran si podían. A Rosaura ya no le importaba.

Al segundo día de haberse ido Heriberto, cuando ya de seguro habría llegado al rancho de donde eran sus padres, Rosaura encontró la fuerza para platicar con Sabina. Por la tarde, que Carmen y Antonia regresaran de lavar en el río, les diría a las tres de los planes por dejar el pueblo.

Sabina se encontraba sentada entre los sillones donde Rosaura y Heriberto habían hablado apenas hace unos días. La tela de su falda, azul marino, iba y venía con cada vaivén de movimiento. Las trenzas de la niña, adornadas con un listón, llegaban casi hasta la cintura. Aquel día traía tonos rojos en su cabello. A Rosaura le gustaba que sus hijas usaran colores llamativos en el cabello, así las podía distinguir más fácil cuando pensaba que la vista la engañaba.

Rosaura respiró profundamente antes de secar sus manos en su mandil y tomar asiento cerca de Sabina. Ignoró la punzaba que iba desde su hombro hasta la punta de sus dedos.

—Mi niña, tengo que hablar contigo—dijo.

Sabina alzó la vista, atenta al tono suave en la voz de Rosaura.

—Ven —dijo su madre—. Quiero preguntarte algo.

Sabina hizo a un lado sus juguetes y estudió el rostro de Rosaura. Sus grandes ojos azules recorrieron todo el lado derecho de su cuerpo, como buscando algo. Miró el ojo de Rosaura. Su hombro. Su cuello. Muñeca. Dedos. Cadera. Rodillas. Por último, sus pies.

Rosaura sintió que un cosquilleo se intensificaba en su cuerpo en el lugar exacto donde la niña postraba su mirada.

—Ven —volvió a decir.

Rosaura escuchó su propia voz como la de alguien ajeno. La palabra se escurrió a lo largo de su garganta. Alzó los brazos hacia Sabina y notó que sólo el izquierdo le respondió.

El cosquilleo aumentaba, jalándole los músculos del rostro.

A pesar de tener todas las ventadas cerradas, su vista comenzó a difuminarse, como si una neblina hubiera entrado a la casa por el orificio que el viento hizo en la ventana cuando ella conversaba con Heriberto.

La neblina cubría toda la habitación. Rosaura alcanzaba a distinguir la silueta de Sabina por los colores que llevaba puestos. El azul y el rojo comenzaban a desvanecerse, pero todavía los alcanzaba a distinguir.

Apretó sus párpados, queriendo aclarar la mirada, pero la neblina se hizo más gruesa.

Vio cómo Sabina se paró del sillón. Escuchó que estaba queriendo llorar.

—Mamá, mamá —la voz de Sabina era un puchero en el aire. A ella también le estaría afectando la neblina.

Rosaura escuchó con atención. Todavía alcanzaba a oír. Ahí mismo. En la habitación. El seseo de la neblina consolaba a Sabina.

Rosaura vio cómo la falda azul de la niña se dirigía hacia la ventana. El listón rojo se hacía como lumbre entre el lagrimeo. Rosaura todavía tenía fuerzas para pararse aunque la voz ya no le respondiera. Escuchó el sonido gutural, como mugido, que escapó su garganta cuando quiso gritar en advertencia.

Sabina no debía abrir la ventana. El viento cargaba voces.

Rosaura vio la silueta de su falda azul llegar hasta la ventana de manera lenta y cuidadosa. La vio subirse a un mueble para alcanzar el pestillo de la ventana.

Rosaura dio un paso para detenerla y sintió que el peso muerto del lado derecho de su cuerpo la llevaba hacia el suelo. Sintió el golpe de su piocha contra la mesa y se aferró a la sensación del impacto. Seguía viva. La calidez de la sangre escurría sobre su mejilla como un hilo delgado.

Desde su lugar en el suelo, Rosaura sólo podía ver el costado del sillón. La tela vieja, tiesa, apenas mostraba el bordeado que tanto le había encantado a su madre.

Rosaura recordó el día de la compra. Recordó la importancia del sillón. El primer mueble que su madre había podido comprar nuevo, sin hacer un pedido antes.

La neblina se intensificó en la sala.

Sabina había abierto la ventana.

Entonces Rosaura pudo ver el viento con claridad. La ráfaga entró galopando hacia la casa. La golpeó en el pecho, aunque ella ya estaba tendida en el suelo.

Quiso protegerse, pero el cuerpo no le respondió.

Quiso gritar para salvar a Sabina, para que su mente siguiera siendo suya.

Rosaura prestó atención.

Sabina había dejado de llorar.

Rosaura quiso mover las piernas para pararse del suelo y correr con su hija. Largarse ellas dos y volver por las otras después, cuando fuera seguro. Los músculos apenas y se apretaron. Sólo logró enroscar los dedos del pie izquierdo.

El seseo en el aire se había convertido en voz.

Rosaura no pudo distinguir las palabras emitidas. Pero sabía con toda certeza que ahí había alguien más. Con Sabina había alguien más.

La estaba consolando el viento.

La estaba abrazando el viento.

Rosaura empujó su codo izquierdo contra el suelo para girar su cuerpo en dirección a su hija. La pudo ver y mugió en sorpresa. La neblina había abandonado sus ojos y podía ver con claridad.

Podía ver el viento con claridad.

Tenía cabellera. Y cintura.

El viento tenía cabellera.

Capítulo 13: El menjunje

—Agárrale los pies. Emilia... agárrale los pies. Fregado. Carmen. Levántalo de los pinches pies.

Carmen depositó el recetario al filo del claro, cerca de los neceseres que habían traído. Fue hacia el cuerpo que había arrastrado Antonia y lo levantó de los pies con esfuerzo. Los zapatos mojados empaparon su ropa de inmediato.

Antonia y Carmen llevaron al hombre hacia la hoguera y arrumbaron el cuerpo junto al fuego.

—¿Qué sigue? —preguntó Antonia.

—Hay que sacarle las vísceras —respondió Carmen con tranquilidad.

Antonia miró a su alrededor, buscando el hacha, y se dirigió hacia el tronco caído que había cortado para la hoguera.

Emilia permaneció al lado de la olla con la cocción. Había leído la receta ella misma. Había visto el renglón que mencionaba las vísceras que debían añadir. Sabía que el licenciado Macías había envenenado a su madre. Confiaba en Antonia. Confiaba en la receta. Confiaba en que iban a poder asegurar un mejor futuro para Sabina. Y aún así...

Sintió que Carmen la miraba. Ambas hermanas, Antonia y Carmen, tenían una bruma en los ojos.

Carmen alzó el mentón, como desafiante.

—Bien sabías de esto —le dijo a Emilia. Su voz rebotó entre los árboles.

Emilia retrocedió un par de pasos en lo que Carmen volvió su atención al cuerpo. Era un error estar ahí. Debió haber salido del pueblo con su hija en cuanto pisó las colinas que circundaban el valle. Ella bien sabía que las voces aminoraban su peso pasando el Cerro del Campanario.

Carmen la dejó que divagara. Que hiciera sus planes. Ya no la necesitaban. Que se fuera con sus hierbas y con su dinero. Pero la niña se quedaba con ellas.

Antonia regresó con el hacha. —Hay que voltearlo primero —dijo.

Carmen volteó el cuerpo y pudo ver por primera vez, junto con Emilia, las facciones destrozadas que había dejado la bala. Los trozos de piel, carmesís en su mayoría, colgaban de un hilo. La punta de los huesos fracturados volteaba hacia una misma dirección. La lengua se veía completa, doblada hacia la garganta. Los dientes sueltos la encajaban en posición. Un ojo, desprendido de su cuenca, acariciaba la mejilla.

Emilia comenzó a hiperventilar.

—Esto fue una estupidez. ¡Fue una estupidez! No puedo. No puedo. No se puede. Nos van a apedrear. Nos van a quemar a balazos.

Los sollozos de Emilia se levantaron del claro. La corriente del río comenzó a sonar con más fuerza, como para sofocar su voz.

Carmen y Antonia se miraron. Iban a tener que seguir ellas solas.

Carmen desvistió el torso del cuerpo y se hizo a un lado.

—Tú eres la que tiene que extraer el último ingrediente —le dijo a Antonia.

Antonia levantó el hacha sobre su rostro, a punto de seguir sin hesitación, pero se detuvo. —¿Por qué? —preguntó.

—Porque tú diste con él —contestó Carmen.

Antonia tomó como bien dada la respuesta y dejó caer el hacha sobre el torso del hombre. Había hecho esto cientos de veces. Para hacer birria, para asar carne, para tener carnitas. Si ignoraba que esto era una persona, podía fingir que era parecido a un animal.

El filo del hacha abrió el cuerpo de par en par. Había que tenderlo sobre su costado para que la sangre corriera a su gusto. Formaba un riachuelo de sangre y ascitis que se dirigía hacia el río.

Antonia hizo dos heridas que formaban una T al revés. Metió las manos al abdomen y batalló contra la sensación de asco. Sintió que una arcada se apoderaba de sus hombros y de su garganta. El olor lo cubría todo. Había perforado demasiado profundo y las heces del abdomen cubrían los otros órganos. Antonia desvió la mirada y pegó su nariz contra su hombro, queriendo al menos entorpecer el hedor que subía desde el cuerpo.

Tomó aire un segundo, lo suficiente para instruir —Dame un paño— a Carmen y dejó que los ojos le lloraran en lo que controlaba la sensación de asco. Limpió la cavidad abdominal lo mejor que pudo y volvió a meter ambas manos completas.

—Toma —dijo Carmen— hay que limpiar las vísceras.

Antonia alzó la mirada. No se había percatado en qué momento fue Carmen al río para traer una cubeta de agua, las lágrimas de asco nublaban su mirada.

Carmen, justo al lado suyo, era apenas una silueta con cabellera. Emilia, hincada al filo del claro, más parecía la sombra de un animal enocrvado. Antonia podía escuchar el esfuerzo consciente de su hermana por nivelar su respiración.

—Lo matamos, lo matamos —la voz entorpecida de Emilia llevaba la misma cadencia que la corriente del río.

Fue entonces que Antonia se preguntó por qué ella estaba tan calmada, habiendo apenas tirado del gatillo y abierto al pobre desgraciado que tenían enfrente de par en par.

Sintió que el aliento del viento acarició su nuca, rodeó su cuello y rozó su mejilla.

Su madre estaba enferma. Carmen veía gente que no existía. Sabina podía crecer sin temor a sombras y sonidos que sólo ella podía ver.

Antonia no quería volver a ver siquiera ese rifle. Prefería enterrarlo junto con el hacha en esa misma isla. Pero supo que si alguien más atentaba contra ellas, volvería a tirar del gatillo. Sintió que el viento la acurrucó. Cuando abrió sus ojos, la sensación de asco había desaparecido y Carmen y el recetario la miraban, como dándole la bienvenida.

Antonia se percató que sus manos seguían adentro del cuerpo. Apretó sus puños alrededor de las vísceras y alzó los órganos para depositarlos en la cubeta con agua.

Una quemadura perforó el nudillo de su pulgar. En vez de soltar las vísceras, Antonia las detuvo en alto. Era como si los órganos querían memorizar la forma exacta de sus manos. La piel de su dedo se abría como si la estuvieran herrando. Cuando el calor se detuvo, Antonia observó su nudillo. Había una marca donde antes tenía piel lisa. Carmen tenía la misma marca.

Antonia depositó las vísceras en la cubeta de agua y comenzó a limpiarlos.

Los llantos de Emilia ya no la incomodaban como antes. La bruma ya no la cegaba como antes. El olor ya no la asqueaba como antes. Los árboles de la isla, antes troncos raquíticos, comenzaban a tomar forma de cuerpos demacrados, morenos y moribundos, pero erguidos.

Emilia observaba la tranquilidad en los gestos de sus hermanas. Antonia estaba hincada al lado del cuerpo cuyo rostro, despedazado, dejó rastros de sangre y trozos de piel en el camino por el que había sido jalado. La falda de Antonia, empapada por el río, tenía manchas de lodo y sangre. Su blusa de adhería a su cuerpo debido al sudor. El fuego a su lado hacía que el carmesí de sus manos, con coágulos de desecho, pareciera mermelada de gondo. La lumbre hacía que el lado izquierdo de su rostro se cubriera por una sombra irregular. Las llamas no dejaban de moverse y casi parecía que la mitad de su cara cambiaba con una sombra nueva cada vez. El pelo chino y

crespo de Antonia enmarcaba sus facciones. Emilia nunca había visto sus chinos tan apretados, como si estuvieran tomando impulso para brincar de su raíz.

Casi parecía, así hincada como estaba, con una mano sobre el cuerpo y otra sobre la cubeta, que estaba rezando. Aquella serenidad desconcertaba a Emilia.

Carmen, parada a su lado, con el recetario sobre un brazo y sus hombros tan rectos, parecía que daba la bendición.

Su parado era tan firme que la misma tierra podría estarla anclando a ella.

El cabello de Carmen, a diferencia del de Antonia, caía hasta su espalda con total fluidez. Cada hebra seguía el mismo vaivén, la misma marea acompasada que iba y venía con cada movimiento.

La luz de la luna era lo que alumbraba a Carmen. Hasta los dedos asomados entre las tiras de los huaraches alcanzaban a distinguirse. Carmen seguía aparentando su edad, pero aquel parado, la mirada nublada, la firmeza en las piernas, el recetario en sus manos... la hacían parecer madre de todas ellas.

Emilia se dejó caer al darse cuenta el peso del crimen que había cometido con sus hermanas por creerse historias falsas de un pueblo olvidado entre la sierra. Estaban cocinando un cuerpo humano. Habían matado a un hombre y ni Carmen ni Antonia parecían estremecerse.

Emilia sintió el sabor de la bilis que subía su garganta. Supo que si alguien las miraba desde el otro banco del río, pensarían que ella y Antonia estaban rezándole a Carmen, hincadas así como estaban.

Habían matado a un hombre. Curar a su madre, curar a Sabina, no merecía el atentar contra alguien.

Emilia sintió que el vómito subía a su garganta y lo dejó salir. La acidez le quemó el esófago y el sabor amargo llenó su boca. A pesar de no haber comido pesado, sintió la textura de los grumos gruesos del aderezo colorido que regurgitaba. El olor apestaba y ver su bilis, tan cerca de su cara, le causaba todavía más asco. Entre arcadas de saliva y lo mascado, dejó que el desperdicio le cubriera sus manos. Habían matado a un hombre. Y ella y Antonia se hincaban ante Carmen.

Cuando el último espasmo había salido de su cuerpo, Emilia permaneció así, a gatas, observando firmemente el fruto de sus entrañas. La bilis, el vómito y la comida, hacían un charco caliente entre sus manos. Merecía haberse enfermado.

—Hay que apurarnos —Emilia escuchó la voz de Carmen a lo lejos, como si alguien más hablara—. La mañana nos va a agarrar en un par de horas.

Antonia apresuró los pasos de la cocción.

Emilia observó que Carmen dejó al recetario al lado del resto de los ingredientes, envuelto en un rebozo para resguardarlo de la intemperie.

—Cuida a la niña. Ahí vengo —dijo Carmen.

Emilia cruzó sus brazos, como escudándose de los árboles, de la olla, del río y de la luna.
¿Cuál niña?

Carmen tomó el cuerpo de los pies y lo jalo unos pasos, batallando con el peso.

—¿A dónde lo llevas? —preguntó Antonia.

—El río lo va a confundir con cualquier otro señor de los pueblos sobre su cauce —contestó Carmen.

Antonia asintió, comprendiendo. —Le hace falta su sombrero —dijo.

—Los sombreros se pierden con cualquier altercado. Van a pensar que lo asaltaron —
Carmen revisó los bolsillos del difunto.

—Traía un neceser amarrado al caballo —le informó Antonia—. No ha de llevar nada consigo.

Carmen se acomodó otra vez entre las piernas del cuerpo para volver a jalar. —Así mejor —dijo.

Antonia se paró, con un órgano en sus manos. Un riñón o tal vez parte del hígado. —Dile a Emilia que te ayude —dijo.

Ambas observaron a su hermana mayor.

Emilia tenía las manos llenas de tierra. El cabello, mojado de sudor, formaba una diadema alrededor de su rostro. Tenía la blusa y la falda manchada de vómito. La basca frente a ella, rosa y verde como buganvilia, contrastaba con el color cedro de la tierra.

—Emilia ya no nos sirve —dijo Carmen—. Ahorita vemos si no nos estorba.

Dio un estirón a las piernas del difunto y lo llevó como pudo hasta el río en lo que Antonia terminaba el menjunje. No necesitaba ver el recetario. Ya sabía los pasos.

En cuanto Carmen pudo hacer llegar el cuerpo al río, éste se encargó de llevárselo. El hombre sin rostro se meció entre la corriente hasta que el camino dobló a la izquierda entre la sombra y Carmen ya no pudo verlo. Cuando regresó al claro, la luna había inundado de luz todo el espacio y la cocción comenzaba a hervir. Emilia seguía hincada al lado de su basca. Sus hombros cargaban un peso de culpa que la hacía verse cansada. Antonia se limpiaba las manos con un paño diferente.

—No debimos haberlo matado —susurró Emilia.

Carmen escuchó sus palabras con claridad pero decidió ignorarla. Emilia ya no importaba.

—Tenemos que terminar antes de que nos agarre la mañana —le dijo a Antonia.

—Esa receta no era —esta vez, la voz de Emilia se alzó entre los árboles—. Esa receta era la de la abuela Sabina...

—Esta receta endereza los errores de hace años —la interrumpió Carmen—. Debimos tenerla hecha hace tiempo pero te tardaste en llegar con la planta.

—Si es la correcta, —dijo Emilia, haciendo un esfuerzo por pararse— ¿por qué no nos estamos apurando para dársela a nuestra madre? ¿A Sabina?

Carmen sintió un pensamiento que alumbraba entre la bruma que tenía en su mente. Su madre. ¿Cómo es que había dejado de pensar en su madre? Miró a Antonia y supo que se preguntaba lo mismo.

Carmen sintió una ráfaga que le enderezó los pensamientos.

Volvió a erguir los hombros, a enraizarse con la tierra.

—Aquí la primera que se tiene que curar eres tú —le dijo a Emilia.

Emilia limpió sus manos en su falda, manchándose de vómito.

—Yo no me tomo ese menjunje —dijo con firmeza.

El sonido de la cocción se oía entre los silencios.

Antonia tomó uno de los frascos vacíos y lo llenó con el caldo viscoso que habían preparado. Lo alzó un momento, dejando que la luz de la luna lo envolviera, antes de entregárselo a Carmen.

Carmen lo tomó sin mirar a Antonia y lo sostuvo hacia Emilia a manera de invitación.

—Si no te lo tomas tú, no se lo toma Sabina —le dijo.

Emilia sintió una opresión en el pecho. Tomó un paso al frente, pisando su vómito, y después cuatro más. Tantos años recorriendo el mundo para buscar una cura y hasta entonces caía

en cuenta. Nunca hubo una cura. Su abuela las había empeñado a las voces desde antes de nacer. No habían invertido el conjuro, lo habían sellado. Y ninguna de ellas iba a beneficiarse de eso.

—Nos lo tomamos todas —le dijo a Carmen.

Antonia y Carmen asintieron al mismo tiempo. Recordaron que a eso habían ido. El pensamiento recurrente ganaba cada vez más claridad conforme la noche llegaba a su fin. Necesitaban regresar para curar a su madre.

Cuando Emilia tomó del frasco fue la única de sus hermanas que sintió una quemadura, como si le estuvieran herrando la piel, en el nudillo de su meñique.

El viento dejó de correr en el claro y se dirigió hacia el pueblo en cuanto las hermanas tomaron del menjunje.

Ya no importaba lo que ellas quisieran, el conjuro estaba hecho.

Antonia, Carmen y Emilia tomaron todos los neceseres que traían, llenaron todos los frascos con el menjunje, y se dirigieron hacia el pueblo. Dejaron la olla, el hacha y el rifle atrás; ya la mañana estaba queriendo asomarse y si alguna señora de la misa de seis las veía, no iban a poder explicar los utensilios.

La corriente de río había aminorado su paso y cuando cruzaron al banco opuesto, el agua había perdido su viscosidad. Se sentía como agua de río. Helada. Mojada. Fresca. Al llegar al banco, la bruma de la noche había desaparecido por completo. El rocío de la mañana se veía como sudor en las sienes de todas las hojas. Las siluetas de los árboles ya no eran sombras. Los troncos no tenían arrugas, tenían corteza.

Las estrellas comenzaban a despintarse en el cielo. El canto de los grillos opacaba el sonido del río.

Las tres hermanas detuvieron su paso.

La sierra había cambiado de tez.

El sol comenzaba a salir detrás de la isla del Río Palo Seco. El filo del horizonte se prendía en un arcoíris de fuego y ellas supieron que debían apurarse. Su madre podía salvarse ese mismo día.

Ellas ya notaban que el viento había acallado su canto. Ahora se oían los grillos, los sapos, los pájaros, el berreo de algún animal perdido. El aire ya no tenía voz. Había funcionado.

El menjunje había funcionado.

Carmen dirigió el recorrido hacia el sendero que daba al pueblo. Cuando éste se hizo camino y la tierra dio lugar al empedrado, aminoraron su paso y acomodaron su ropa y su cabello. Los frascos de vidrio tintineaban dentro de los neceseres.

A pesar de ser tan temprano, la primera casa con la que cruzaron tenía abierta las puertas y las ventanas de par en par.

Doña Raquel alcanzó a verlas desde su cocina y se santiguó al momento.

Carmen miró a sus hermanas. La señora sabía lo que habían hecho. Siguieron el camino que las llevaría a la plaza para cruzar el pueblo y llegar a su casa. Tenían que alcanzar a decirle a Sabina las instrucciones del menjunje. Tal vez ella iba a ser la que se lo daba a su madre.

Doña Raquel las alcanzó antes de doblar la esquina. Traía puesto su velo negro y llevaba las cuentas del rosario en su mano derecha.

Antonia sostuvo a sus dos hermanas, enganchando sus brazos con los de ellas. Si alguien se llevaba a una, se las llevaban a todas.

Doña Raquel hizo una seña a Candelario, en su caballo. El hombre se apeó, no tuvo cuidado en amarrar su caballo y caminó al lado de la señora Raquel, procurando quitarse el sombrero.

Carmen, Antonia y Emilia aminoraron su paso, sin saber si debían seguir su camino o encarar a la multitud que se iba formando. Cada que pasaban una casa nueva, otro vecino del pueblo se unía a su procesión.

Para cuando llegaron a la plaza, aquellos que no las seguían las esperaban en silencio bajo los árboles de nancy y aguacate.

Carmen, Antonia y Emilia pisaron el cemento de la plaza. Sus huaraches se habían secado desde hacía unas nueve casas.

Antonia observó a Carmen y alzó una ceja. ¿Y ahora?, le preguntó con la mirada.

Carmen se encogió de hombros. Pos sabe, contestó.

Un único repiqueteo del campanario rompió el silencio dejado por los pasos.

Antonia se sobresaltó, pensando que sonaba igual que el balazo de un rifle. Carmen la sostuvo y enlazó sus dedos con los de su hermana. Los nudillos de sus pulgares, cruzados hacia lados opuestos, formaban una sola figura. Cada una tenía la mitad opuesta que formaba una marca completa.

Carmen tiró de la mano de Antonia, indicando con la mirada que alguien tenía que escabullirse y llegar a la casa. Los frascos en el neceser sonaban con cada movimiento.

Justo cuando iban a dar el segundo paso, comenzó la melodía familiar del llamado a misa. La voz de cada campana sonaba en armonía con las demás.

Doña Clara, la anciana más entera del pueblo, sacó sus cuentas de entre sus faldas, aclaró su garganta un par de veces y comenzó a dar una bendición.

Fue entonces que Carmen comprendió. Era misa de muerto. Pero el río no las había traicionado, era muy noche cuando la corriente se llevó el cuerpo.

Alguien las había delatado.

El vaivén de la multitud las acercó hacia doña Clara, quien guiaba la procesión_hacia la casa del difunto.

La señora comenzó a cantar “Las cien ovejas” con su voz de becerro anciano.

Carmen sintió que era apropiado llorar, o hacer como si lloraban. Codeó a Antonia para que soltaran lágrimas secas.

Todos en el pueblo sabían que doña Hortensia era gran amiga de las hijas de Rosaura de León. Era su deber, entonces, mostrar desplantes de pena al saber que doña Hortensia acababa de enviudar.

Antonia cubrió su rostro con su cabello para esconder las lágrimas que no derramaba. ¿Cómo dieron con el cuerpo del licenciado Roberto Macías tan rápido? ¿Cómo sabían que era Roberto Macías si tenía el rostro hecho pedazos? El caballo seguro había llegado a la casa solo, sin jinete, y con el puro sombrero. Lo más probable, chispeado de sangre.

La procesión era tan grande que parecía que el pueblo entero había salido a orar. Claro, Roberto Macías era dueño de un tercio de las tierras circundantes.

Las voces de las mujeres comenzaron a repiquetear el rosario. Carmen y Antonia se miraron. Tenían que escabullirse antes de tomar el camino hacia la Hacienda para no generar sospecha. Había que darle el menjunje a Sabina y a su madre.

Emilia se dejaba llevar en silencio. De su rostro caían lágrimas verdaderas, de sal y agua.

Las voces de doña Clara, de doña Raquel, de todas las mujeres y los hombres sin sombrero comenzaron alzarse al caminar.

Santa María poderosa, de los mortales consuelo.

Ábrenos Virgen el cielo con una muerte dichosa.

Y danos pureza de alma.

Ya que eres tan poderosa.

Carmen codeó a Antonia. Si no alcanzaban a ir todas, debía al menos ir una.

Oh Soberano Santuario, sagrario del verbo eterno.

Libra Virgen del infierno a los que rezamos tu Santo Rosario.

Emperatriz Poderosa, de los mortales consuelo.

Ábrenos Virgen el cielo con una muerte dichosa.

Y danos pureza de alma.

Tú que eres tan poderosa.

¿Cómo dieron con el cuerpo si el río ni pasaba por el pueblo?

De tus divinos ojos, oh María, penden nuestras felicidades.

¡Míranos, Señora, y no nos desampares!

Señor, ten piedad de ellas.

Ten piedad de ellas.

Cristo, ten piedad de ellas.

Ten piedad de ellas.

Antonia asintió al ver la sospecha en el rostro de Carmen. Habrá sido algún vivo que cuidaba el ganado de los coyotes y pumas.

Jesucristo, óyenos.

Ten piedad de ellas.

Jesucristo, escúchanos.

Ten piedad de ellas.

Padre celestial que eres Dios.

Antonia apretó la mano de Carmen. Ni parecía congojada. Carmen dejó escapar un sollozo.

Así mejor.

Hijo Redentor del mundo que eres Dios.

Espíritu Santo que eres Dios.

Ten piedad de ellas.

Santísima Trinidad, que eres un solo Dios.

Emilia sostuvo el neceser contra su pecho, cuidando que los frascos no se golpearan.

Santa María.

Ruega por ellas.

Santa madre de Dios.

Ruega por ellas.

Santa Virgen de las vírgenes.

Ruega por que alcancen a llegar.

Madre de Cristo.

Ruega que puedan convencer a su madre a tomarse el menjunje.

Madre de la Iglesia.

Ruega por que se curen todas.

Madre de la divina gracia.

Ruega por ellas.

Madre purísima.

Ruega por ellas.

Virgen prudentísima.

Nadie ha preguntado qué hacían en la madrugada.

Virgen laudable.

Todo el pueblo estaba despierto. Todo.

Virgen venerable.

Había que llorar. Había que llorar de verdad.

Virgen fiel.

Habían ido a buscar hierbas para su mamacita enferma.

Vaso espiritual.

Por eso no estaban en su casa.

Vaso precioso de la gracia.

Todas las hierbas que pudieron encontrar.

Vaso de verdadera devoción.

De ahí los neceseres.

Rosa mística.

De ahí los frascos.

Torre de marfil.

De ahí las faldas mojadas.

Casa de oro.

Arca de la alianza.

El cauce tenía más variedad de plantas.

Reina de los Patriarcas.

Reina de los Confesores.

Reina de todos los Santos.

Reina concebida sin pecado original.

Las manchas en la ropa eran del lodo. O de las bayas. O de las hierbas.

Reina del Santísimo Rosario.

Las manchas eran del lodo.

Reina de la paz.

O de las bayas.

Reina de la paz.

O de las hierbas.

Reina de la paz.

El campanario dejó de sonar.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.

Perdónalas, Señor.

El viento dejó de sonar.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.

Escúchalas, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.

Ten misericordia de nosotros.

La bruma dejó de sonar.

La procesión llegó al camino principal.

Ruega por ellas.

En vez de seguir hacia la Hacienda del licenciado Roberto Macías, doña Clara y la señora Raquel siguieron el pequeño sendero que daba a su casa.

Carmen, Antonia y Emilia se detuvieron al mismo tiempo. ¿Qué hacía el pueblo yendo hacia su casa?

Emilia fue la primera en comprender. Soltó el brazo de Antonia y corrió hacia la casa. Las lágrimas también corrieron como ella. Con prisa, con esperanza, con temor.

Carmen y Antonia apenas pudieron mover las piernas. La misma gente las llevaba.

Las señoras de velo negro les daban palmadas en la espalda.

Pobre chamacada de Rosaura de León. Tan jóvenes todas, tan chulas todas. ¿Ellas qué culpa tenían de los pecados de su abuela?

Supieron cuándo fue que Emilia llegó a la casa por el grito que cortó el viento, más alto que el campanario de la plaza.

Carmen buscó en su mente la bruma que la acompañaba desde que tenía memoria.

La señora de velo negro a su lado fue reemplazada por una figura de cabellera abundante. Carmen se sintió reconfortada el momento. Otra joven, morena y alta, cerró el flanco al lado de Antonia.

Carmen apretó la mano de su hermana, sintiendo alivio en la presión que hacía su pulgar sobre su piel. Miró a la mujer que tenía a su izquierda. Ésta inclinó su cabeza y sonrió. Sus pechos rascaban la tela de su blusa. El vello ralo enmarcaba sus labios. Carmen nunca la había visto pero supo que la conocía.

Cuando logaron distinguir la casa en la colinita, la procesión entera apuró el paso. Carmen y Antonia dejaron a la multitud atrás, irrumpiendo dentro de la casa.

Emilia se encontraba hincada en el umbral del cuarto de su madre. No podía respirar del llanto.

Antonia soltó la mano de Carmen y entró al cuarto donde yacía el cuerpo. Habían hecho el menjunje. Habían usado el veneno, tenía que funcionar. Habían hecho el menjunje. Sacó uno de los frascos de su neceser y lo abrió para dárselo a Rosaura. Habían hecho el menjunje. Tenían tiempo. El recetario decía que tenían tiempo. Antonia posicionó su mano en la nuca de su madre para hacerla beber. La piel fría la impresionó de golpe.

El frasco de vidrio cayó a sus pies.

Antonia abrazó a su madre. La movió. La acarició. Pero si habían hecho el menjunje...

Carmen permaneció en el pasillo. No podía entrar al cuarto. No podía salir. Estaba anclada.

Se llevó una mano al vientre. Tenía que ver por sus hermanas antes que a ella también la golpeará el duelo.

—¿Y Sabina? —preguntó.

La niña se encontraba sentada en el sillón al lado de la ventana. Una mujer joven cuidaba de ella. Sabina ya estaba vestida de luto. Su cabello suelto caía hasta su espalda.

—La niña está muy afectada —le dijo doña Hortensia a Carmen—. Fue a tocar a la Hacienda por eso de las dos de la mañana. Bendito Dios sabía llegar y siempre hay alguien despierto. Mandé a todos los muchachos que tengo a ir a buscarlas. Ellos despertaron al pueblo entero. Por eso las estaban esperando.

—Fuimos a buscar unas hierbas —dijo Carmen.

—Eso supusimos todos —contestó doña Hortensia.

Carmen dejó a doña Hortensia y se dirigió hacia el sillón al lado de la ventana. Abrazó a Sabina. La levantó del suelo y la cargó por completo como si fuera una bebé. No debieron dejarla sola.

Sabina apretó a Carmen. —No estaban —le dijo.

—Ya sé, nena —susurró Carmen—. Fuimos a hacer una medicina pero ya no alcanzamos.

Carmen dejó que le gente entrara a la casa, que metieran sillas, llevaran comida y rezaran a su gusto. Ya no importaba.

—No debimos dejarte sola —le dijo Carmen a Sabina, acariciando su cabello.

—No estaba sola —dijo la niña—. Esther y Aurora llegaron en cuanto se fueron.

Carmen separó su rostro del de Sabina para poder mirarla a los ojos.

—¿Cuál Esther? —preguntó.

Sabina apuntó a la joven en el sillón que la había estado cuidando cuando ellas llegaron.

Carmen la observó con detenimiento. La piel ya no tenía arrugas. El cabello era castaño. La espalda estaba erguida. El único constante eran aquellos ojos de cedro y la marca detrás del nudillo del pulgar, la misma que ahora tenía Carmen.

Carmen sonrió, dándole la bienvenida. No iban a estar solas.

Doña Hortensia tocó su hombro para llamar su atención.

—Mija, no quiero que se preocupen de nada. Ni de un solo gasto. Ya le dije a Antonia y te digo a ti, que no tienen nada de qué preocuparse. Nosotros nos encargamos del lote del cementerio, de la misa y hasta del novenario.

—Gracias doña Hortensia —dijo Carmen—. Usted siempre ha sido amable con nosotras.

—Pos cómo no mija. Cómo no. Mi marido va a salir a buscar a su padre, para que ni de eso se apuren.

El licenciado Roberto Macías tomó un paso al frente y estrechó la mano de Carmen, quien seguía sosteniendo a Sabina.

—Mija, mis condolencias —dijo el licenciado Macías—. Yo siempre he estimado a su padre y a su mamacita también.

Carmen giró el cuerpo para buscar a Antonia y a Emilia. Las tres permanecieron ancladas al suelo, sin saber qué decir y sin poder moverse.

El joven Roberto Macías, hijo, se dirigió a Emilia para ofrecerle sus condolencias.

Su padre pasó su sombrero de una mano a otra. Carmen notó los dijes en la banda. Una luna en creciente y un potro plateado. Apretó a Sabina contra su cuerpo.

—Ahorita mismo salgo a buscar a Heriberto —escuchó que le decía el licenciado Macías—. . Viajó al pueblo de sus padres para comprar una parcela. Pero dijo que en cuatro días, o sea anoche, comenzaba el camino de regreso. Nada lo dude me lo encuentre en el camino. Le gusta seguir el cauce del río, para que el caballo pastee a gusto.

Carmen asintió, buscando la mirada de Antonia y de Emilia. Sintió que la garganta le raspaba al pasar saliva.

—Gracias don Roberto —le dijo.

El licenciado Roberto Macías, padre, salió con su hijo para encontrar al compadre Heriberto Rosales e informarle de la muerte infortunada de su mujer.

Carmen llevó a Sabina a su cuarto y cerró la puerta detrás de ellas. Habían seguido la receta. Ellas habían seguido la receta.

—Ven, nena —le dijo a la niña—. Tienes que tomarte este menjunje.

La niña observó el frasco que Carmen sacó de su neceser, un tanto confundida.

—Yo no lo necesito —dijo Sabina—. Esther y Aurora me dijeron que ese menjunje era para ustedes.

Carmen dejó el frasco sobre la cama y se sentó en el umbral de la ventana, sintiendo que el aire apoyaba su espalda. Las voces habían dejado de sonar en el viento. Podía escucharlas a

todas, ahí mismo en la casa. Esther, Aurora y las demás cuyo nombre desconocía pero cuyo rostro era familiar.

Quiso pensar en su madre. Quiso pensar que debieron haberse apurado. Quiso sentir asco al saber en qué rostro había caído la bala de Antonia. Sostuvo su cintura, queriendo sentir el sollozo que debía formarse.

Inhaló y exhaló con total claridad.

A su espalda, el arcoíris de colores cálidos anunciaba el amanecer. El cielo ya había cambiado de color y Carmen no tenía que mirar el paisaje para saber que al filo de los árboles no habría bruma esperándola. La bruma estaba en la casa, ahora tenía cuerpo y cabellera de mujer.

Sabina la miraba con sus ojos atentos y cerúleos.

Carmen observó los muebles de su cuarto, la ropa en el tocador, sus cepillos, sus listones y sus libros. Todos los objetos pertenecían a la joven que ahora formaba parte de su vida pasada.

Tras la puerta, las señoras comenzaron a rezar por cuarta vez. Sus voces acompasadas tenían el mismo repiqueteo del Cerro del Campanario. Oraban por el descanso eterno de una señora que había muerto muy joven. Escuchaba los murmullos. Dejó cuatro hijas solas, solteras todas.

El último hilo de pensamiento que la conectaba a su vida pasada quiso asomarse en su mente. Debía estar desconsolada. Se habían muerto sus padres. Debía estar desconsolada.

Sabina la abrazó al verla confundida. La marca de su pulgar tocó el suyo y Carmen recordó a qué había ido al cuarto. Tenía que sacar ropa para las que no tuvieran, las voces que ahora tenían cuerpo. Iban a llegar todas durante el día y no tenían qué ponerse.

Carmen abrazó a Sabina y abrió la puerta de la habitación. En la casa estaba casi todo el pueblo. Alguien estaba haciendo de comer.

Buscó a Antonia, quien caminaba entre la multitud, distinguiendo en los ojos de las mujeres quiénes necesitaban un trago del menjunje.

Vita

Daniela Ruelas Díaz estudió la Licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara. Ha sido profesora de cátedra en la preparatoria del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, así como profesora auxiliar para el Departamento de Creación Literaria en The University of Texas at El Paso. En 2016 fue parte del “Graduate Student Research Assistant Summer Program” en The University of Texas at El Paso. En el otoño de 2017 y la primavera de 2018 recibió la beca “Allien and Paul Davidson Scholarship”.